



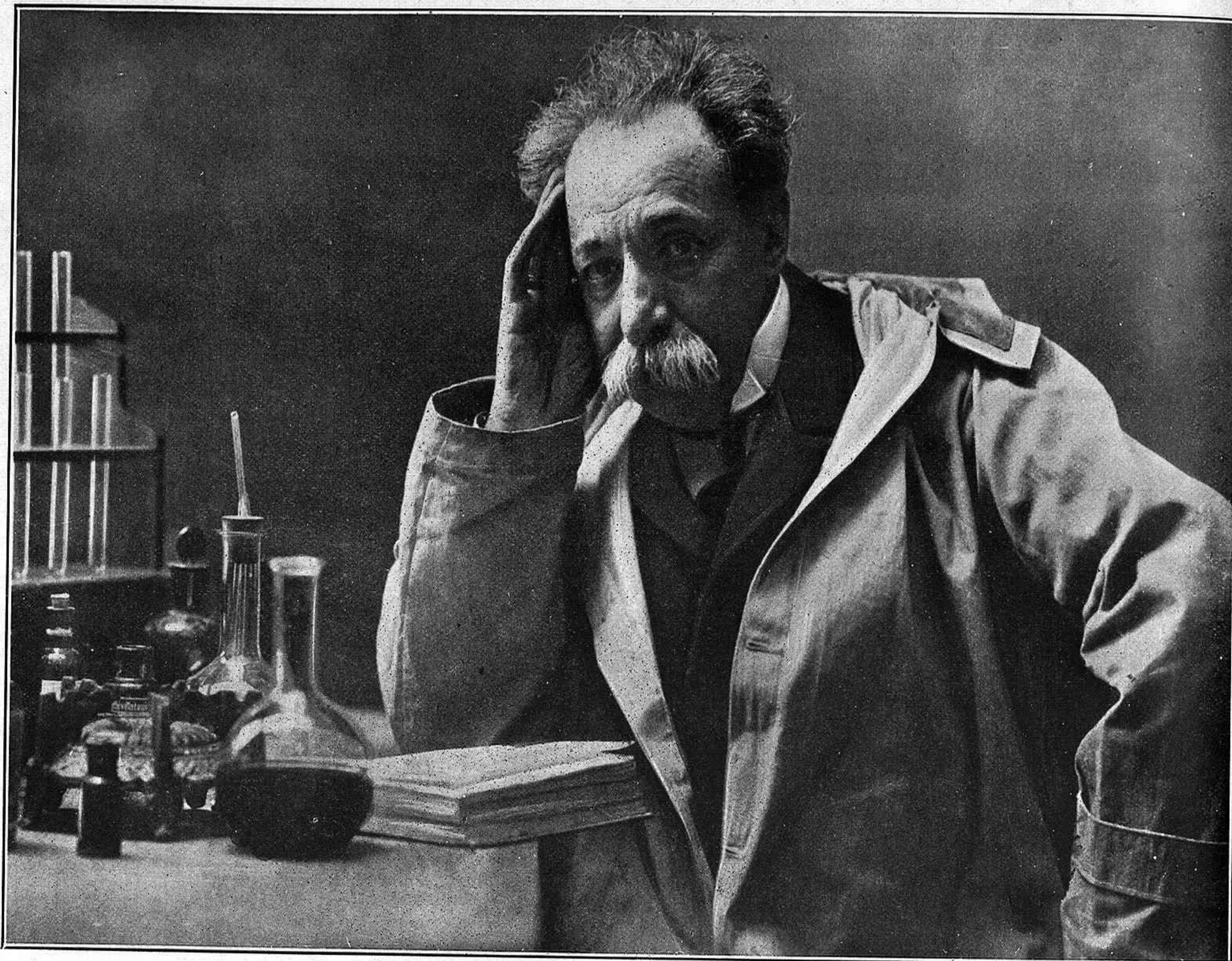
## LOS MANTENEDORES DEL TEATRO CLASICO

El Teatro Calderón tiene ya Compañía adecuada. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza han comenzado su campaña en él, y nadie con más autoridad para realizarla, ya que ningún actor español tiene en su historia más actos de amor efectivo y de cuidadosa guarda de nuestro teatro clásico. En una de las obras cumbres de él, «La Estrella de Sevilla», muestra nuestro grabado á los insignes actores en la época en que la representaron

(Fots. A. García y Campúa)



# LA OBRA CIENTIFICA DE CARRACIDO



CARRACIDO EN SU LABORATORIO.—Los detractores de Carracido, que sólo podían serlo desconociéndole, negaron muchas veces que fuese hombre de laboratorio. El Dr. Obdulio Fernández demuestra que lo fué siempre que pudo y que su mayor anhelo fué serlo cuando aún era pecado intentarlo en España. La fotografía representa, pues, al maestro en su ambiente natural

(Fot. Marín)

CONSTITUYÓ una sorpresa en la vida científica española por el año de 1897 que el maestro Carracido, profesor de Química Orgánica en la Facultad de Farmacia, hiciese esos ejercicios ya desacreditados por insuficientes, que aquí llamamos oposiciones, para aspirar á la cátedra de Química Biológica, vacante en la misma Facultad, y del período del doctorado. Parecía incomprensible que un profesor de la talla de Carracido tuviese que someterse á esos ejercicios para pasar á una cátedra de la misma Facultad cuando tantas conferencias había pronunciado relativas á la Bioquímica. Tuvo que someterse á esa ruda prueba, en la que sólo los jóvenes que aprendieron libros de memoria suelen quedar triunfantes, porque se le exigía una demostración *palmaria* de que era conocedor de materia tan atrayente.

Declaró reiteradamente el preclaro maestro que cuantas gestiones había realizado para tener laboratorios de Química Orgánica y para salir él al Extranjero á posesionarse de los métodos modernos de trabajo habían fracasado y, con ellos, la enseñanza de la Química Orgánica de aplicación farmacéutica. Por otra parte, la entonces naciente Bioquímica ofrecía atractivos de tal naturaleza que no vaciló en constituirse en opositor para aspirar á lo que la Administración debió otorgarle sin pedirlo; y, como era lógico, el maestro se reveló, como siempre, genial, y

continuó en España la obra extraordinaria que en la cátedra de Química Biológica realizó el eximio maestro Dr. Calderón, figura gigantesca en la cristalografía y en todas las ramas de la Química.

Con grandes esfuerzos, que sólo tuvieron éxito al advenimiento del benemérito ministro de Instrucción Pública Sr. García Alix, pudo Carracido tener un modesto laboratorio. Hasta entonces el fracaso de sus tentativas para llevar al Presupuesto una cifra pequeña destinada á un laboratorio de investigación había dejado en su ánimo el convencimiento de que no se quería invertir dinero en laboratorios químicos, porque en las esferas administrativas se estimaba erróneamente que en ellas se fabricaba el espíritu de rebeldía.

Los tiempos, felizmente, han cambiado; y en un discurso memorable por su valía y por la calidad de las personas que le escuchaban, decía Carracido, exponiendo la necesidad de laboratorios para asegurar la vida del país, que hoy podía afirmarse que en España estaban todos tan convencidos de esa necesidad que hasta para la Metafísica habría laboratorio.

La etapa investigadora comenzó con un trabajo acerca de la *transformación de la colesteroína en el organismo*, para demostrar cómo por insuficiencia de los actos oxidantes no se producen, á expensas de este alcohol, los ácidos bi-

liares necesarios para ser disuelto, y, por tal causa, cristaliza, originando cálculos que se depositan en la vejiga de la hiel y cataratas seniles cuando se aloja en el cristalino. La trascendencia de este trabajo es considerable, por relacionar estados patológicos como la locura con el metabolismo de la colesteroína y con el funcionamiento de la glándula hepática. Entonces, en 1901, no había base experimental suficiente; pero la intuición de Carracido se manifestó en este momento como en otros muchos, y hoy no existe dificultad en admitir aquella hipótesis, que parecía algo exagerada cuando se la examinaba á la luz de los conocimientos de la época.

Uno de los trabajos experimentales que más renombre han dado á Carracido es el estudio del *origen de la glicerina en la fermentación alcohólica*. Es hecho bien conocido por los falsificadores de vino que la glicerina se forma en pequeñas dosis durante el proceso fermentativo á expensas del hidrato de carbono que la levadura descompone, ó, como deducía el ilustre químico de sus experiencias, resulta de las transformaciones que sufre la materia albuminoidea indispensable al desarrollo del hongo productor de alcohol. En el mismo criterio está inspirada otra serie de experiencias encaminadas á probar que el alcohol amílico tiene un origen similar, ó sea la desaminación de un amino-ácido integrante del mosaico albuminoideo.



Empezó Carracido á destacarse en la Bioquímica durante el Congreso Internacional de Medicina de Madrid en 1904, en el que presentó una Memoria acerca de la colesteroína, y en el que pronunció una conferencia titulada *La complejidad farmacológica en la prescripción médica*, que el mismo año fué traducida al alemán por un hispanófilo muy distinguido, el doctor Werner Mecklenburg, cuyo nombre debe unirse siempre al resurgimiento de la Química. El triunfo del orador fué resonante, porque á la profundidad y á la novedad de las ideas que expuso se unió el verbo elocuentísimo, claro y transparente del maestro. Ante todas las excepcionales cualidades del hombre había que poner las del expositor y las del conferenciante. Carracido sólo ha tenido en este aspecto un émulo: el insigne físico Tyndall; la metáfora científica y el símil elegante, que llevaban consigo enseñanzas sugestivas, inspiradas siempre en los fenómenos físicos, estaban siempre alineados en aquel cerebro considerable para salir en momento oportuno con extraordinaria fluidez, con la concisión indispensable y con la elegancia del lenguaje que eran constantemente alabadas en el sabio profesor.

Del tipo de este discurso hizo Carracido otros dos, sosteniendo análogas ideas: uno pronunciado en la Asamblea Farmacéutica Nacional de Zaragoza en 1904, *Nuevo aspecto de la Química farmacéutica*, y otro, que leyó en la inauguración del curso de 1921 en la Real Academia de Medicina, que tituló *El reactivo bioquímico*, y que es una de las más primorosas concepciones del eminente maestro. En el primero de estos dos discursos se razonaba la hipótesis de que sólo el organismo vivo puede servir de medio de evaluación de las sustancias medicinales cuando todavía no se hablaba como hoy de medir la actividad terapéutica de los medicamentos en animales de laboratorio. Carracido presintió que los reactivos químicos que se aplican en el matraz y en el tubo de ensayo serían superados por los reactivos vivos por ser de mucha mayor sensibilidad, y, en efecto, así ha ocurrido, porque los ensayos toxicológicos más delicados y los métodos farmacológicos se efectúan en animales ó en plantas.

El segundo discurso fué una corroboración de las ideas mantenidas en el primero después de transcurrir diez y siete años.

Constituía una obsesión en el profesor de Química Biológica averiguar el origen de las materias albuminoideas, partiendo de un hecho tan general como es la existencia del ácido cianhídrico y sus derivados en el reino orgánico: la circunstancia de haber descubierto el propio Carracido una reacción que atribuyó al ácido sulfocianico, le indujo á publicar dos estudios, uno acerca de *la formación de la hemoglobina de la sangre* y otro relativo al proceso químico de la *formación del glóbulo rojo*, y posteriormente apareció en *La Revue Scientifique* un magnífico trabajo con el título de *Filogenia Química de la molécula albuminoidea*, que provocó una cortés polémica con el ilustre químico italiano profesor Ciamician, y que causó la natural impresión entre los biólogos extranjeros al ver completamente expuestas las posibilidades de explicar la génesis de los primeros albuminoideos sin herir sentimientos de ningún orden, porque en ello puso Carracido siempre el mayor cuidado. En materia tan delicada y en otras de índole parecida, procuró hasta la exageración no lastimar ideas muy arraigadas en el pueblo español, ni provocar el

más leve conflicto en que apareciesen heridos los sentimientos íntimos de la colectividad. Aunque algunos hayan atribuido á Carracido el mantenimiento de *teorías mecánicas* más ó menos justificables en la Bioquímica, constantemente tuvo por divisa no traspasar los límites de la experimentación practicable y de la observación posible.

La gloria mayor de Carracido ha sido la de adaptar rápidamente en España, y á la Bioquímica en particular, las doctrinas de la Química física; en cada paso interesante de esta nueva ciencia encontraba el pensador la explicación de hechos antes inexplicables y de supuestas paradojas del metabolismo; ejemplos de ello son sus monografías *La micela en la Bioquímica* y *El criterio físicoquímico en la Biología*, publicados en *La Revue Scientifique*, y *Los lípidos celulares*.

Sentía Carracido como pocos españoles el amor intenso á la Patria, y continuamente aconsejaba á discípulos y amigos la necesidad de publicar en el Extranjero y de acudir con trabajos á los Congresos Internacionales para que España alcanzase un puesto distinguido en la investigación científica. Y como predicaba con el ejemplo, asistió al Congreso Internacional de Medicina de Lisboa, donde expuso una memoria relativa á la *coagulación de la sangre*, proceso todavía oscuro por el considerable número de factores que intervienen en un fenómeno de aparente sencillez, inspirando el trabajo en el antes aludido criterio físicoquímico de semejanza con el de la coagulación de los coloides disueltos.

Al Congreso de Higiene de la Alimentación de Bruselas presentó otra Memoria: *El perfeccionamiento de la alimentación albuminoidea*, en la que continúa una conferencia que explicó en el primer Congreso de la Asociación Española para el progreso de las Ciencias. Parece á primera vista anómalo que el organismo humano

necesite 110 gramos diarios de materia albuminoidea para satisfacer sus necesidades plásticas después de cubrir las energéticas con las grasas y los hidratos de carbono. La consecuencia de estudio tan interesante es la aplicación de la *ley del minimum* para los amino-ácidos desintegrados de la molécula albuminoidea, y, por tanto, convendrá á una alimentación adecuada mezclar diferentes albuminoides naturales ó los alimentos que los contengan, de modo que las proporciones totales de sus amino-ácidos sean las mismas que las que integran los albuminoides del organismo, con lo cual se evita á éste el esfuerzo de la eliminación de aquellos fragmentos de molécula que no ofrecen la composición de los constituyentes de los proteicos humanos.

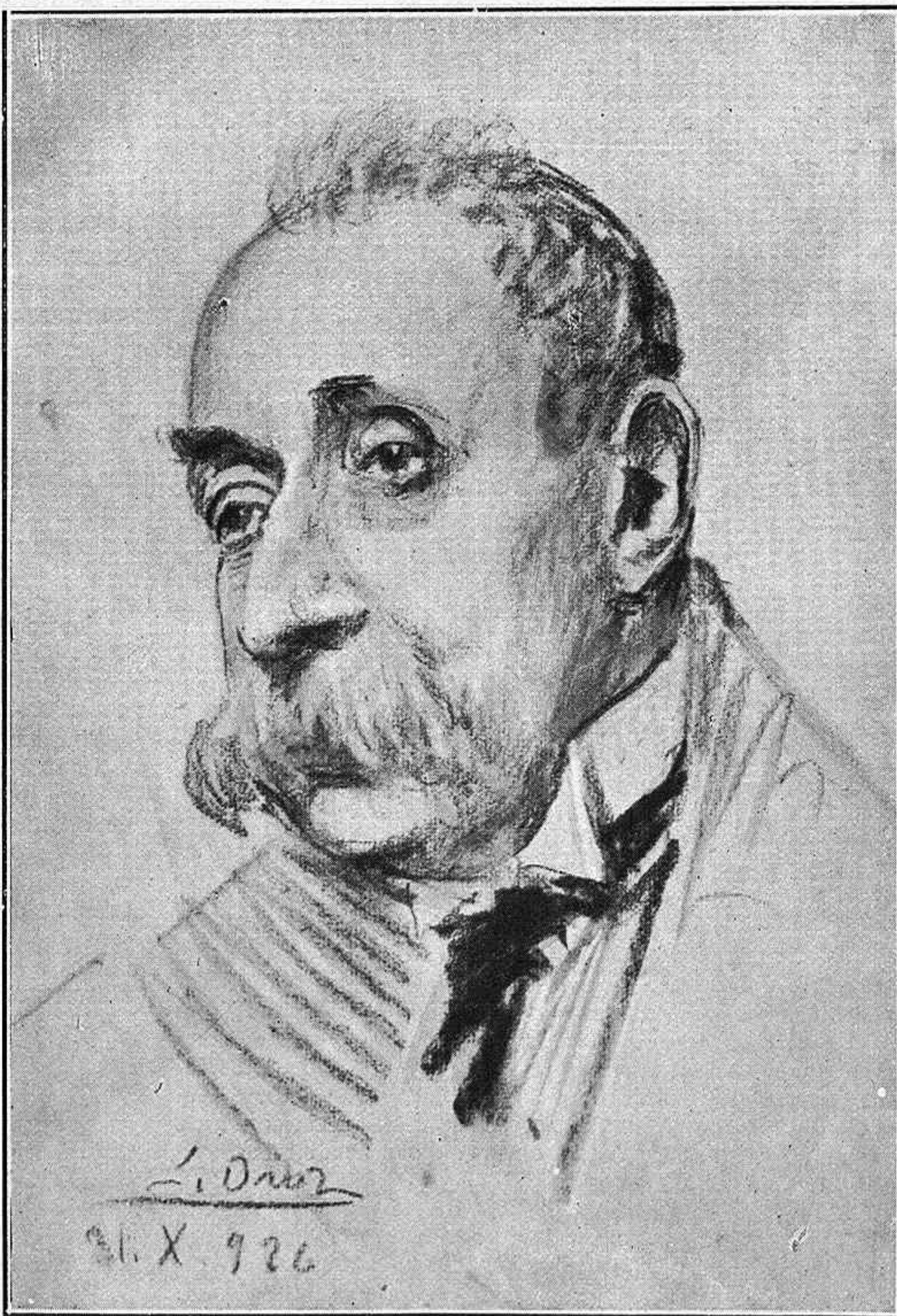
Cuando Carracido cumplía los setenta años y salía de la clínica en que había sufrido cruenta operación quirúrgica, coincidiendo con el día de su jubilación oficial, era invitado á la fiesta de Pentecostés que la Sociedad Química de Francia celebra en París anualmente. A esta solemnidad se llama á las primeras figuras de la Química mundial, y con tal motivo, por la tribuna de la Sociedad Química Francesa han desfilado los prestigios de mayor calidad: Willstatter, Sorensen, Arrhenius, Holleman, Votoreck, etc. El invitado pronuncia una conferencia, y en honor suyo se celebra un banquete, al que asisten el Embajador de la nación del conferenciante y los químicos é industriales que hayan asistido á las fiestas de la Sociedad. Carracido no vaciló ante la invitación, y, encerrando en su maleta los útiles necesarios para proseguir la curación de su enfermedad, y acompañado de su enfermera, se fué á París, donde triunfó en toda la línea ante representaciones de la Ciencia mundial y de gran número de españoles, entre los que se contaba el ilustre director general de Sanidad, doctor Murillo, y los médicos que asistían á una conferencia Internacional de Sanidad. Leyó el gran maestro su discurso en francés acerca de la clasificación de las materias albuminoideas, apoyando con nuevos datos su modo de agruparlas, con un criterio no químico, que es el de la composición, sino bioquímico, en el que se consideran el proceso de formación en el organismo y el papel que desempeñan en los procesos vitales.

La fama justificada que Carracido adquirió tuvo plena confirmación al ser encargado por el Municipio de Carlsbad de las aguas de sus célebres manantiales. Ya había hecho el profesor de Química Biológica análisis de aguas en consonancia con las doctrinas físicoquímicas; pero el especial que hizo para las de Carlsbad por tratarse de un balneario extranjero, se difundió con rapidez por España y por la América española principalmente.

Si el espacio concedido fuera mayor, expondría á los lectores de LA ESFERA considerable número de investigaciones, realizadas por los discípulos bajo la dirección del maestro, y les daría cuenta de primorosos y originalísimos artículos científicos repartidos por todos los países de habla española. Para los profanos que deseen conocer la intensidad de la obra científica del sabio gallego, estimo suficientes estas notas, que les pondrán en camino de averiguar cuanto hizo y de sospechar cuanto pudo hacer si en sus primeros tiempos de investigador se le hubieran dado amplios medios de trabajo.

OBDULIO FERNANDEZ

De la Real Academia de Ciencias.  
Catedrático de la Universidad Central.



El lápiz maestro de Oroz ha dibujado el espíritu, más que el rostro, de Carracido. De ese modo ha logrado la más exacta reproducción del rostro



## RELACIONES ESPIRITUALES DE ESPAÑA Y PORTUGAL

*El genio de Carracido volaba con igual elevación sobre toda suerte de conocimiento humano, y su cultura literaria igualaba á su saber científico. De ello dió muestra inolvidable en la conferencia pronunciada en Oporto, de que son los párrafos siguientes:*

Cuando se habla del apartamiento de España y Portugal, señalase siempre, como obstáculo infranqueable para su comunicación sin recelos, la batalla de Aljubarrota...

No produjo rencores duraderos en el corazón de los vencidos la derrota de las armas castellanas, y sobreponiéndose á lo molesto del recuerdo, no sólo el sentimiento cristiano de la caridad, sino también el afectivo del coterráneo, se manifiesta sin reservas ante el infortunio de los que en espíritu eran estimados por quienes los acogían como ciudadanos de su propia patria. Y no se atribuya este magnánimo proceder á la débil conciencia del sentimiento nacional en el siglo XIV, porque en el siglo XVII preséntase otro hecho que, sin réplica posible, corrobora la generosidad agradecida por D. Duarte.

En el año 1640, meses antes de la separación de Portugal de la Monarquía española, publicó en Madrid, y en castellano, el escritor portugués Rodrigo Mendes da Silva el libro, hoy rarísimo, titulado *Vida y hechos heroicos del gran Condestable D. Nuño Alvarez Pereyra*, del cual hace una reseña Sánchez Moguel en sus *Reparaciones históricas*. Para enaltecer la memoria del gran caudillo de la jornada de Aljubarrota, puso el autor al fin de su obra una corona poética, compuesta de veintidós poesías: una, italiana; cinco, portuguesas, y ¡diez y seis!, castellanas, firmadas éstas por poetas tales como Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Vélez de Guevara, Solís, Rojas, Moreto y otros ingenios españoles de primera magnitud. Son todas epitafios para el sepulcro del héroe representativo de la nacionalidad lusitana, y la primera, que es la de Tirso, empieza diciendo:

«Mármoles, eternizad  
el prodigio que escondéis,  
con cuyo ejemplo admiréis  
al valor y á la piedad.»

Como muestra del tono laudatorio de toda la composición, basta el fragmento transcrito, y de igual manera es apologético el siguiente, de la de Calderón:

«Nuño Alvarez Pereyra, de quien fueron tantos hechos que al aire embarazaron, de quien tantas conquistas se dijeron, de quien tantos monarcas descendieron y de quien tantas casas se ilustraron, yace aquí; y tanto le es la piedra leve, que admiración, no llanto, se le debe.»

La de Vélez de Guevara no es inferior á las anteriores en la alabanza al decir

que fué portugués prodigio  
de victorias y proezas  
en Portugal y en Castilla  
y en las alarbes fronteras,  
generoso descendiente  
de Pelayo, cuyas mismas  
hazañas imitó, tanto  
que escureció las ajenas.

Nunca el recuerdo del Aljubarrota fué parte para que los españoles se mostraran rencorosos, ni siquiera indiferentes, con Portugal. En el último tercio del siglo XVI cae sobre Lusitania el día luctuoso, anunciado por lúgubres presagios, de la muerte y desaparición del rey don Sebastián en la batalla de Alcázarquivir, y no obstante la probable consecuencia política de la aneación de su reino á la Corona de España y de los juicios poco benévolos de algunos de sus súbditos, ásperos censores de la temeraria aventura del Monarca, España, cordialísimamente, se asoció al duelo de la nación vecina, y el príncipe de sus poetas líricos, Fernando de Herrera, cantó el infausto suceso con voz de dolor y canto de gemido, y Vélez de Guevara compuso un drama,

dándole por título el nombre del Rey desaparecido, en el cual hace resaltar, sin atenuantes, su caballeridad y heroísmo en todas las escenas, de las cuales es muestra la siguiente, habida entre el duque de Aveiro y el Rey:

AVERO. Casi toda la nobleza  
ha muerto ya peleando:  
escape del moro bando,  
Señor, tu real cabeza.  
Los más faltan, aunque están  
mezclando sangre cristiana  
con la bárbara africana.  
Dame esos brazos, que quiero,  
Señor, subirte á caballo.  
D. SEBASTIÁN. ¡Adonde muere el vasallo,  
muere el Rey, duque de Aveiro!  
Mala cuenta doy de mí  
teniendo sangre real,  
si volviese á Portugal  
solo y vencido de aquí.  
¡Duque, el honor no me impidas!

Y la enlutada lira de Herrera no sonó dolorida solamente para llorar la muerte de D. Sebastián; con espíritu democrático, con el mismo que en nuestros días glorifica la muerte del soldado desconocido, arrancó alabanzas funerales de sus cuerdas para los que murieron en *Africa con el Rey*, dedicándoles uno de los más vibrantes sonetos, en que les envía con fervor patriótico la promesa de la inmortalidad, exclamando:

Vos, no rendidas almas generosas  
con desigual asedio y dura suerte  
en la ribera de Libia, que el mar baña,  
al cielo id veneradas, id dichosas,  
que no osará negar soberbia muerte,  
que sois eterna luz y prez de España.

No hay asunto portugués no tratado en la literatura dramática castellana, y con tan espontánea iniciativa, que Teófilo Braga advierte á sus compatriotas que «foram os dramaturgos hespanhoes os primeiros que nos ensinaram a tratar no theatro assumptos da historia nacional», recogiendo para sus obras tanto los temas históricos-políticos como los sentimentales de las leyendas.

En el libro *Le Portugal*, publicado en París por la librería Larousse, dice el Sr. Magalhaes Lima (pag. 219), refiriéndose á los amores de Doña Inés de Castro: «La poesía y la leyenda han popularizado esta dramática historia, la cual dió á Camoens asunto para un admirable episodio de *Los Lusitadas*, á Bocaccio para un soneto, para una tragedia al portugués Ferreira y al francés Lamotte, y, finalmente, para una ópera á Persiani, representada en el Teatro Italiano de París en 1839.» A esta relación hay que añadir las dos *Nises* (anagrama de Inés), la *lastimosa* y la *laureada*, de Fr. Jerónimo Bermúdez, entre las contadas obras españolas imitación del teatro griego, sin omitir el majestuoso complemento de los coros, y la comedia famosa de Vélez de Guevara *Reinar después de morir*, de la cual dice Teófilo Braga que es «de todas as que se tem escripto o que ha de melhor; elle comprehendeu perfectamente o espirito legendar da catastrophe e mais do que ninguem coloriu a paixao com uma pronunciada graça cavalheiresca e com uma intuicao da historia que o faz achar recursos e situaçoens novas».

Casi toda la historia de Portugal fué llevada á la escena por los grandes dramaturgos castellanos. Tirso pone en acción, con su gracia picaresca, al *Vergonzoso en Palacio*, y Lope de Vega y Calderón hacen surgir ante los espectadores al *Príncipe perfecto* y al *Príncipe constante*, limpios de toda mancilla y resplandecientes con los fulgores poéticos de la fantasía de los



Carracido acariciando á su nieto  
(Fot. Campúa)

dos genios que los transportaron de la aridez de las crónicas á los floridos campos del teatro romántico.

Don Juan II de Portugal es el Príncipe perfecto del drama de Lope, obra elogiada por Ticknor como uno de los mayores aciertos del teatro histórico, pintura acabada del prototipo de la justicia y del heroísmo. No obstante haber revelado el protagonista el temple de su alma en la batalla de Toro, batiéndose con épico denuedo juntamente con su padre, D. Alfonso V, contra los Reyes Católicos, el dramaturgo castellano no empaña en lo más mínimo el brillo de la figura del caudillo portugués. Lope es el artista nobilísimo exento de toda pasión bastarda.

El hijo de D. Juan I, el Infante D. Fernando, es el Príncipe constante del drama calderoniano. Cautivo en Fez, se opone á su rescate, prefiriendo las vejaciones y la muerte á la devolución de tierras conquistadas, manteniéndose inquebrantable su constancia en la fe de Cristo y en el sacrificio por la patria ante la insistencia de su hermano don Enrique y las amenazas del Rey de Marruecos para que consienta la negociación de su libertad. Pero los eruditos son crueles, y cuando en sus pesquisas descubren algo ignorado ú olvidado se recrean en la publicación del hallazgo, sin importarles el daño estético del oscurecimiento de una leyenda. Esto sucedió en Portugal con la supuesta constancia de D. Fernando, y hay motivos fundados para creer que Calderón conocía las críticas documentadas de los investigadores que aminoraban la entereza de ánimo atribuída al Príncipe constante; pero el poeta desdeñó las minucias de la erudición, y conservando en toda su pureza el personaje de la leyenda, así lo presenta en el teatro. Sacerdote de la Religión y del Arte, eleva su espíritu por encima de todo interés político, y sólo atento al culto de la belleza moral de los caracteres, sostiene el de D. Fernando en toda la obra con la estoica serenidad que muestra en la siguiente escena que transcribo, de la cual son personajes los Infantes D. Enrique y D. Fernando y el Rey de Marruecos.

D. ENRIQUE. En su testamento  
el Rey mi señor ordena  
que luego por la persona  
del Infante se dé á Ceuta,  
y así yo con los poderes  
de Alfonso, que es quien le here-  
[da...  
vengo á entregar la ciudad.  
D. FERNANDO. No prosigas, cesa,  
cesa, Enrique; porque son  
palabras indignas ésas,  
no de un portugués infante  
de un maestre que profesa  
de Cristo la religión,



pero aun de un hombre lo fueran vil, de un bárbaro sin luz de la fe de Cristo eterna. Mi hermano que está en el Cielo, si en su testamento deja esa cláusula, no es para que se cumpla y lea, sino para mostrar sólo que ni libertad desea. Siendo esclavo tú no puedes tener títulos ni rentas. Hoy Ceuta está en tu poder; si cautivo te confiesas, si me confiesas por dueño, ¿por qué no me das á Ceuta? Porque es de Dios y no es mía. ¿No es precepto de obediencia obedecer al señor? Pues yo te mando con ella que la entregues.

REY.

D. FERNANDO.  
REY.

D. FERNANDO.

REY.

D. FERNANDO.

REY.

D. FERNANDO.

REY.

D. FERNANDO.

En lo justo dice el cielo que obedezca el esclavo á su señor, porque si el señor dijera á un esclavo que pecara, obligación no tuviera de obedecerle, porque quien peca mandando, peca. Daréte muerte.

Esa es vida.

Pues para que no lo sea vive muriendo, que yo vigor tengo.

Y yo paciencia.

Pues no tendréis libertad.

Pues no será tuya Ceuta.

Los escritores españoles, en su atención á las cosas de Portugal, no se limitaron á componer comedias históricas; estudiaron también cuidadosamente, y con espíritu crítico siempre benévolo, todas las producciones literarias de los ingenios lusitanos, citándolas con calificativos laudatorios en muchos pasajes de sus obras, homenaje de estimación tributado hasta por Herrera, Cervantes y Lope de Vega. Este último es tan efusivo en la alabanza, que el propio Teófilo Braga la juzga excesivamente lisonjera en las siguientes palabras insertas en su *Historia do Theatro Portugues*:

«Lope de Vega era versadissimo en litteratura portuguesa do seculo XVI e XVII, como se ve pelo *Laurel de Apolo*, aonde louva, Camoes, Sa de Miranda, D. Rodrigo da Cunha, Francisco de Maceso, Jeronymo Corte Real, Nuno de Mendonça, Diego Bernardes, Antonio das Povas, Francisco Rodríguez Lobo, Jorge de Monte-Mor, Antonio Lopes da Veiga, ó Doutor Sylveita, Dona Bernarda Ferriera da Lacerda e Manoel de Galhegos. *Muitos d'estes escriptores só tem hoje a celebridade de terem sido leuados por Lope de Vega*, que esgota todas as formas dos mais rasgados panegyricos no citado *Laurel*.»

Como saben todos los que me honran escuchándome, es el *Laurel de Apolo* una loa poética, de la cual la silva III, dedicada al Parnaso portugués, comienza con la descripción de Lisboa, que por su pomposa galanura no puedo resistir el deseo de leer aquí:

Tendida en las riberas del mar de España, dulcemente yace la célebre Lisboa, de las tierras iberas la más ilustre y de más alta loa, que mira cuando nace la luz pitonizada, alma del mundo, y de los hombres vida. Miño la lisonjea, el Tajo la ennoblece, el Duero la divide, Mondego la pasea, toda nación la vive ó la desea; la India la enriquece y el mar le trae cuanto quiere y pide.

Camoens, con plena conciencia de la significación singularísima de su poema, tiene la sinceridad de decir:

cesse tudo o qu'a musa antiga canta qu'outro valor mais alto s'alevanta,

y Lope lo ensalza en la citada loa hasta presentarlo triunfalmente:

postrando Eneidas y venciendo Iliadas.

Uno y otro expresan el mismo idéntico juicio; pero en su apariencia hiperbólica, ni el primero debe ser calificado de *portuguesa*, ni el segundo de *españolada*; en los dos se habla francamente el lenguaje de la realidad, porque los asuntos de las epopeyas clásicas, encerrados en las angosturas del mar grecolatino, semejan, dentro del magnífico ropaje de su grandilocuencia, murmuraciones de vecindad comparándolos con el poema de las nuevas gentes dominadoras de la inmensa amplitud de todos los océanos y contempladoras de constelaciones nunca vistas por los europeos. La voz inspirada del cantor de *Los Lusíadas* es la del heraldo de la moderna civilización que anuncia las magnificencias antes nunca imaginadas de nuestro planeta y hasta del Cosmos. Camoens, no el Ariosto ni el Tasso, es el verdadero poeta épico del Renacimiento, del período histórico cuyo hecho más culminante es la extensión de la raza ibérica por toda la redondez de la Tierra...

El cantor de las asombrosas exploraciones de los navegantes portugueses sólo puso en su poema calificativos de estimación y de respeto para los moradores de las diferentes regiones de la Península, integrantes de la gran España (que en pasados siglos incluía también á Portugal, sin menoscabo de su independencia), ni tampoco dejó de rendir homenaje á la lengua castellana, como otros insignes compatriotas suyos, componiendo en ella excelentes versos que compiten en elegancia y dulzura con los de Garcilaso; pero tan caballerosos sentimientos y tan halagador tributo fué ampliamente correspondido por un trato fraternal efusivo de los escritores castellanos, despojado de los recelos que algunos con torpe intención se obstinan en sugerir á la espontánea cordialidad de relaciones de los dos pueblos peninsulares.

•••••

Espíritus suspicaces, influidos por las maniobras insidiosas de los que no quieren que renazcan la compenetración espiritual de pasados siglos, dirán que ésta es un efecto de perspectiva, por el cual se ve contiguo, allá en la lejanía, lo que realmente está distante, pero que la actualidad, exenta de toda ficción engañosa, y á la que debemos atenernos, es la de un apartamiento completo, sino por malevolencia, por indiferencia. No expresan la exactitud de los hechos los que tal afirman, porque los sincronismos de la vida política siguen repitiéndose en la época contemporánea con la puntualidad que se muestran desde su origen en el curso de las respectivas cronologías, y las coincidencias históricas en pueblos próximos son signos ciertos de comunicación constante y de frecuente comercio de sentimientos y de ideas. Exposición interesantísima de tales coincidencias es el erudito discurso del Sr. D. Jerónimo Bécker, con cuya lectura ha inaugurado sus sesiones la Sección de Ciencias históricas, y siguiendo sus pasos he de señalar las encarnizadas luchas políticas sostenidas por la conquista y afianzamiento del régimen constitucional, teniendo por bandera en Portugal el nombre de una niña, doña María II de la Gloria, y en España el de otra niña, doña Isabel II, y en oposición á sus respectivos tíos D. Miguel y D. Carlos, representantes del absolutismo. En ese período turbulento de revueltas guerras civiles, y en los años sucesivos de frecuentes asonadas, motines y *pronunciamientos*, el trasiego de los revolucionarios era incesante, y Portugal recogía gran número de los perseguidos por los implacables vencedores, dando esto ocasión á que algunos emigrados se interesaran por las cosas de la tierra hospitalaria, estudiándolas como cosas propias, despojados de toda pasión política. De tal entusiasmo, sentido con la más elevada pureza de intención, es testimonio de gran valor el libro de Romero Ortiz publicado en el año 1869 con el título *La literatura portuguesa en el siglo XIX*, en cuyo prólogo, anticipándose á desvanecer malévolas suposiciones, consigna la siguiente declaración:

«Es posible que ciertos antecedentes periodísticos y parlamentarios den motivo á presumir que guía nuestra pluma un pensamiento ibérico. Se equivocarían, sin embargo, los que nos atribuyesen ese designio. Nos hemos propuesto exclusivamente dar á conocer en España los historiadores, los novelistas y los poetas épicos, líricos y dramáticos del pueblo vecino: sus historias, sus novelas, sus poemas, sus sátiras, sus leyendas, sus discursos, sus sermones y su teatro, donde se reflejan, como en un espejo, las vicisitudes, los progresos, las creencias y las aspiraciones nacionales. Eso, y nada más que eso.»

El defensor en otros tiempos de la causa *iberista*, al apartarse de los lugares donde se buscan sobre todo éxitos políticos, y después de serenar su espíritu en el estudio desinteresado de la producción literaria del pueblo hermano, es el panegirista leal que no encubre el propósito de menoscabar los fueros de la personalidad histórica consolidada por el mantenimiento de su independencia. Romero Ortiz, en siglo XIX, es el alma rediviva de los españoles que en los pasados siglos alabarón y enaltecieron á los portugueses y á sus obras sinceramente, y sin las reservas mentales supuestas por los corifeos de la criminal política del apartamiento. Y de igual modo que en el siglo XVI la pérdida del rey D. Sebastián arrancó acentos de dolor á la majestuosa lira de Herrera, en el siglo XIX la muerte del insigne historiador y poeta Alejandro Herculano fué cantada en España con estrofas elegíacas por su gran poeta lírico Núñez de Arce, rebosantes del más vivo sentimiento fraternal. En ellas dice:

«permite, ¡oh, Portugal!, que un pueblo amigo ante la humilde tumba de Herculano, mostrándote tu amor, llore contigo.»

«Hermanos son el español y el luso, un mismo origen su destino enlaza y Dios la misma cuna les dispuso. Mas aunque fuesen de enemiga raza, la generosa tierra en que han crecido con maternal orgullo los abraza.»

«Juntos pueblan los términos de España, y parten ambos con igual derecho el mar, el río, el llano y la montaña; cuando algún invasor hallando estrecho el mundo á su ambición con ellos cierra, la misma espada les traspasa el pecho.»

Tocados algunos historiadores portugueses en estos últimos tiempos por la preocupación de una especie de *autoctonismo*, fomentadora de *hispanofobia* en el ánimo de ciertas gentes, creo beneficioso para las saludables relaciones de los dos pueblos peninsulares exhibir testimonios del sincero afecto de España, aviesamente desfigurado por artificios de nocivas é impuras pasiones que explotan por intereses de parcialidad los no extintos odios populares.

Saltando la muralla del aislamiento levantada entre las dos naciones, triunfó el sano y recto juicio, consiguiendo que casi todas las obras de Herculano, exceptuando su *Historia de Portugal*, fuesen traducidas al castellano, y algunas por diferentes traductores; los principales sonetos del gran Anthero do Quental fueron bien traducidos por otro gran poeta, Curros Enríquez; la poesía más popular de Guerra Junqueiro, *A lágrima*, ha tenido por traductor á un sacerdote, el eminente dramaturgo Rey Soto; igualmente fué vertida al castellano la *Historia da Civilisação ibérica*, del pensador y brillante narrador Oliveira Martins, y las novelas de Eça de Queirós son llevadas en gran copia al mercado español por casas editoriales de Madrid y de Barcelona... Y por no pecar de prolijo no he de enumerar minuciosamente todas las atenciones oficiales y privadas con que la intelectualidad española, procediendo en justicia, pero mostrando también sincero afecto, rinde homenaje á la intelectualidad portuguesa, atenciones acrecentadas en estos últimos tiempos por el deseo fervoroso de obtener la colaboración de los afines en la realización de los ideales á que deben aspirar mancomunadamente sobre la base del indisoluble consorcio histórico de los dos pueblos hispánicos.



## LA VIDA DEL TEATRO

## « LA NOCHE ILUMINADA »

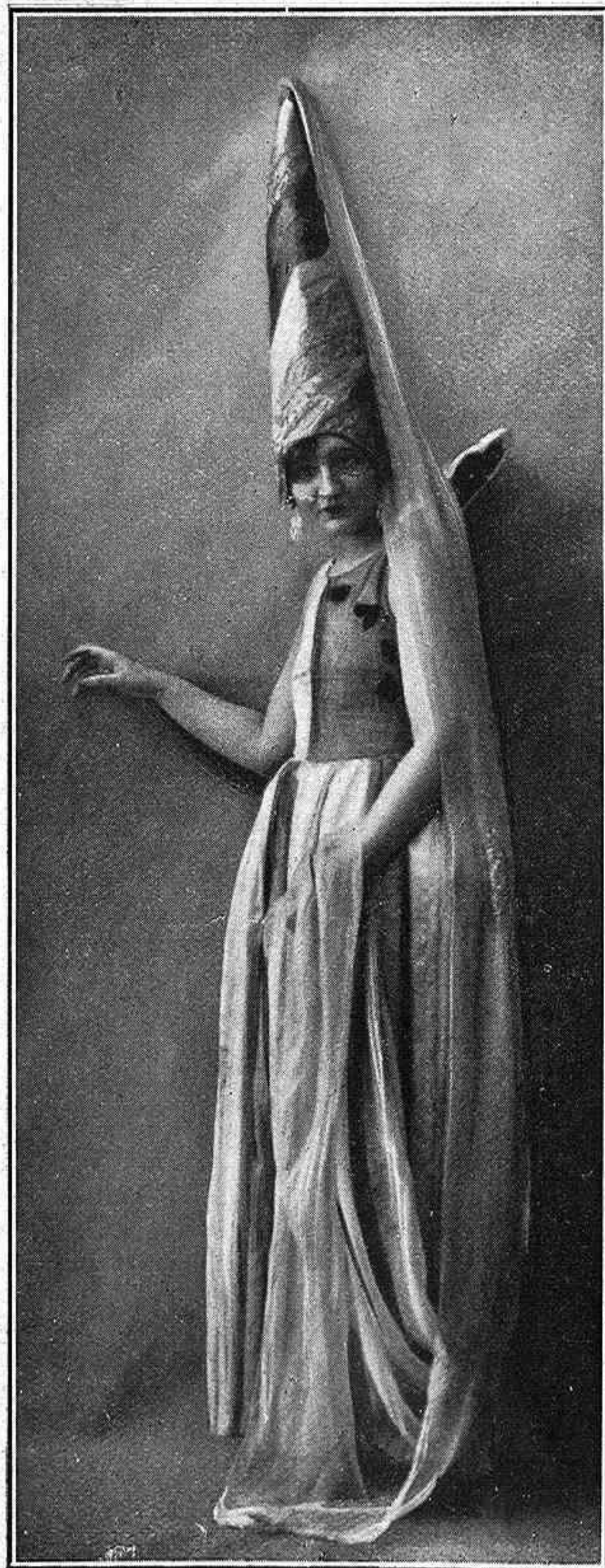
UNA obra de Benavente merece siempre capítulo aparte. Su autor descuella sobre los demás dramaturgos como cosa distinta. Es, ¿cómo diré?, un autor de otra raza. Sus compañeros de arte—dicho sea sin ofensa para nadie—escriben por oficio; él hace dramas y comedias por necesidad espiritual: cobra aún, naturalmente, sus comedias y sus dramas; pero ya un personaje, famoso entre los suyos, anunció con toda claridad su concepto de la necesidad del dinero, y, por añadidura, si no cobrara, los demás dirían que los hacía una competencia desleal.

Benavente es como un acumulador que necesita descargarse de vez en cuando; sintió desde niño, ó cuando menos desde mozo, muy intensamente, las dos necesidades cuya satisfacción es soberanamente prolífica en el terreno ideológico. Quizá, en el fondo, esos dos anhelos son expresión de una sola y misma aspiración ideogénica. Así, ó de otro modo, Benavente sigue constantemente el consejo de quien dijo: «Ensanchad vuestro espíritu con ideas y pensamientos, y la obra vendrá.» Benavente, viviendo y leyendo vorazmente, ensancha su espíritu y la obra viene.

Viene, además, varia, multiforme, con trazas de Proteo, porque así son la vida y las lecturas del poeta: vivir en todas las latitudes del planeta y en todos los estratos de la sociedad; leer de



Julia Pachelo en «La noche iluminada»  
(Fots. Alfonso)



Maruja Gil Quesada en «La noche iluminada»

mina todos, comenzó dialogando y vuelve fatalmente á dialogar. En la época de sus cuentos dialogados, los maldicientes le reputaron imitador de un literato francés que hacía algo semejante; también reputaron por plagio las *Cartas de mujeres*. Aquellos diálogos en que está el germen de los más hermosos de la dramaturgia benaventiana, como en su fondo está ya el fondo de algunas de las comedias del autor, eran el modo de expresión espontáneo. Quizá Benavente había aprendido su lengua; pero era su lengua la que hablaba.

Espíritu cultivadísimo y estilo depurado al servicio de una predisposición natural, han hecho de Benavente un dramaturgo excepcional; un dramaturgo un poco desorientado de los que van al teatro bien atiborrados de literatura preceptiva, con cánones que creen inflexibles como un dogma y manejan como *patrones* de medida y se encuentran con obras de fondo no siempre perceptibles á primera vista para quien no sea muy perspicaz, de forma externa casi siempre; punzante, sin duda, porque al autor no le complace demasiado el espectáculo de la vida que otros encuentran gratis; de forma interna muchas veces heteróclita, sin duda, porque Benavente tuvo el buen gusto de olvidar preceptos y cánones, y cree que la técnica no fué nunca,

todo y en todas las lenguas cultas; agotar las realidades perceptibles por los sentidos «limitados» y por la razón, «limitada» también, y mostrar unas veces en broma, puestas las manos en un velador; otras en serio, enfrascándose en las lecturas de los teósofos, y quizá deteniéndose, más que en ningunas, en las de Flammarión, de Richet ó de Normand, su preocupación por el más allá. Escribir, más en broma que en serio, en la forma; quizá más en serio que en broma en el fondo, una obra con que pretende sugerir á todos su propia preocupación.

El fondo y la forma... Cuando en *La noche iluminada* dos personajes hablan de la moda y dicen que el vestido no es sino la segunda forma externa del espíritu y, en definitiva, se acomoda á él, se piensa también en el teatro de Benavente, que es la mejor demostración de la teoría. La forma dramática es el medio natural de expresión de Benavente. Galdós, epistológrafo maravilloso, escribía en cartas una novela completa; Benavente escribió sus *Cartas de mujeres*, que no eran una novela, sino muestras de su dominio del estilo epistolar; pero antes, y al mismo tiempo, sus cuentos eran diálogos. Galdós narraba ó dialogaba, tras de escribir cartas, cuando el desarrollo de sus novelas pedía uno ú otro medio de expresión; Benavente, que también los do-



Carmen Carbonell en «La noche iluminada»



y cada vez será menos, el fin, y crea su técnica propia para cada caso particular.

Todo esto hay en *La noche iluminada*. Hasta el título es, y lo revela la comedia misma, fruto de una lectura; de una lectura que engendra un pensamiento dispar con ella en su evolución definitiva. El fondo es—como ahora han dado en decir los que encuentran incómodo el Diccionario de la Lengua Castellana—una sugerencia. Benavente trae á la escena á Titania y Oberón, que sienten superados sus poderes mágicos por el progreso real como un aviso saludable á los que creen que la realidad acaba donde sus sentidos dejan de percibirla y aun olvidan al pensarlo las maravillas de lo anteayer invisible hecho visible ayer y la hipótesis de lo imperceptible hoy que será perceptible mañana, y ese aviso le subraya recordando á los incrédulos, por ignorar que la ciencia ante ninguna hipótesis dice ya, aferrado á un racionalismo vanidoso: ¡Imposible! Ahora dice lo contrario, y perdura abierta á toda posibilidad. Hay un más allá, y *La noche iluminada* sugiere á los que la oigan la necesidad de pensar en él, no para creer que Titania y Oberón vivieron en otra realidad que la imaginación de Shakespeare—un mundo en un átomo ó poco más del mundo que percibimos—, sino con fin más trascendente.

La forma heteróclita en que andan mezclados y confundidos las hadas que imaginó el poeta y los seres copiados de una realidad actual inglesa demasiado asexual para ser fecunda, no es sino el cuerpo con que ese concepto pierde al pasar por el espíritu de Benavente la gravedad aparente (que sólo conserva en un personaje hecho campanudo por el actor quizás sin propósito, pero con acierto), para *aniñarse* según el constante anhelo del autor que busca del espíritu infantil la ingenuidad quizás no más crédula, pero sí más libre de prejuicios.



¿Qué importa, en definitiva, esa forma externa en que la magia está un poco más baja que el truco clásico de la maquinaria teatral que tan fácilmente hubiese convertido á Rolando en oso sin necesidad de «hacer obscuro»?

Por paradójico que parezca, podría decirse que esa forma interna prueba que en dramaturgia la forma interna puede no ser lo esencial. ¡Hórrido derrumbamiento de los prejuicios casi ancestrales que hacían del dramaturgo un armador de mecanos y exagerados llevaban á considerar al constructor de melodramas como superior al verdadero dramaturgo!

La forma externa, el diálogo, lleno de frases hondas, que, sin embargo, vuelan como flechas lanzadas por arco bien tendido, como saetas ingrávidas á clavarse en vicios, preocupaciones ó errores sociales; el más puro diálogo benaventino, burlón, irrespetuoso, iconoclasta; pero no iconoclasta á tontas y á locas, sino con la visión profética de quien adivina nuevos dioses que poner en los altares desalquilados.

Un diálogo fácil, fluente, espontáneo, en nada parecido al que elaboran á brazo—como antaño se elaboraba el chocolate—los coleccionadores de chistes y agudezas para construir diálogos escénicos.

¿Está esa comedia más allá del alcance del público? No; el público acude al teatro, ríe, subraya las agudezas, aunque los actores, que á veces parecen adormecidos, no las subrayen como debieran, aplaude, finalmente, y así da una lección muy digna de ser aprovechada.

Más fuégo en los actores hubiera hecho la lección más visible; pero no se tome esa indicación por reproche: tienen su parte en el aplauso.

ALEJANDRO MIQUIS

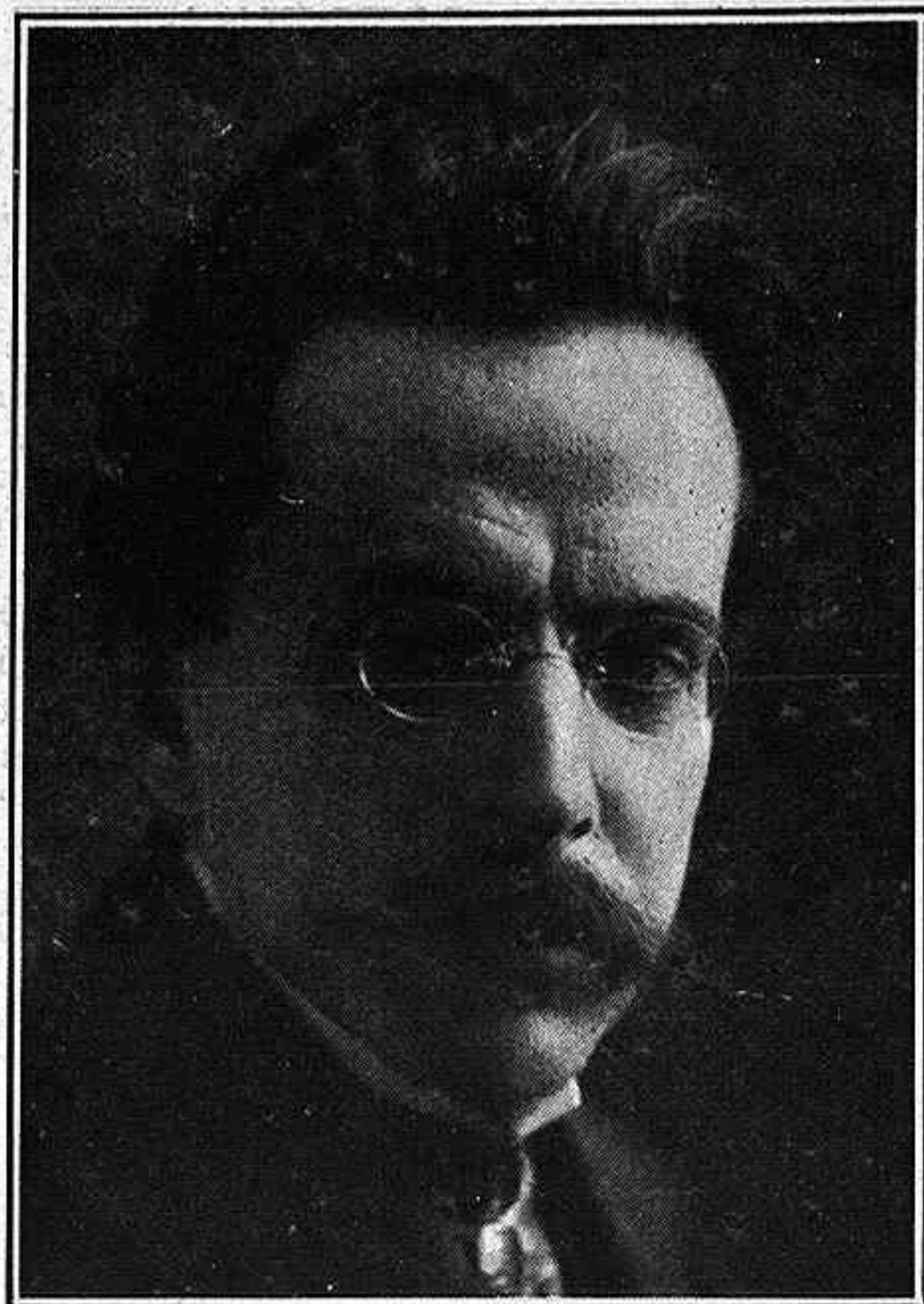
Los señores Fresno y Marín en «La noche iluminada»

(Fot. Alfonso)



# LA MÚSICA CONTEMPORANEA EN CATALUÑA

*El maestro Lamote de Grignon, una de las más eximias personalidades del mundo filarmónico catalán, director de la Banda Municipal de Barcelona y del «festival» tan logrado en el Palacio de la Música, nos habla de la música exaltada en él.*



MAESTRO MORERA

SABIDO es de todos cuantos á estudios musicales se han dedicado en España, así como de aquellos á quienes la afición ha interesado en lecturas de cosas de arte músico, que uno de los hombres que más tenazmente batallaron en pro de la nacionalización de nuestra música fué Pedrell.

Pudo este llorado gran músico no hallar el fruto inmediato de sus predicaciones, que quedaron prácticamente aplicadas en sus obras, de modo especial en *Los Pirineos*, *La Celestina* y *El compte Arnau*; pero tuvo todavía tiempo de constatar que algunos le habían comprendido y que la saludable semilla de sus enseñanzas germinaba en más de un espíritu clarividente.

Poquísimos años han transcurrido desde la muerte de Pedrell, y el fruto de aquellas enseñanzas asoma ya como una bella promesa del resurgimiento de un arte con fisonomía propia, inconfundible.

•••••

Es evidente que la actual tradición musical de Cataluña tiene su asiento en el canto coral. José Anselmo Clavé, el músico-poeta y gran sociólogo, al fundar las sociedades corales de su nombre, echó los cimientos de esa tradición, sin sospechar que la vida de aquéllas había de extinguirse con la suya propia.

De todo ello queda hoy un vago recuerdo, aparentemente continuado por un sin fin de sociedades llamadas corales, que, si en sus estandartes ostentan el nombre ó la efigie veneranda del músico-poeta, nada tienen ya de común con los altos ideales del que las instituyó.

Pero si la obra social de Clavé ha desaparecido, sobre sus cenizas se eleva, ufana y con esplendorosa vitalidad, una institución que constituye un timbre de gloria para Cataluña y para España entera: el «Orfeo Catalá». La tenacidad invencible de que está dotado su fundador, el ilustre Millet, y sus altas dotes musicales y educativas, aplicadas con la más devota perseverancia, han obrado el milagro, y con la maravillosa entidad que es su hija espiritual, rinde tributo de gratitud á Clavé-músico, en las obras que éste, con admirable intuición y careciendo de medios técnicos, escribiera para sus Sociedades Corales.

A la creación del «Orfeo Catalá» siguió la sucesiva aparición de infinidad de agrupaciones

análogas, verdaderas filiales de aquél, que se constituyeron en la mayor parte de las poblaciones de Cataluña, aun en las menos importantes. Este poderoso elemento difusor del canto coral ha venido á convertirse en eficaz estímulo para los músicos de nuestra generación, ofreciéndoles un sugestivo campo de experimentación. De ahí que hasta el momento actual es éste el aspecto en el cual los compositores catalanes se han producido más copiosamente. De entre ellos se destaca preeminentemente una figura de primera magnitud: el maestro Antonio Nicolau, director de la Escuela Municipal de Música de Barcelona. Este compositor halló en el «Orfeo Catalá» el medio de expresión por él soñado; de no haberse creado este organismo, no habrían sido escritos esos monumentos musicales que se denominan *La mort del escolá*, *Divendres sant* y *Captant*, que constituyen nuestros más altos modelos de expresividad y de técnica, ya que contienen el máximo de sentimiento y la más perfecta realización formal. Las primeras audiciones revelaron en la masa coral posibilidades estéticas sin fin; desde ese instante existió el «poema coral».

Millet tuvo el acierto de exhumar é incorporar á su repertorio las obras de los polifonistas españoles reivindicados por Pedrell, de cuyas audiciones se desprendieron jugosas enseñanzas. Simultáneamente, la «canción popular» venía á ocupar su sitio en los programas de los conciertos orfeónicos; se abrieron concursos para premiar las mejores colecciones de melodías populares, así como las mejores armonizaciones de las mismas. Estos concursos han producido nutrida cosecha, y si en ocasiones han dado margen á un excesivo virtuosismo en la armonización, con premios casi siempre nocivos á la condición de primitiva ingenuidad característica del canto popular, han sido, en cambio, causa de que penetrando éste en el músico, se acentuase de modo considerable la personalidad del compositor.

Hallamos vestigios de esta beneficiosa influencia en colecciones de melodías para canto y piano publicadas en el último cuarto del siglo anterior, y se encuentra más acusada todavía en obras del mismo género aparecidas con posterioridad.

Aparte de las danzas populares que se conservan en Cataluña, y especialmente en determinadas comarcas, la influencia del canto popular en la música instrumental se ha manifestado más recientemente y en menor escala, por el momento. (Debemos hacer asimismo mención aparte de Pedrell, puesto que su situación es la de un verdadero precursor.) Sin embargo, la orientación emprendida por nuestros compositores des-



MAESTRO LAMOTE DE GRIGNON  
Director de la Banda Municipal de Barcelona



SEÑORITA REGNARD, soprano

de cuarenta años á esta parte es sintomática de una evolución en sentido nacionalista, dentro de las diversas modalidades contenidas en la nacionalidad musical española. Así hemos visto á Albéniz, catalán por su nacimiento, manifestarse con inconfundibles características de las regiones meridionales; á Granados, asimismo catalán por su nacimiento, demostrando llevar dentro de sí una abundantísima savia musical aragonesa, valenciana ó andaluza, pero nunca catalana. Por contraste, se puede citar el nombre de otro paladín ilustre de la nacionalización de nuestra música, el maestro Bretón, quien, siendo castellano viejo, incluyó en su ópera *Garín* dos danzas catalanas. Y tal vez algún otro caso que no recordamos.

Es indudable que la falta de tradición sinfónica ha retrasado considerablemente el despertar de nuestra producción en esta especialidad; lo hace sospechar así el hecho de que en el momento en que se hicieron en Barcelona ensayos de constitución de orquestas de conciertos surgieron los primeros asomos de obras instrumentales; y una vez constituida la «Sinfónica de Barcelona» se intensificó la producción de manera tan marcada que esta entidad pudo incluir en sus programas un considerable número de obras orquestales de autor catalán, y de entre ellas algunas de carácter popular ó con influencia de éste. Actualmente, la «Orquesta Casals» lleva estrenadas ó reproducidas algunas obras sinfónicas de fisonomía netamente catalana, alguna de ellas de grandes proporciones y complejidad de medios, conteniendo rasgos característicos de la modalidad catalana.

Esto prueba que, aunque con retraso, se ha emprendido ya la ruta evolutiva; nosotros creemos que el ejemplo de los rusos no cayó en saco roto, y que, por el contrario, nuestros músicos se aprestan á seguir el camino por aquéllos trazado. El éxito obtenido por la música española en los conciertos dados por la Banda Municipal de Barcelona en Alemania, Suiza y Francia es demostrativo del triunfo que la está reservado para el día en que nuestra producción sea suficiente en número y calidad para ocupar el lugar que le corresponde en el movimiento musical mundial.

J. LAMOTE DE GRIGNON

Director de la Banda Municipal de Barcelona.  
Madrid, Enero 1928.





Mujer, París Una misma emoción, un mismo contenido sentimental en las dos palabras, distintas en sus letras y en realidad, en su fondo, iguales. «Paris c'est une blonde», dice una popularísima canción actual. París en una mujer, se ha repetido mil veces. París es una amante, se ha concretado más aún. Los cronistas que más han bebido el licor frívolo en la copa parisina—un re-

“PARIS C'EST  
UNE BLONDE...”

uerdo al admirable Enrique Gómez Carrillo—vieron siempre esta feminidad alegre, risueña y voluptuosa que hay en el espíritu de la gran ciudad—vieja, nueva siempre—. Los escritores, los dibujantes, interpretaron principalmente a París en sus mujeres, rostros de ensueño y de alegría que reflejan el espíritu inmortal de siempre. «Paris c'est une blonde»... (Dibujo de Ochoa)



# EL ESTRENO DE "JUAN JOSÉ"

(Del libro «Contar vejeles», que acaba de publicar el ilustre escritor D. José Francos Rodríguez)

A Dicenta, que tuvo un feliz principio de carrera con el estreno de *El suicidio de Werther*, no le bastaba con vivir á la sombra de la fama corriente: apetecía la cúspide; no acomodarse en las laderas donde sopla el viento apacible del bienestar común, sino arriba, en lo más alto, donde rugen los huracanes y se triunfa definitivamente ó definitivamente se sucumbe.

Escribió *Juan José*, y se lo llevó á Mario; éste tuvo una gran sorpresa con la obra; acostumbrado á las señoritas y señoritos de siempre, á la repetición de peripecias conyugales entre personas finas, hallóse de pronto con la pasión acalorada, ruidosa, del pueblo, y tuvo momentánea perplejidad; pero, con su instinto de comediante diestro, de fino olfateador de las aficiones del público, quedóse con la obra y le dijo á Dicenta:

«La estrenamos en seguida; me gusta mucho.»

Los ensayos se llevaron con alguna reserva; durante ellos se discutieron situaciones y frases, haciéndose cortes y arreglos sin que Dicenta vacilase. Tenía fe absoluta, invencible fe en su labor. Los murmuradores del saloncillo, de las *peñas* teatrales, continuaron sus cábalas: «Es una cosa disparatada.» «Todo pasa entre obreros: una taberna, una guardilla, la cárcel.» «Pero, ¿de veras sale la cárcel?», decía un inquieto. «La cárcel, sí; sale la cárcel en la Comedia; donde antes los salones, los saraos, los duques, los coqueteos retóricos, las lisonjas dulzonas, ahora los zaquizamies, la tasca, los tíos y las tías; bofetadas, dicharachos, y al fin la hecatombe.» «Eso no puede gustar. Eso lo patean. ¡Qué dirán los del turno primero! ¡Qué dirán los abonados de siempre!»

El reparto tuvo también sus dificultades: el papel principal lo hizo Juanita Martínez, una actriz muy hermosa y muy discreta, que daba sus primeros pasos por la senda del arte; senda que luego la condujo á un hogar dichoso donde ahora vive. Hubiera sido conveniente una figura muy autorizada para que encarnase la Rosa del drama de Dicenta; pero no estuvo á mano en aquella ocasión.

Con tales antecedentes, llegó la noche del estreno. Vi á Dicenta por la tarde; nos unía desde

la adolescencia una gran amistad, enemiga de convencionalismos y tapujos. «¿Qué tal?», le pregunté. «Magnífico—me contestó—. Me has visto iniciar las luchas literarias; me has conocido en las sociedades de muchachos, en los tanteos de los primeros años; sabes de mis ansias,

deslumbradores; empezaron á desfilar personajes; en vez de señoronas vistosamente ataviadas, de señores puestos de frac, trabajadores, gente del pueblo; desde los primeros instantes sonó cuanto se oía á cosa nueva, subyugadora. Ráfagas de viento de la calle barrieron el ambiente

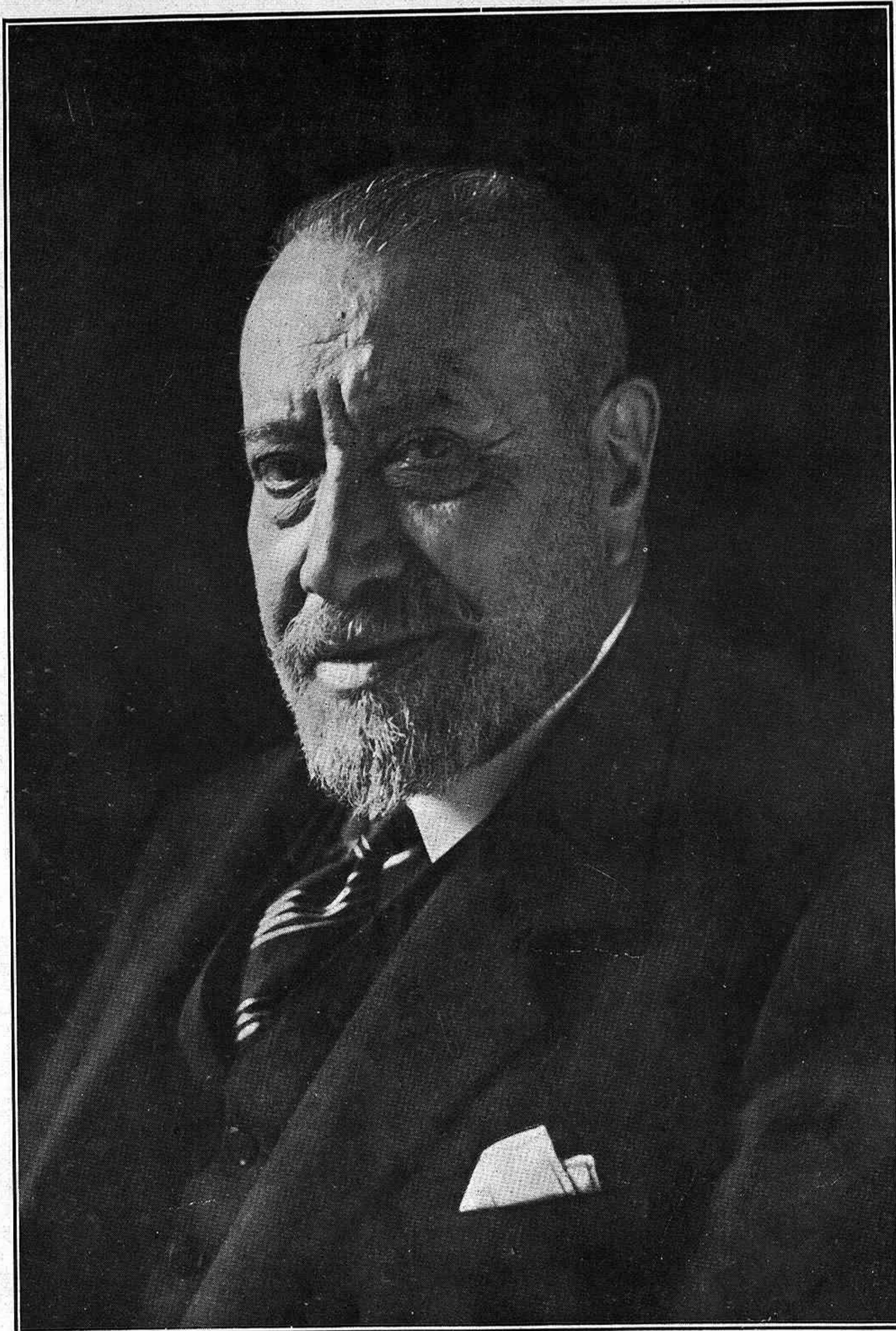
hasta entonces recargado de artificiosos perfumes. Inicióse el drama; la lucha entre el amor del apasionado y los galanteos viciosos del que tiene dinero; surgió el primer encuentro, relampagueando la realidad sobre las tablas, deslumbrando, oprimiendo, arrastrando al público, que al caer el telón al final del primer acto aplaudía frenético á Juana Martínez, á Nieves Suárez—la sin par Nieves, maestra de veras en su arte—, á Emilio Thuillier—inolvidable noche aquella su noche triunfal—, á Vallés, á Balaguer, á Amato, tres notables cómicos que ya no existen, y á Joaquín Dicenta, sobre todo á Dicenta, que aparecía convulso, demudado, clavando sus ojos azules, llenos de luz, sobre la masa inquieta del auditorio, rugiente de entusiasmo. En los dos actos restantes continuó la apoteosis. ¿Quién se acordaba ya de las fórmulas acostumbradas, de las viejas recetas para componer obras dramáticas?

Joaquín Dicenta había producido de improviso una revolución, demostrando de paso todo lo vigoroso y fulgurante de su talento. Nació *Juan José*; pero no para desvanecerse como tantos otros dramas, como casi todos los dramas que se representan, sino para perpetuarse, siempre lozano para ser á veces símbolo, á veces suceso capaz de resumir una época literaria y de probar lo que pudo un tempe-

ramento artístico de pujanza infinita.

Aquella noche de Octubre de 1895, noche de aplausos y vitores, noche en que una noble ambición satisfizo geniales ansias, viene á mi memoria con dejos de profunda melancolía. Veo á Joaquín Dicenta fuerte, resuelto, triunfador, derrochando la vida, y le contemplo después, abreviándola, para desventura de las letras españolas y para mal de *Juan José*, que al fin no tuvo el hermano que con razón aguardaba.

J. FRANCOS RODRIGUEZ



DON JOSE FRANCOS RODRIGUEZ

(Fot. Campúa)

de mis vicisitudes; pues bien, concluyeron para siempre. *Juan José* me salva. Es carne de mi carne, sangre de mi sangre. En él cuajaron los ímpetus de mi temperamento, los rasgos de mi carácter. He aprisionado á la verdad para lanzarla al escenario; allí está clavada por mí, sujeta por mi esfuerzo, para que exprese bien lo que soy y lo que ambiciono.»

Y así fué. Al estreno acudió el público habitual en las primeras representaciones. Se alzó la cortina; apareció una taberna en el escenario, donde ordinariamente se veían salones lujosos y



## CARTERA DE VIAJE

## APUNTES DE RUMANIA

## EL ÚLTIMO RESTO DE BIZANCIO

HEMOS dejado el parque encantado de Sinaia, ese Escorial de juguete, con su monasterio y su palacio, donde hemos visitado á la reina Maria y á su nieto el niño rey Miguel, á quien han dado como juguete el cetro de un nuevo gran reino, aunque él prefiere otras diversiones, como cuando al aperebirle su madre, la princesa Elena de Grecia, y su abuela, la reina viuda, para nuestra visita, ha preguntado ingenuamente:

—¿Cuando se vayan estos señores, podré jugar con el ascensor?

Bordeando el curso del Cavaiman, que corre profundo en su cauce entre las altas laderas vestidas de abetos, llegamos á un castillo que parece regir desde la altura el poblado de Busteni. Es el viejo palacio de los Cantacuzeno.

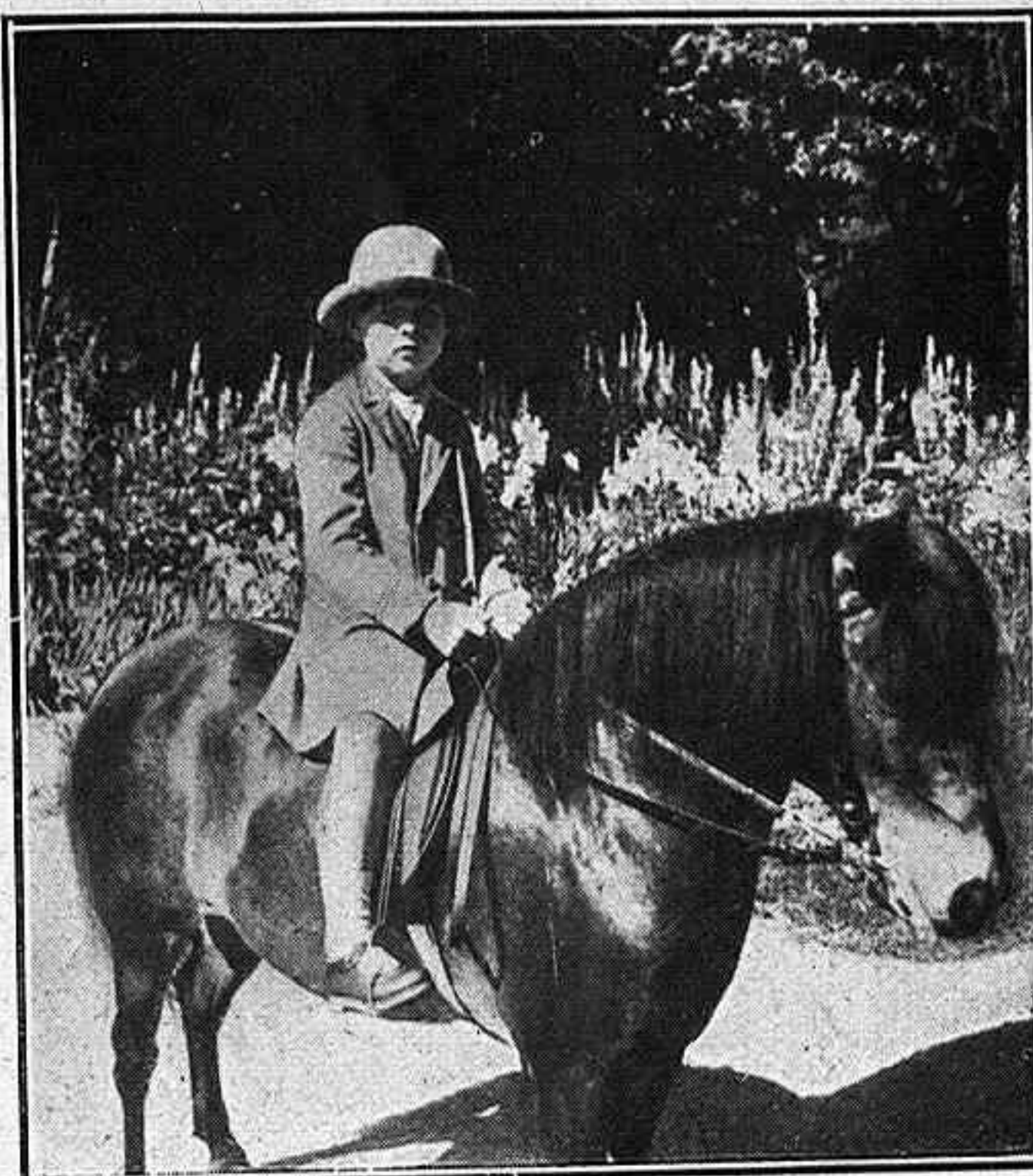
He ahí el último vestigio del remoto imperio bizantino. Cuando la princesa Cantacuzeno, al hacernos los honores de la casa, nos muestra el techo del salón que hubo necesidad de reparar hace pocos años, porque le taladró una bomba de la aviación enemiga durante la guerra, pensamos que ese proyectil no fué alemán ni austriaco, sino precisamente turco, y que al cabo de los siglos se repetía la historia que hacía á aquella desdichada familia víctima del furor de la media luna.

Los nombres de las dinastías que se sucedieron en el reinado del Bajo Imperio se hallan grabados en áureas letras sobre el friso que bordea el salón al pie de la galería de arcadas que le domina. Allí, el de los Concusenos; allí, el de los Paleólogos, que tan fatales fueron, como los mismos otomanos, para el caduco imperio. Como una reliquia del pasado y fugaz esplendor, preside el salón un vetusto sillón de bronce, bella muestra del arte bizantino, y ya desgastado más por el tiempo que por el uso.

Es el trono de Andrónico III y de Juan V, los últimos emperadores cantacuzenos. Desde que Juan V se sentó en él, ya puede decirse que acabó el Bajo Imperio. Aquel triste cantacuzeno fué el vencido por Amurates y el que pactó con él, reconociéndose tributario de los turcos. Poco después, un Paleólogo, Juan VI, le destronaba. Pero ya aquel vestigio del imperio romano de Oriente, que había durado toda la Edad Media, extinguióse, palideciendo, ante el rojo de la sangre y de la vergüenza, la púrpura de los antiguos Césares.

Y la primera muestra ese último resto de un imperio prolongado y famoso, y los nombres de seculares dinastías que se perdieron en la historia, con una delectación de sacerdotisa de un rito extinguido, y con el orgullo de un abolengo que se complace en revelarse como un contraste á los que vienen del alcázar moderno de unos reyes muy nuevos, de un reino muy tierno.

Como un contraste, y también acaso con la serenidad de Clío, mostrando lo fugaz, lo pasajero de las grandezas que ha ido anotando sobre su gran libro de mármol.



El niño Rey de Rumania Miguel I

## LA CORTE DEL ARGÉS

Ese monasterio y esa basílica, solitarios hoy día y reducidos á un recinto sepulcral, como otras viejas abadías medievales, recuerdan que en este lugar donde se hallan, hubo de ser en el siglo XIV la capital de Valaquia.

Hace poco ha sido descubierto un sarcófago que contenía el cuerpo perfectamente conservado de un guerrero coronado con diadema de perlas, ataviado con una túnica de púrpura, y con su espada pendiente de un tahalí de oro. Era el príncipe Basarabo, fundador de la basílica. Esa iglesia regia, donde al reconstituirse el

antiguo reino de Rumania, que un tiempo venió bajo su dominio Miguel *el Bravo*, los nuevos monarcas, aunque extranjeros, han querido tener sus tumbas. Allí descansan Carlos I; su mujer, Carmen Silva, la poetisa cantora de los bosques de los Alpes de Transilvania, á quienes pidió la vida de sus versos y luego la muerte, para fin de sus amarguras, y el triste rey Fernando, señalado por un destino shakespeariano.

La necedad de un arquitecto restaurador, Lecomte de Nouy, sujeto á la nefasta influencia de Viollet-le-Duc, que tantos irreparables desastres artísticos ha causado, ha destruido el encanto sencillo de la basílica de la Corte del Argés, haciendo de su severo estilo una tarta de confitería llena de dorados y arrequives.

El prestigio ancestral queda, sin embargo, en la fuente de Manoli. Es la leyenda de la construcción de la catedral, que en los estudios demopédicos se suele comparar con la del palacio real de Madrid, bien que esta última sea absurda al referirse á un edificio construido hace menos de dos siglos, y cuya historia aparece con la claridad de las cosas recientes.

En el monasterio rumano, la tradición, en la que Adrián Maniu, Luciano Blaga y el profesor Jorge han encontrado inspiración para obras dramáticas, aparece con el terrible sino de un simbolismo conmovedor, que obliga al artífice Manoli á un cruel sacrificio. Las paredes de la obra se resquebrajan y caen cada vez que son elevadas de nuevo. Manoli recibe una inspiración sobrenatural que le indica como remedio mojar las piedras con la sangre del primer ser que vea á la mañana siguiente. El artífice acepta, porque sabe que es una perrita el primer ser viviente que acude á saludarle todas las mañanas en cuanto se despierta. Pero aquel día es su mujer la que llega primero, y Manoli se ve obligado á darla muerte y sepultura entre los muros de la iglesia, que ya no se hundirán más.

El símbolo es amargo y claro. En la obra de arte, para que sea perfecta y duradera, tenemos que enterrar lo que más amamos y rociarla con sangre que es de nuestro corazón.

Otra parte de la leyenda dice que Radul Negri, el déspota, preguntó á Manoli si sería capaz de hacer otro edificio como aquel. Manoli contesta que sí, y el tirano hace cortar las cuerdas que sostienen los andamios, y el artista y sus compañeros caen, convirtiéndose al morir en sendas piedras negras. En aquel mismo lugar brota una fuente de agua salobre como las lágrimas.

Esa es la fuente que permanece como el más bello recuerdo de la fundación de la basílica de Argés.

Y la última parte de la leyenda tiene una variante más poética. Manoli se arroja desde lo alto del monasterio recién construido, lanzándose á volar con unas alas de maderas y cuerdas, y cae donde empieza desde entonces á manar el agua amarga.

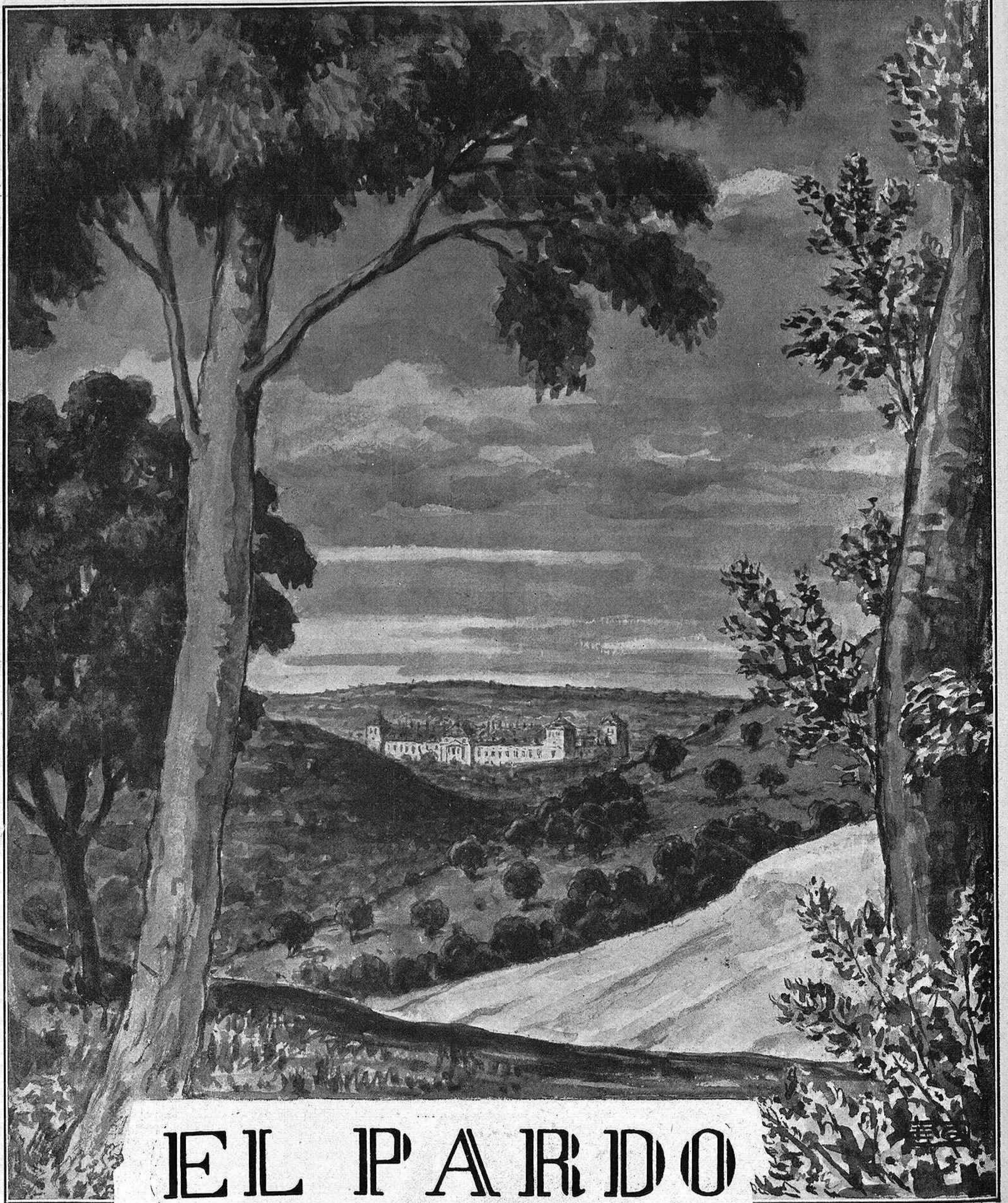
Amarga, como el triunfo no gozado y que se ha comprado con la vida.



La basílica de la Corte del Argés

PEDRO DE REPIDE





# EL PARDO

*Adusto y señorial paisaje velazqueño;  
palacio melancólico con techos de pizarra,  
donde el rey que gustaba del cante y la guitarra  
fué apenas un fantasma galante y marfileño.*

*Jardines polvorientos de honda melancolía  
donde tejó guirnaldas de memorias fragantes  
el rey, protagonista de cien cuentos galantes  
en los alegres tiempos de la manolería.*

*Jardinillos del Pardo; cada hora se desliza  
triste como una lágrima. El otoño tamiza  
de oro viejo el palacio de sombrías paredes.*

*El fantasma del príncipe cruza por los confines,  
mientras se oye á las niñas cantar en los jardines  
el romance de novia de la reina Mercedes.*

*Emilio CARRERE*

(Dibujo de Ernesto Gutiérrez)





LA moda elige los animales más raros para adornarse con sus plumas y sus pieles. La elegante que se adornase con piel de gamusina sería la más elegante del mundo, porque la gamusina es el animal más inencontrable, porque no ha existido nunca.

En la actualidad, alguna dama luce abrigo de piel de cebra. En los blancos é inmensos barcos que salen para Nueva York ha sido fotografiada esa excepcional dama cebrada.

La visión de la mujer envuelta en la piel de cebra, crispera, solivianta y arredra. ¡El ser caprichoso y díscolo—siempre encantador—abrigado con la piel del animal más rebelde á las bridas, el caballito indomable, que gusta de triscar suelto, nervioso por todas sus vetas!

Las elegantes de excepción han dejado sin su piel algunas cebras de las pocas que se encuentran ya por el mundo, y hoy galopan esas cebras como convertidas en caballos grises, á medio descubrir, bajo un telo mantecoso, su anatomía de escuela de veterinaria.

Sin la piel de su orgullo, que las hace estar locas de contento, es posible que las cebras despelejadas se hayan amansado, docilizado y amodado.

¿Pero entonces es que reside en la piel la hi-

perestesia indomeñable que es proverbial en ellas?

¡Ay del que haya comprado uno de esos abrigos á su dama! Conocerá en ellas bravisquerías, ratimagos, repelones y coleteos que nunca había observado.

Recia, brava, resuelta, la mujer del abrigo de cebra pasa rauda, excitada por el veteado impulsor y decidido. Ni con piel de tigre resulta tan temible como con esa piel de extraño dibujo, admirablemente cuidados los trazos, intencionados siempre, alegres de galope.

El rayado de la piel de cebra tiene justificaciones de gran artista y sabe cuándo ha de rayar transversalmente y cuándo en el peto, la cabeza y las ancas ha de proyectarse en otro sentido. Se está viendo la ancha pluma de dibujo del Creador venciendo dificultades, acabando con sagacidad el animal más bien dibujado á pluma de la creación.

Habiendo observado á las cebras, se sabe lo dadas al aspaviento, la carrera y el mórdisco que son, llevando mordida á flor de diente la hierba de la silvestre y salvaje velocidad.

Tan desconocido está el caballo en ellas, tan poco se le ve, que su piel toma palpitante personalidad, siendo imposible apartar la indisciplina y el retozoneo de la cebra del abrigo en que se envuelve la señora á la última.

Lo insumisa que es la dama *chic*, además de escurridiza, huidiza y escapada á todo lazo que se la tienda, por estar sólo prendida al veloz cohete de su elegancia, se agrava bajo el envoltorio de la piel de cebra, fatalizada de aire díscolo y huidizo

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Dibujos de Almada)







El hidroplano «Dawn», á bordo del cual se proponía cruzar el Atlántico la aviadora Frances W. Grayson, con los pilotos Oscar Omdal, Brice Goldsborough y el telegrafista Wilmur Stutz, del que se ha perdido todo rastro desde su salida de Roosevelt Field

### *Los trágicos caminos aéreos*

## *La última fracasada tentativa de travesía atlántica en avión*

UNA nueva tentativa de travesía aérea fracasada trágicamente. No era, en verdad, la época actual la más favorable para tales intentos; pero la audacia de una mujer logró convencer á los compañeros de expedición de que fuera cual fuere el tiempo, el crucero debía realizarse precisamente en la noche de Nochebuena. Y el avión, que salió heroicamente de Norteamérica á cumplir el afán de unir una vez más el Viejo al Nuevo mundo, no á vuelta más á dar señales de vida.

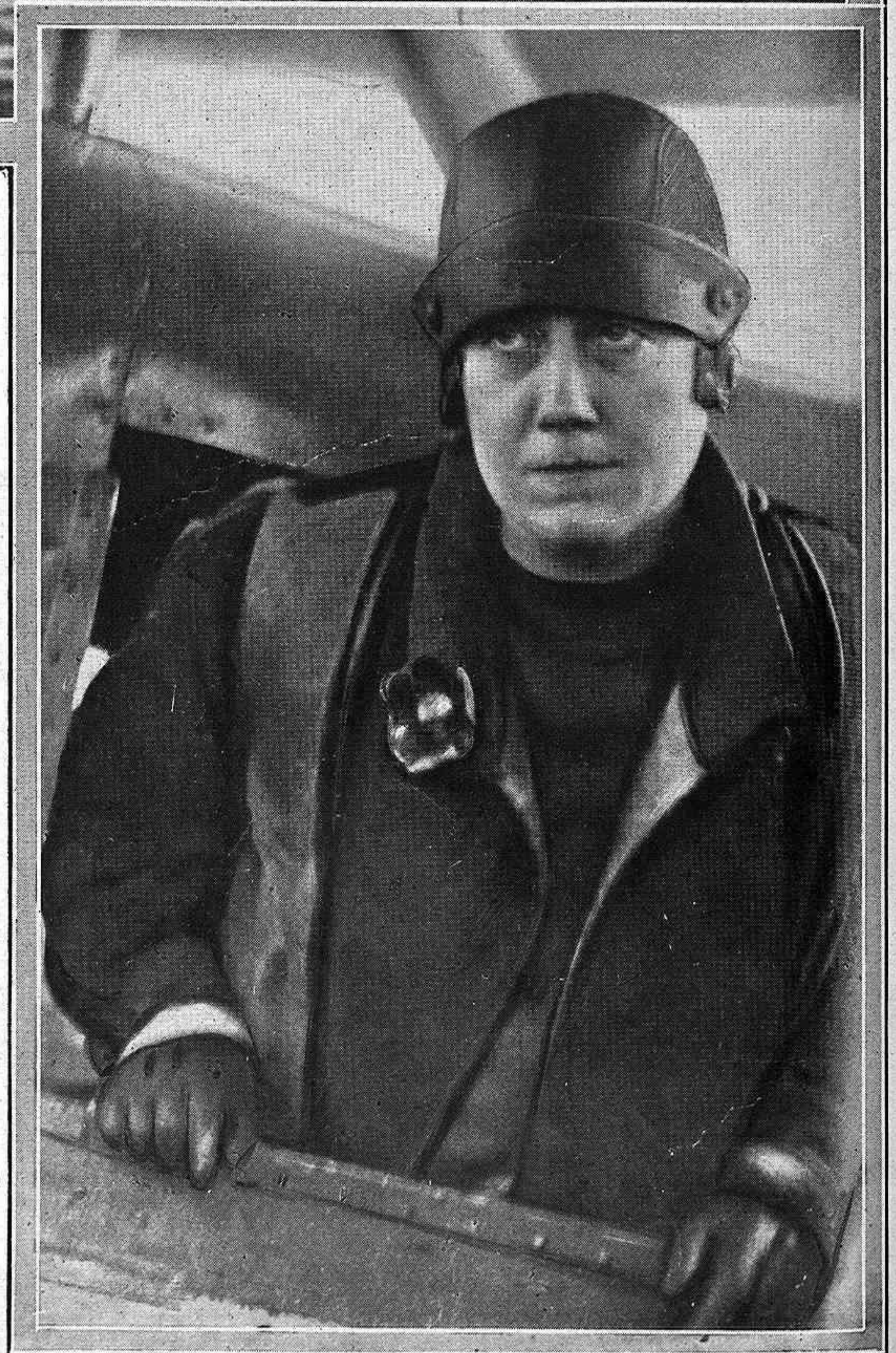
¿Cuál ha podido ser la suerte de miss Grayson, de sus pilotos Omdal y Stutz y del radiotelegrafista Goldsborough? Probablemente no se sabrá nunca.

El «Dawn» partió de Roosevelt Field, con destino á Harbour Grace, para desde aquí intentar el salto sobre el mar. Ni un solo despacho, ni una noticia, que pueda oficialmente atribuírsele, fué recogida por las estaciones, cuyas antenas esperaban impacientes los signos de vida de la tripulación.

Movilizó infructuosamente la armada norteamericana sus más veloces unidades, del mar y del aire, en busca de los desaparecidos viajeros.

El Atlántico se ha cobrado otra vez el tributo de las vidas que con tanta frecuencia le ofrecen, y, solo al cabo de unas cuantas semanas, es probable que un día el telégrafo nos advierta que en tal ó cual lugar apartado de los grandes mares fueron hallados los restos de un avión que podrán ser del «Dawn», desaparecido misteriosamente...

La aviadora Frances W. Grayson, á cuya intrépida iniciativa y apoyo económico se debía el intento de travesía atlántica con el «Dawn», del que nada ha vuelto á saberse desde que dejó el aeródromo neoyorkino  
(Fots. Ortiz)





# BOULEVARD

El frío ha desencadenado todos los rigores de su crueldad sobre París. La Naturaleza, cómitre implacable, nos hace sentir las mordeduras de su látigo sobre nuestras espaldas y aun sobre nuestro rostro. Nos sume en las tinieblas, privándonos del sol. Nos desnuda. La ciudad se ha transformado en mazmorra.

Pero el hombre aspira a defenderse. Los que á la hora de comer descienden de los andamios, se agrupan en torno á los braseros que la previsión municipal distribuye por las calles, como distribuye los guardias. Ahora bien; un brasero público es mucho más simpático y, desde luego, más atrayente que un guardia. Su autoridad es, por otra parte, muy útil. Cuida de poner un límite no á las demasías de los hombres, sino á las de la Naturaleza, que es nuestro verdadero enemigo.

No obstante lo temible de este enemigo, el hombre ó algunos hombres se obstinan en vencerle. Ayer, un titiritero ambulante casi desnudo intentaba reunir en su torno á los transeúntes en un arrabal. Gritaba. Gesticulaba. Prometía devorar el vidrio verde de una botella. Sacudió en el aire frío su gran campanilla de bronce. Pero la gente no se detuvo. Al pasar miraban de través el torso amoratado del atleta ambulante que

den el regocijo de un modo que le es peculiar. Sanos, alegres y jóvenes, para ellos el regocijo es la alegría al modo viejo. Y mientras las parisien- ses danzan sobre los cuchillos de sus patines, los soldados se dejan caer estrepitosamente. He aquí la ficción del gesto entonado y la realidad de la carcajada. A los elegantes les contraría mucho la alegría de los soldados. Los elegantes creen que los pobres no deben hallar en el frío más que sus dramas.

Lo más terrible de estos dramas está, no en Versalles, sino en París y bajo los puentes del Sena. Allí se refugia todo el dolor, todo el desamparo, toda la terrible angustia de los pobres. Son innumerables los ex hombres que mueren de frío debajo de los puentes. En estos días, uno de estos puentes se hinchó de tal modo, que su pavimento hubo de estallar. El estallido ha sido explicado por los ingenieros. Pero la razón de ese estallido no está en las leyes naturales. Lo que pasó fué que eran tantos los cadáveres de hambrientos, que los años hubieron de amontonar bajo el puente, que, al fin, éste estalló como la tapa de un ataúd.

Por fortuna, París sabe poner una sonrisa sobre todos los dolores. Hoy, bajo el azote cruel del frío, se han paseado por los bulevares unos alegres transeúntes con unos heroicos sombreros de paja. La Naturaleza pudo creer, por un momento, que estaba en ridículo.

Naturalmente que las madamitas han querido aprovechar los doce grados bajo cero para hacer unas transformaciones en sus vestidos. Unas se han calzado medias de lana. Otras, grandes botines. Otras, botas hasta la rodilla. Algunas han intentado una resurrección del manguito. En resolución, de lo que gusta la mujer es de convertir todas las circunstancias en una para ir á las tiendas de lujo ó, cuando



Una graciosa patinadora deslizándose por la helada superficie del gran lago de Versalles

menos, á los grandes almacenes. La mujer, en el fondo, no es sino la cliente innumerable.

Todo tiempo pasado fué peor. No. El frío de ahora no es el más terrible de los que París hubo de sufrir. Hacia 1600 se heló el vino en los cálices, y la leche, asimismo helada, se vendía en pedazos. He aquí el consuelo que nos ofrecen ahora los investigadores. Además, en 1709 el termómetro descendió hasta 23 grados. Como se puede ver, la temperatura actual significa una ventaja en la guerra del hombre contra el frío. Nuestra civilización no puede resignarse á que, en cuanto á la lucha contra la Naturaleza, nada haya logrado el hombre actual. Volvamos, pues, el rostro hacia el siglo xvii.

En resolución, vivir no es sino someterse á la monotonía irremediable. El frío de hoy constituye un compás en la rapsodia sin fin del invierno. Nuestras impresiones son limitadísimas y nos son familiares. Después de este letargo despertará París inevitablemente y oiremos la rapsodia de la primavera. Se equilibran ambos como la crueldad y el optimismo. Sin un invierno implacable, no nos agitaría después la resurrección de la primavera. Debemos atravesar las noches pensando en el amanecer.

Lo terrible es la caravana fantasmagórica de los atenazados por el hambre y por el frío bajo los puentes del Sena. Pobres gentes sin resurrección primaveral y sin amanecer. Vidas en perpetuo invierno y en perpetua noche.

En sus cálices se hiela siempre el vino.

CEFERINO R. AVECILLA



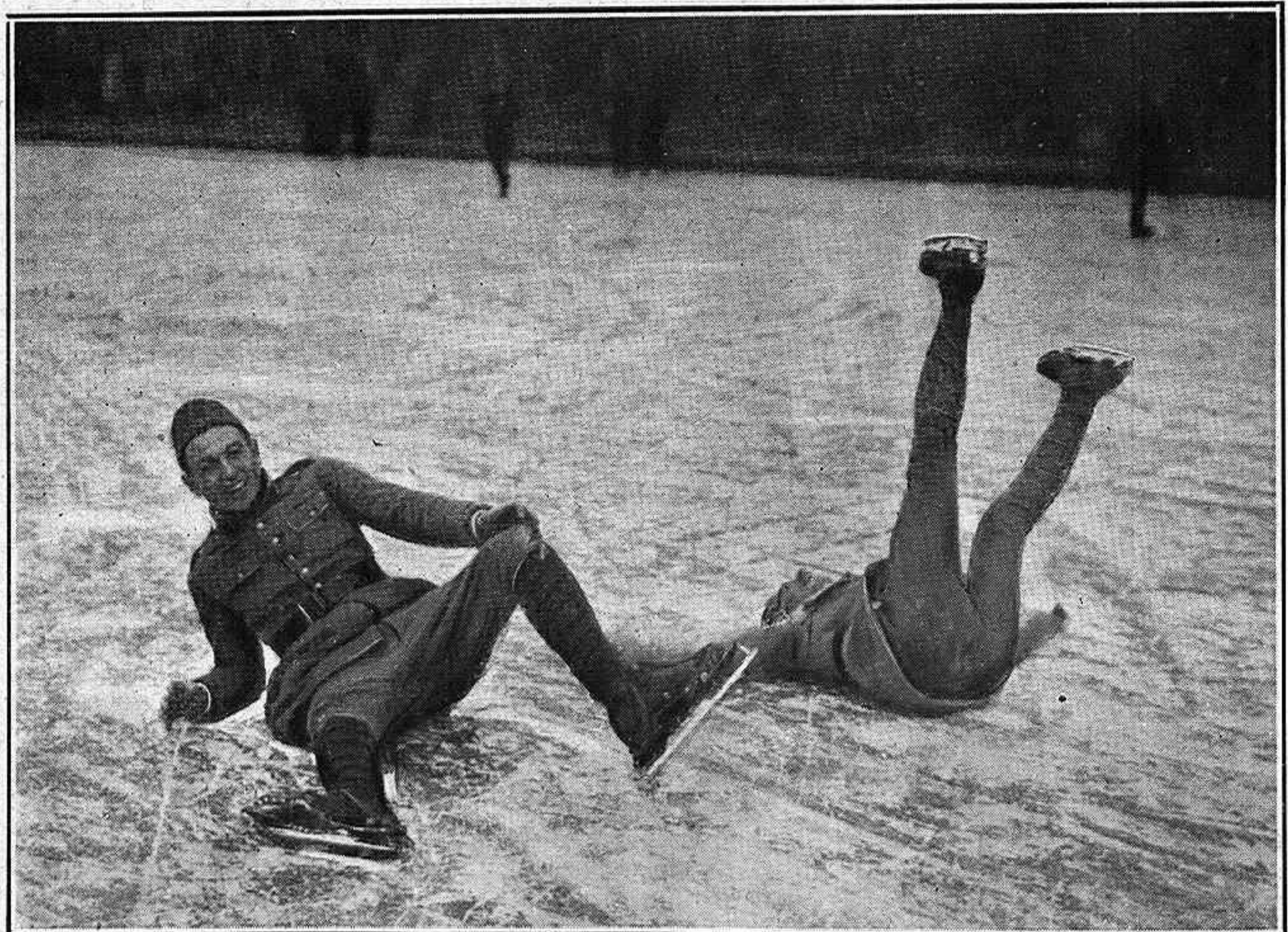
El frío intensísimo ha levantado el pavimento en el puente del Carroussel

de tiempo en tiempo se enjugaba con el reverso de las manos las lágrimas que el frío ponía entre las pestañas, como un rocío. Junto al titerero, medio desnudo, una mujer, cubierta de percalinas desmayadas y de lentejuelas agónicas, tocaba el tambor.

Ahora bien. El verdadero problema que formula París cada vez que hace mucho frío es el de saber si podrá patinarse en el lago del Bois de Boulogne. En realidad, en el lago del Bois de Boulogne se permite patinar muy pocas veces. El hielo sobre sus aguas no sirve sino para desorientar á los cisnes y á los patos, á los que, sin duda, odia la Naturaleza como odia á los hombres.

Por fortuna, si los parisien- ses no pueden patinar en el lago del Bois de Boulogne pueden patinar en otros lagos menos distinguidos. En los de Versalles, por ejemplo. Como en el fondo, de lo que se trata es de un motivo más para que la mujer ponga de relieve las voluptuosidades de la línea, único fin actual de la existencia, tanto vale el hielo del Bois de Boulogne como cualquier otro. Además, en Versalles las patinadoras no tienen que compartir la atención de los espectadores ni con los cisnes ni con los patos.

Pero el lago de Versalles, por popular, quizá le quita gracia al patín. Al lago de Versalles acuden los soldaditos de la guarnición, que, naturalmente, tienen derecho á divertirse como cualquier parisienne voluptuosa. Por desgracia para los fueros de la distinción, los soldados entien-



Dos soldados, aprendices de patinadores en una aparatosa caída durante la primera lección sobre el lago de Versalles





Ha adquirido categoría de tópico, de afirmación universalmente aceptada, la de que vivimos en el momento del baile. El baile es una de las características de la época. Una característica tan viva, tan clara, como el vértigo de la velocidad y el triunfo del motor y la agonía del prejuicio. Se baila á todas horas y en todas partes. El más nimio motivo es pretexto para el baile. Mas para el baile moderno, claro... El «char-

## EL ESPÍRITU DE LAS VIEJAS DANZAS

les», el «tango», el «blue». Entre este vértigo actual ha desaparecido, ahogado, el espíritu de las viejas danzas, armoniosas y claras. El alma de la distante Grecia está—serenidad, euritmia—en los pasos y las actitudes de estos bailes, tan de tarde en tarde renovados en la vida actual. Así, una estampa como esta—evocación de aquel espíritu lejano—es ante nuestros ojos de hoy como una nostalgia...

(Dibujo de José Zamora)



## LA RIA DE PONTEVEDRA

### Comentarios á la nacionalidad de Colón

**H**AY una trayectoria misteriosa, de raras coincidencias, en el descubrimiento del Almirante. Colón puso en las tierras descubiertas muchos nombres de bahías, cabos y lugares de la ría de Pontevedra.

Uno de los más característicos del mar gallego es Porto Santo, lugarcillo sobre un hermoso puerto, digno de una capital. Cuenta la tradición que en la aldea de Porto Santo nació Cristóbal Colón, que de *moi pequeno foise e ninguén soupo mas d'il*. Así hablaban las consejas populares de Poyo y Pontevedra refiriendo la historia de un mozo que un día desapareció del lugar y años después se dijo había descubierto unas islas. Era pariente de Juan de Colón, y «las islas» que descubrió resultaron ser las Américas.

El martes, 27 de Noviembre, «habiendo andado media legua por la misma bahía, vido el almirante á la parte del sur un singularísimo puerto, y de la parte del Sueste unas tierras hermosas á maravilla, así como una vega montuosa dentro en estas montañas...» El extracto de Las Casas va siguiendo la descripción que hacía el almirante en el diario original del puerto y tierras de Baracoa, en la isla de Cuba.

Las emociones del descubridor impónense, y la espontánea prosa, llena de entusiasmo, es reproducida, después del extracto de los primeros párrafos, íntegramente: «Debajo del sol no me parece que las pueda haber mejores en fertilidad, en temperancia de frío y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas», dice de las tierras que ve.

«Y porque atrás tengo hablado del sitio de villa e fortaleza en el río de «Mares», por el buen puerto y por la comarca; es cierto que todo es verdad lo que yo dije; mas no ha ninguna comparación de allá aquí...»

El puerto incomparable, según Colón, bautizado con el nombre de Santo, como Puerto Santo ó Porto Santo, frente á Pontevedra, en un recodo de la ría; lo más bello de la isla, lleva el nombre de lo más bello que para el marino tiene el mundo, que es el puerto donde vió la primera luz, que fué luz del mar.

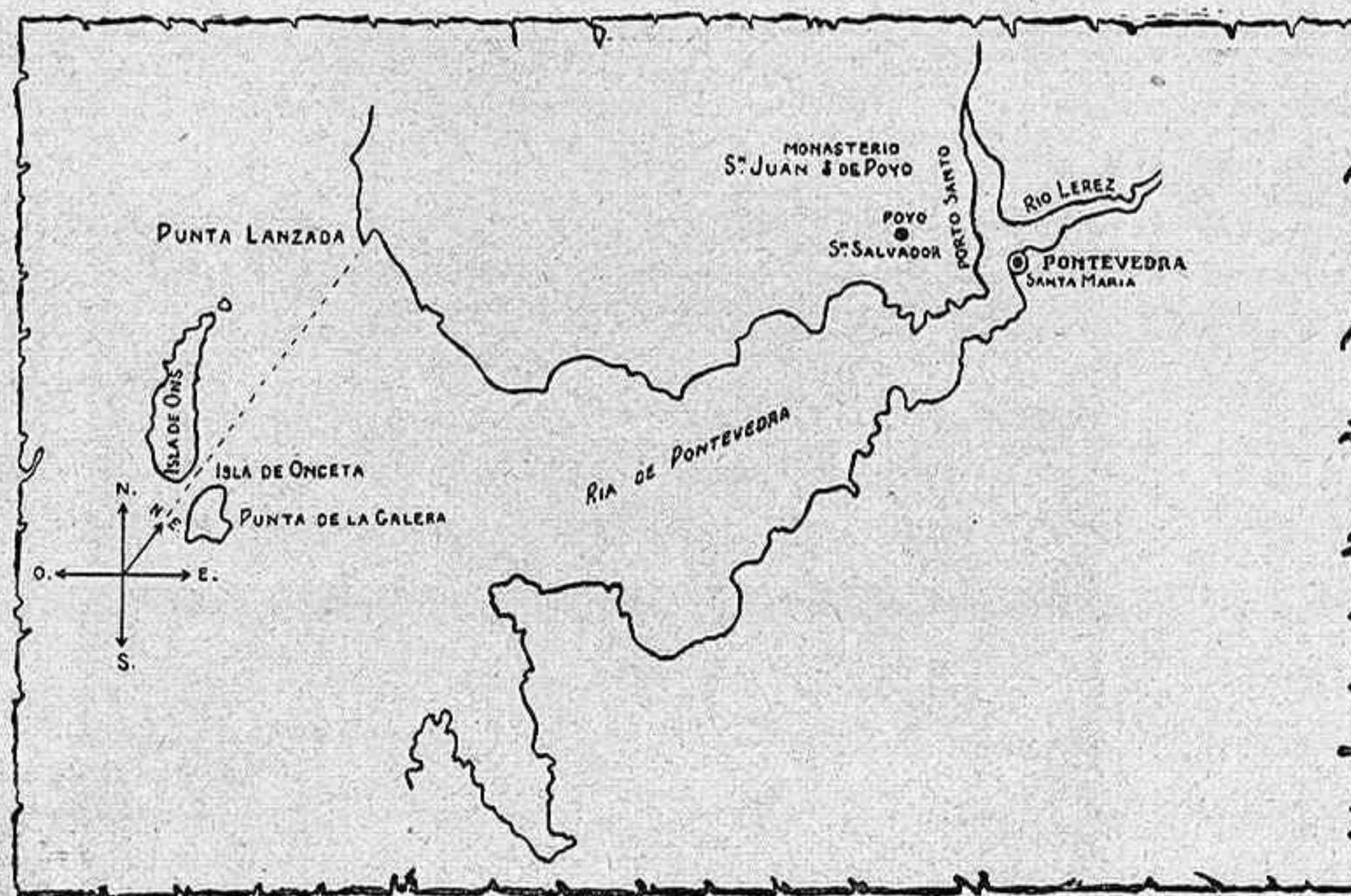
También existe un Porto Santo donde había vivido Colón, según su historiador Padre Las Casas. Trátase de un islote del archipiélago de Madeira; pero el nombre de Porto Santo que recordase el del Archipiélago, mejor estaba puesto á una isleta ó á isla grande.

La semejanza geométrica del Puerto Santo de la ría gallega con el Puerto Santo de Cuba ha llamado la atención de los modernos investigadores de la historia del descubridor, y el coronel inglés Mansfield, miembro de la Sociedad Geográfica de Londres, ha dado en Inglaterra conferencias sobre la nacionalidad de Colón, en las que, por medio del cinematógrafo, fué mostrando los paisajes colonianos de Pontevedra y proyectó vistas de los dos Portos Santos: el de Baracoa y el de San Salvador de Poyo, que son iguales.

No se puede hablar ante hechos así de coincidencias, de casualidades; son coincidencias, ciertamente, y porque el almirante se encontró en Cuba con un puerto que coincidía con el recuerdo de Porto Santo, le dió su nombre.

Tierras que le pareció no las podía «haber mejores en fertilidad, en temperancia de frío y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas», lo mismo las descubiertas el 27 de Noviembre que las de la ría pontevedresa, donde Colón había pasado los años juveniles y de donde había marchado, sin que sus vecinos volvieresen á saber de él, hasta que les dijeron que había descubierto «unas islas» que tiempo después se llamaron las Américas.

Otra coincidencia ofrece el nombre de «Punta



Como un documento escrito por la Naturaleza, se muestra la ría de Pontevedra, llena de recuerdos y nombres que el Almirante puso en las tierras descubiertas

Lanzada», que puso Colón á un descubrimiento en la isla de la Tortuga, que refiere el viernes, 14 de Diciembre, en el diario.

«Llegó á la isla de la Tortuga; vido una punta della, que llamó Punta Fierna, que estaba al Lesnordeste..., y de allí descubrió otra punta, que llamó la «Punta Lanzada» en la misma derrota del Nordeste». Le puso el nombre de la punta Lanzada, de la entrada Norte de la ría de Pontevedra, al Nordeste de la isla Onceta, en cuya isla hay la punta de la Galera, que Colón puso en el tercer viaje.

Este mismo nombre de la Galera lleva un «eirado» de la orillamar, en San Salvador, donde los pescadores solían tender y preparar sus redes.

Cristóbal Colón va dejando en las tierras que descubre los nombres de la ría de Pontevedra, como en sus escritos iban cayendo las palabras de la lengua vernácula, que denotaban cuál era su espiritualidad y cuál su patria, porque el idioma es la patria de Colón. El puerto de Baracoa le arranca frases entusiastas, porque, cual si Dios quisiera ofrecerle el espectáculo de su tierra nativa, preséntale á los ojos del almirante un puerto idéntico, lleno de belleza, el paisaje de pinos, las vegas y montañas, y la lluvia.

El descubridor pasa siete días en Baracoa. El que no quería detenerse en ningún puerto, sino descubrir más tierras, tiene pretexto en la lluvia para detenerse. Nada le faltaba en la coincidencia, y á la memoria de Colón debían surgir en nostalgia todas las escenas, todos los momentos de los primeros años de su vida, cuando corría por el «eirado» de la Galera ó cuando bajaba al mar para meterse en una barca de pescadores é irse al reino hacia el río Lerez ó la ciudad de Pontevedra á ver cómo los herreros martillaban los escudos célebres, que habían de recomendar los Reyes Católicos en una provisión y ordenanza fechada en Tarazona á 18 de Septiembre de 1495.

Acaso, también, á meterse bajo los porches, huyendo del Orbayo, en los días del «Novoeiro», como aquellos siete del Puerto Santo, de Cuba, que pasó fondeado, lleno de nostálgicos recuerdos frente á las tierras que le recordaban las otras.

Su afición y entusiasmo por Baracoa se exteriorizaba con preferencia á las demás comarcas descubiertas, y así nos refiere el Padre Las Casas en el extracto del jueves 29 de Noviembre que «le contentaba mucho la felicidad de aquella tierra...» Tierra que le contentaba, porque era como la abandonada en años mozos, en tiempo en que sólo había podido ser un grumete de alguna de las naves que iban por el mar que Colón, más tarde, dejaría abierto como comunicación de dos mundos.

Había salido de Porto Santo de grumete, y en las regiones que descubre encuentra, al sentirse empujado por la fuerza genial, cuando hombre, otro Porto Santo idéntico al de la ría de Pontevedra, que embarga su alma de contentamiento y gratas inquietudes, como las hubiese sentido de hallarse ante el Porto Santo de Galicia.

ANTONIO VALERO DE BERNABE



«Colón es presentado á los Reyes Católicos, á quienes expone el genial proyecto que tanta impresión causó en el ánimo de la Reina de Castilla, que desde aquel instante se convierte en decidida protectora de la audaz empresa, que dió á España la gloria de un mundo nuevo.»—(Cuadro de M. Crespo)





PAISAJES MALAGUEÑOS

«Camino del Palo», cuadro original de José Blanco Coris

## ANTE LA ENCUESTA DE LOS CENTENARIOS UNA FRASE DE SCHOPENHAUER

CURIOSA y emocionante, en verdad, es la encuesta acerca de las personas centenarias—más numerosas por lo visto en España de lo que pudiera sospecharse—que está publicando *La Voz*. Más aún por lo que sugiere que por lo que cuenta la mayoría de los ancianos entrevistados, almas casi extinguidas, espíritus casi evaporados, pomos vacíos de esencias que apenas si exhalan aroma ninguna. ¡Cuánta existencia que uno no quisiera para sí, cuánta perdurando sin más razón de ser que el olvido de la muerte para apagarlas cuando la Vida extinguió casi todas las luces del espíritu! Y pensar que todos querríamos conseguir tan larga edad, ¡para verse como los más de estos viejos, algunos en situación nada envidiable después de haber vivido tantos años, nada gozosos!

Es de sentir, por nosotros—por ellos no, piadosamente pensando—que entre nuestros centenarios no haya ningún nombre famoso en las letras, en la filosofía ó en las artes, para leer sus juicios acerca de la vejez. De viejos, aunque no centenarios, recuerdo algunos que la actualidad trae á la pluma. Pitágoras dividía la vida humana en cuatro períodos de veinte años cada uno, y decía que, después de los ochenta, el ser humano está ya muerto aunque esté vivo. Del mismo parecer era Jean Paul. El poeta vienés Grill Parzer, después de la fiesta de su octogésimo aniversario, escribía: «La centésima parte de estos homenajes me habrían hecho dichoso en mi juventud. Ahora son el golpe de gracia que me mata». Bismarck, un año antes de morir, escribía: «La Providencia me ha deparado la verdadera enfermedad de la vejez: la

soledad». Meissonnier, decía: «Los comerciantes, cuando son viejos, se retiran de los negocios. Los artistas, por el contrario, no podemos reposar nunca. Durante mi vida tuve honores y tuve amores; pero el trabajo no cesó un instante, no cesará sino con la muerte». El célebre cirujano Brillroth se expresaba así: «Mi colega Socin me escribió una vez: No el alma, sino el estado de las arterias señala la vejez.» Manfredo, por su parte, exclama que no es el tiempo quien produce la vejez, sino las circunstancias de la vida; por eso hay viejos jóvenes y jóvenes viejos. He aquí cómo varían las opiniones sobre la vejez. Lord Palmerston afirmaba que no el trabajo es quien mata, sino las preocupaciones quienes asesinan.

Sin embargo, lo más grande que se haya dicho acerca de la vejez y de la juventud es, á mi juicio, aquella frase de Arturo Schopenhauer: «La diferencia entre juventud y vejez, es siempre la misma: aquella tiene delante la vida; ésta, la muerte; la una, un breve pasado y un largo porvenir; la otra, un pasado largo y porvenir breve. De todas suertes, viejo, no se tiene ante sí sino la muerte; joven, la vida».

Y añade esta rotunda y temerosa duda:

«Sin embargo, no sabré decir cuál de las dos dé más pavor...»

Es verdad; el miedo á la muerte no podemos quitárnoslo. Pero lo más horrible es que tampoco podemos sustraernos al miedo que da la vida cuando se es inteligente y se está sobrado de sensibilidad en estos tiempos tan azarosos...

ENRIQUE GONZALEZ FIOLE



BARCELONA

La filosofía del Templo y su arte

CUANTAS veces he llevado a un amigo ante el templo en construcción de la Sagrada Familia, me ha hecho la siguiente pregunta:

—Y éste, ¿qué estilo es?

Indefectiblemente, le he contestado con las palabras de Marco Aurelio, moralista griego y filósofo muy artista:

—En todo aquello que otro hiciere, acostúmbrate, en cuanto te fuere posible, á examinar para contigo mismo: Este, ¿qué fin lleva con eso? Mas procura empezar por ti mismo y escudriñate en primer lugar.

Y si mi amigo ha repetido su pregunta, tomada nota que los amigos que yo traigo ante el Templo son eruditos ó, por lo menos estudiosos y ecuanímes, le he terminado el pensamiento de los *Soliloquios* del emperador romano, digno nieto del cónsul de Roma Anio Vero:

—No te olvides que lo que te agita y mueve á manera de un títere es una cierta fuerza dentro de ti oculta y reconcentrada; esta fuerza, que pende del resorte de las propias pasiones y aficiones, es para nosotros la elocuencia que persuade, es la vida que nos tira; es, si se puede decir así, todo el Hombre. Jamás quieras juntar con esta idea del Hombre la idea del cuerpo, vaso que contiene dentro de sí el alma; ni la idea de los miembros, instrumentos alrededor del alma fabricados; porque son muy parecidos á la azuela, y sólo diferentes en cuanto ellos nacieron con nosotros al lado. Siendo así que todos esos miembros sin el alma, causa que los mueve y da vigor, no tendrían otro uso del que tiene la lanzadera para la tejedora, la pluma para el escribano y el látigo para el cochero.

Nunca pudo hacerse mejor definición del templo de la Sagrada Familia de Barcelona.

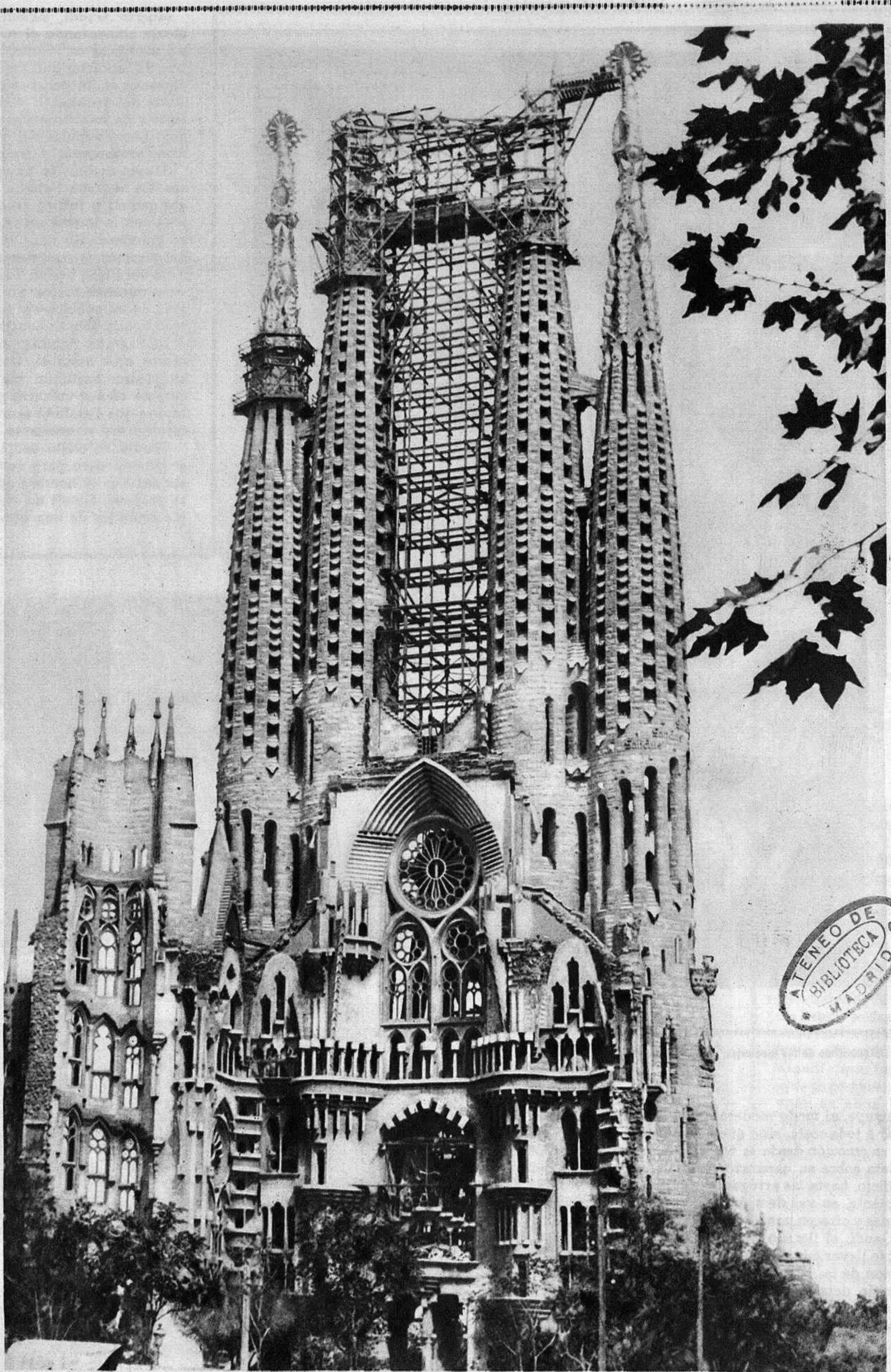
Es posible que os digan los técnicos que su masa surge de la lenta construcción en mezcla de estilos ya clásicos, y cuyo enlace os de-

finirán como un mérito relevante de Gaudí. Es probable que los detractores de todo lo nuevo os digan que se trata de un caso de anomalía cerebral arquitectónica.

Yo os digo que todo ello, muy respetable y seguramente muy exacto, nada tiene que ver con el estilo del Templo, si por estilo se entiende, de acuerdo con el diccionario, la manifestación de

un ideal establecido sobre un principio en una obra de arte.

Porque la Sagrada Familia es una poesía, un sueño de Gaudí nacido sobre un plano y llevado al ritmo con el buril y el martillo. No pertenece al caso tercero del padre Naval y Ayerve—la exageración y el mal gusto—, sino al segundo—la invención y creación propia—, porque no



La fachada.—Un estilo nuevo, una puerta más al Arte, algo como una frente distinta en la monotonía de todas las frentes...





El sacrificio de los inocentes, junto á la madre desesperada

destruye, al modo moderno, la armonía, para asombrar á toda costa, sino que dulcemente va ascendiendo en emoción desde la tortuga, lenta y filósofa que sujeta sobre su caparazón las columnas básicas del edificio, hasta las arrogantes agujas que muy humildemente, en vez de señalar al cielo con imperio, son romas y ofrecen unas flores pidiendo clemencia.

Gaudí, el llorado maestro, arquitecto y místico, quiso llevar á la piedra un sueño portentoso de exaltación de fe. El mismo, que vivía en los recintos del templo, detallaba cosa por cosa. Su mano temblona de viejo luchador aun sostenía con cierto brío el tiralíneas, y sus dedos sarmentosos, nervudos y ahuesados, eran ágiles para el dibujo precipitado de un florón ó el remate inesperado de un capitel.

La obra gigante del soñador tuvo—y tiene—que luchar contra el tirano eterno, porque el templo se construye de limosna y ésta es poca y menguada. Hubo un momento, años atrás, en que pareció que revivía. Se vieron muchos trabajadores en la iglesia; los ojillos de Gaudí tenían una llamita de esperanza. ¿Un generoso donante? No sé. Lo que sí sé es que duró poco. En seguida la obra volvió á su triste inercia. Apenas suena un martillo; las torres no avanzan, las naves no se cubren...

La tortuga—lenta, segura, filósofa—sostiene sobre su caparazón las columnas básicas del templo

Muerto Gaudí, siguen sus discípulos cariñosamente alimentando el sueño de terminar la iglesia, sin modificar en lo más mínimo el plano del maestro. Se ha dicho que podrían reformarse é ir rápidamente al fin del Templo, alegando que para la gloria del arquitecto y la exteriorización de su talento y de su concepción es suficiente lo hecho hasta hoy. Los discípulos del maestro, y con ellos Barcelona, sentimental y tradicionalista, protestan.

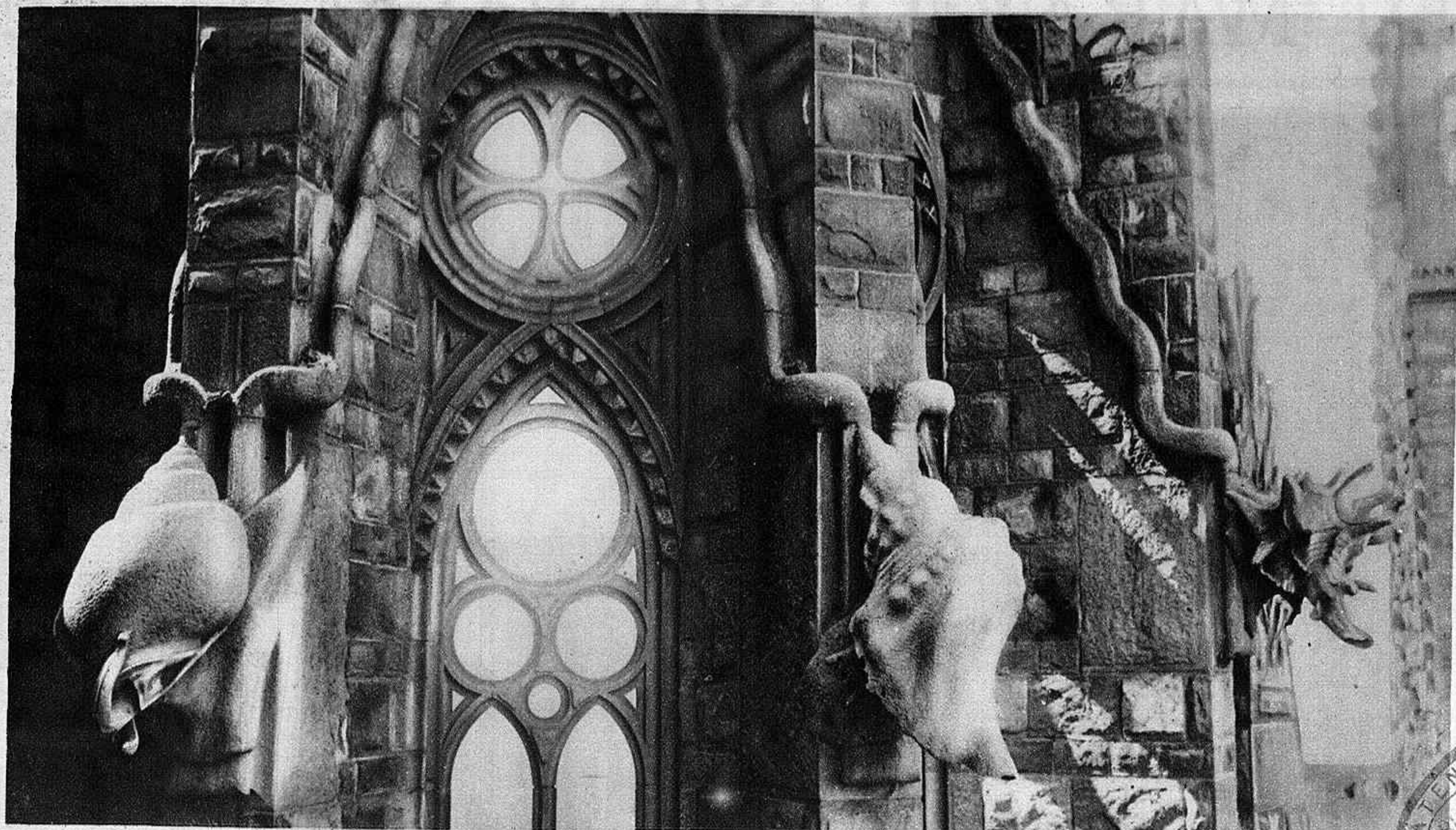
Tienen razón. No hay por qué precipitar las cosas. La Sagrada Familia debe ser el poema de piedra que en lo futuro enseñe orgullosamente Barcelona con la misma arrogancia que enseña su mar y su grandeza. No debe omitirse ni un solo detalle del maestro, y seguir estrictamente la teoría sobria de la obra bien hecha. Tárdeselo que sea; aunque lo vean nuestros nietos; no importa. Lo esencial en la vida de los pueblos—y de los hombres—es terminar bien lo que bien se concibió.

La Sagrada Familia, enorme catedral, por cuyos muros sube hasta el cielo toda la Historia Sagrada en piedra, hasta en sus más pequeños pasajes y con sus menos vulgares parábolas, es un canto vibrante que Cataluña acaricia como á la obra de un hijo sincero y predilecto.

Tendrá su estilo propio, enrevesado, extraño, si se quiere; pero para comprenderlo es preciso pensar antes en el hombre que lo creó y lo que con ello se propuso. Gaudí no trazó los planos de este Templo como los de una obra arquitectónica más, sino





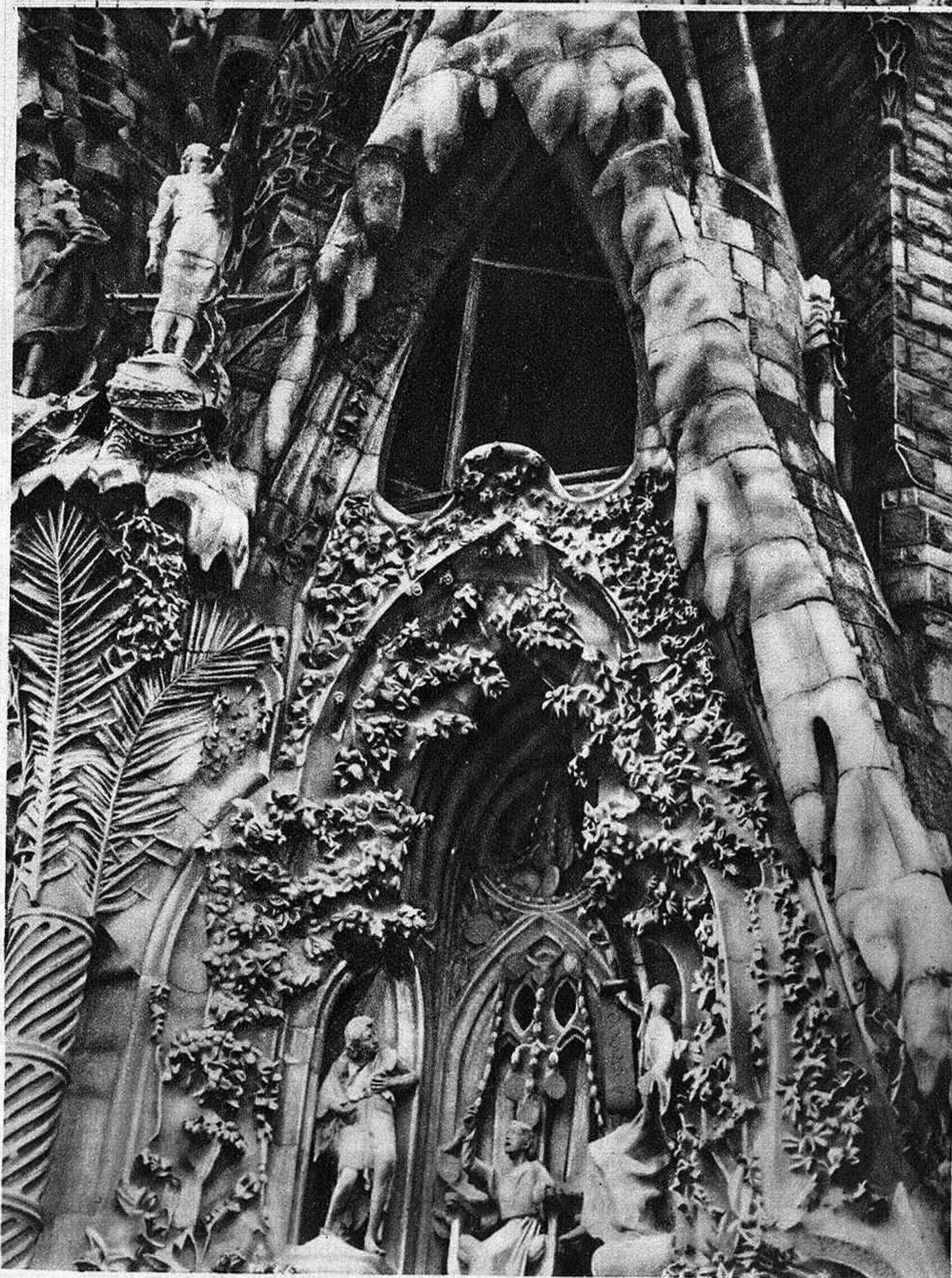


Las gárgolas de los cimborrios conducirán, á través de su

como la transformación en piedra de toda su vida de hombre creyente, exaltadamente creyente y fervorosamente artista. Es todo el conjunto de sus sueños, de sus inquietudes, de sus fundamentales estudios y sus dudas de humano. Es, en fin, algo extraordinario, que precisamente por su privilegio de divino calor humano se aparta de todo estilo y de toda escuela, creando la teoría del hombre abrazado á su obra para siempre.

Cada piedra de este Templo nos hablará siempre de su autor. Los que le conocimos, recordaremos al viejecito de la barba blanca y los pelos hirsutos, que todas las mañanas, al amanecer, comulgaba en la cripta de su obra, única capilla abierta al culto, antes de embelesarse durante todo el día ante su obra y dar á grititos sus órdenes á los pocos obreros

De la roca viva supo el buril del artista trenzar el encaje maravilloso, acusador del nuevo Arte...



cuenco de piedra, el agua desde el cielo á la cisterna

que le rodeaban. Los que no le conocieron, los viajeros, los curiosos, sentirán junto á estas piedras algo indefinible que no verán ni sentirán en ninguna otra, por milenarias y meritorias que sean.

Es que por los intersticios de la fábrica vibra, se desliza y reza la oración del arte, el espíritu de Gaudí, que logró lo que se propuso: plasmar su alma en la piedra querida, á cuyo culto dedicó toda su vida y todas sus ilusiones.

Por eso recomiendo siempre á los amigos que aquí vienen de mi mano, que antes de formular juicio profano, impresionista ó impulsivo, recuerden al buen moralista griego, que, á pesar de ello, fué emperador y digno nieto de Annio Vero, cónsul y prefecto de Roma, la inmortal cuna de la Filosofía y del Arte.

VILA SAN-JUAN

é imaginero de las pasiones más vibrantes de la Historia Sagrada  
(Fots. Gaspar)





# EL MARAVILLOSO PALACIO DE LA CONDESA DE LEBRIJA, EN SEVILLA



Aspecto del patio del palacio de la condesa de Lebrija, visto desde la cancela de entrada



Los bellísimos mosaicos que cubren los muros son magníficas obras de arte

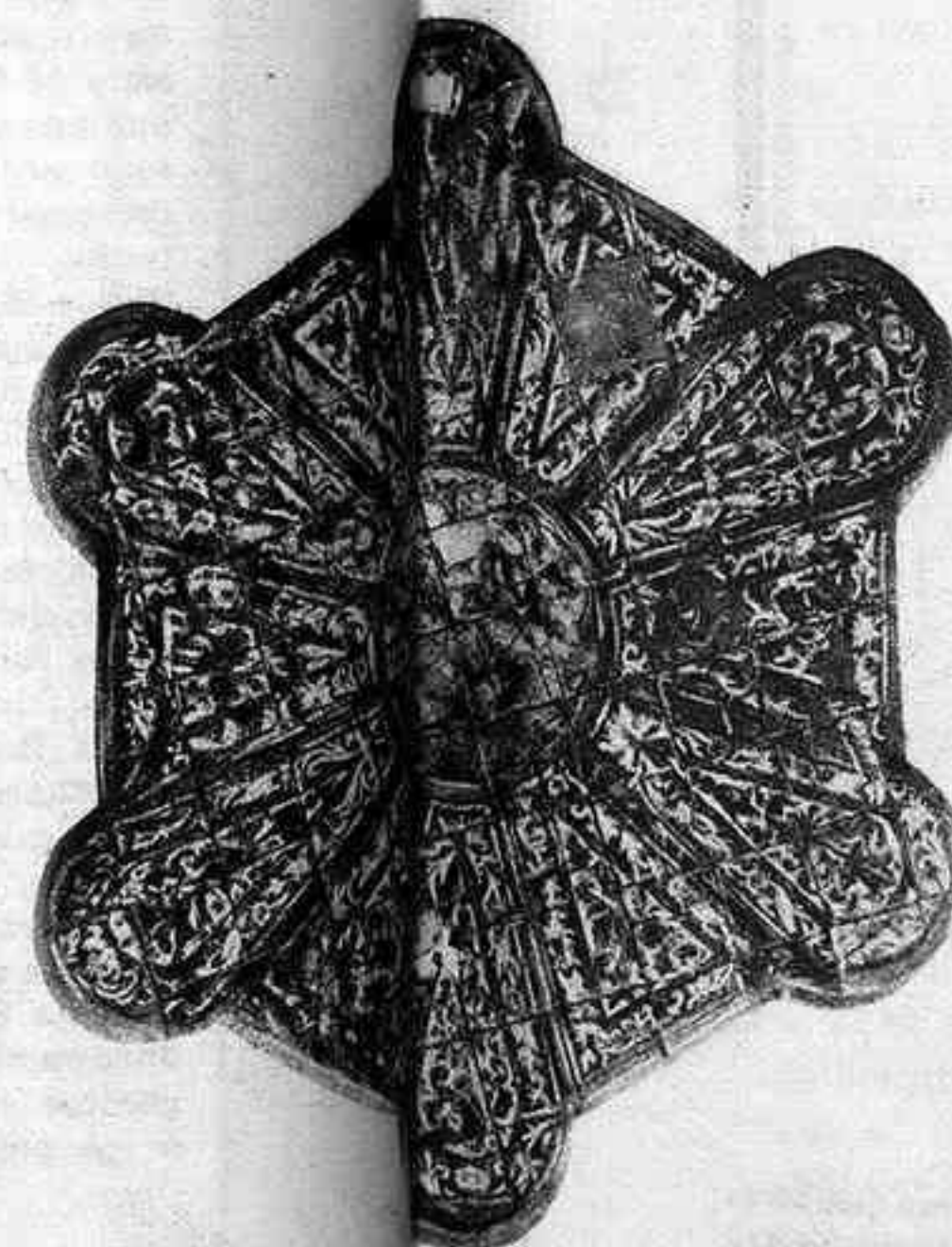


Puerta de entrada al palacio sevillano de la condesa de Lebrija en la calle de la Cuna

El viajero que, ávido de emociones, deambula por la castiza calle de la Cuna, fascinado, detiene sus pasos ante una casa de elegante traza, y se extasia ante su portal, esmaltado con preciosos azulejos, tras del cual se atisba un patio pleno de poesía y misterio oriental, en el que no florecen flores ni arbustos, pero que se engalana con un espléndido mosaico romano que cubre su pavimento. Espoléale la curiosidad, desea conocer quién es el feliz poseedor de este tesoro, y una musa susurra en su oído: «Es Regla Manjón, condesa de Lebrija, la dama de singular belleza, de cabellos de luz, aureolados por diadema de virtudes; la que guarda un corazón, caudal de bondades que desbordan en el Sanatorio de Tuberculosos de Tomillares...»

Franqueamos la reja que defiende su mansión, y nos decidimos a rendirle nuestro homenaje. Su elegante figura, plena de distinción, conquista inmediatamente nuestra simpatía y en su marfilínea mano sellamos la admiración rendida. Cual si fuera una hada de un cuento, nos muestra sus tesoros: el patio, de arcadas mudéjares, que se reflejan como en espejo en el bello mosaico romano encontrado en las excavaciones de Itálica. Grandiosos bustos, coronados por guirnalda de pámpanos pomposos, llenan los ángulos entre frondas de primorosas orlas que son dechado de ejecución. Adosadas á los muros hay vitrinas que encierran un caudal de restos de cerámicas romanas y mudéjares. Dos objetos nos cautivan: una fuente árabe guarnecida de esmaltados reflejos y una olla de cobre de elegante hechura, orlada con inscripciones cúficas. Paramentan los muros lienzos de bodegones que riman con otros de figuras que ostentan la firma de Rodríguez de Losada.

La escalera es el joyel del palacio. Triunfa el Renacimiento, no sólo en los incomparables azulejos policromos que visten su zócalo, antaño patrimonio del Convento de San Agustín, sino también en el soberbio friso, maravilla escultórica, pródigo en flameros y bustos encuadrados en pompas cautivadoras de ubérrima riqueza. Fue orgullo este friso del Palacio de los Duques de Arcos, en Marchena. Penden de los muros retratos de ilustres antepasados que pregonan la nobleza de su estirpe, y cubre su techo un regio artesonado de alfarje de tan bella como peregrina traza.



Empotrado en el muro, premedallón de azulejos deslumbrante con su arabesco (Fots. Moreno Hermanos)

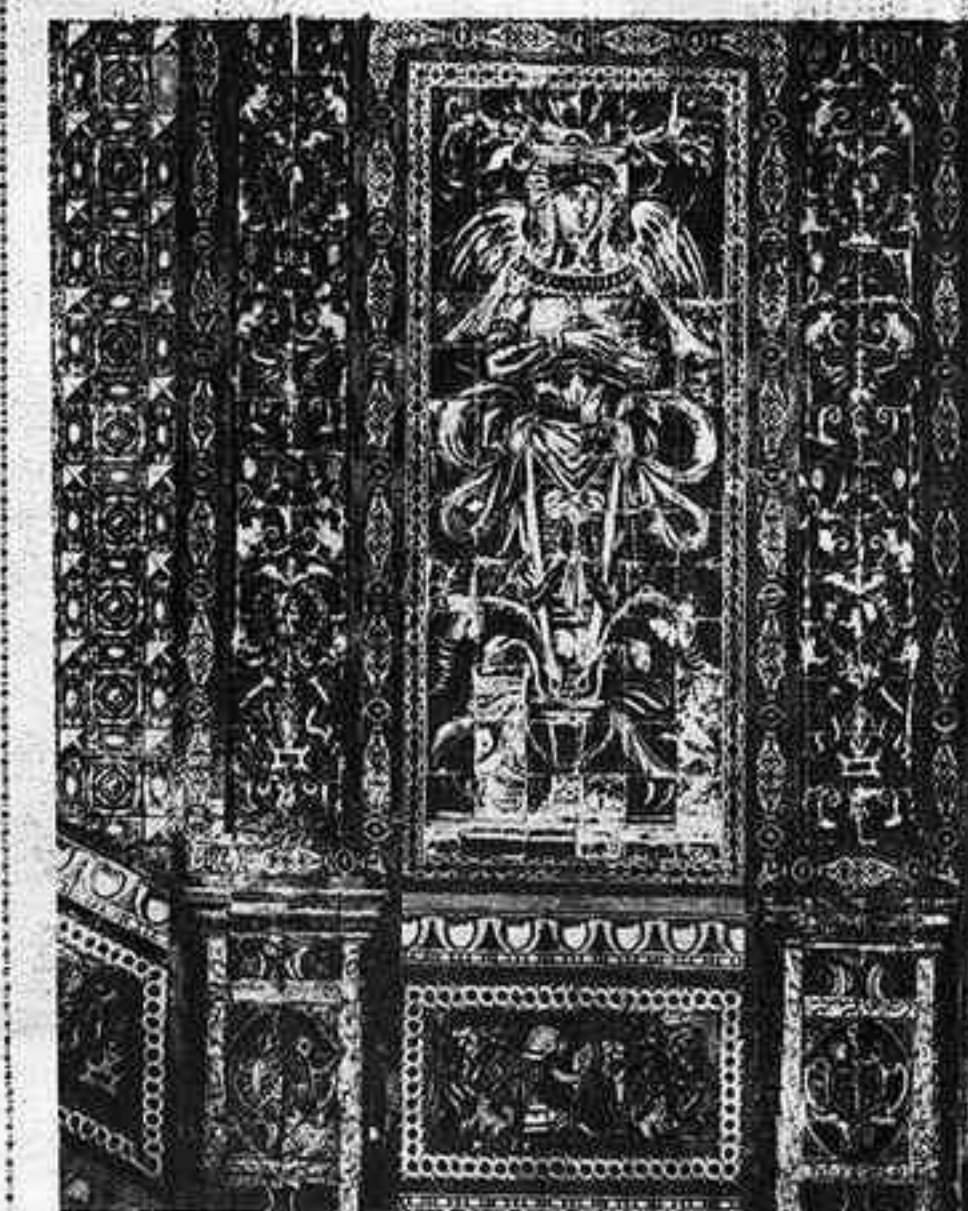
Enriquece los salones una magnífica pinacoteca. Una bella Virgen, radiante en su maternidad, atribuída á Van Dyck, primera adquisición de la condesa, en el precio de cien pesetas, allá en sus juveniles años. Una preciosa tablita flamenca y otras soberanas de Luis de Vargas que son codiciadísimas, pues no se conocen otras muestras de su pincel que las de los retablos orgullo de la Catedral. Un retablo primitivo. Una Virgen pequeña, mágico ensueño de Murillo, y un retrato de Isabel II, pintado por Gutiérrez de la Vega, riman con retratos de Goya, y varios centenares de obras de esclarecidos artistas que hacen desaparecer los muros. Mullidas alfombras de seda de la India, de Bokhara y Belutchistan apagan el sonido de los pasos. El tiempo las ha patinado con los más maravillosos tornasoles.

Alhaja el comedor un labrado techo, sostenido por marmóreas columnas. Centenares de piezas de rica orfebrería, heredadas de sus mayores, deslumbran con cegadores reflejos, rivalizando con las aéreas arañas de cristal que lo iluminan.

El oratorio, nido de plegarias y remanso de penas, está poblado por torturantes imágenes de Cristos, alardes de nuestros tallistas. Allí arde siempre la lámpara entre frondas de flores. Un lienzo de obscuras tonalidades, un Santiaguista cadáver, afirma la mano de Valdés Leal y habla elocuentemente de lo efímero de la vida. En la yerba carroña se presienten los horrores de la descomposición.

Descansamos unos momentos en el salón, donde la gentil dueña de la casa aparece trasladada al lienzo por el gran Sorolla. Su esposo, difunto, preside en otro lienzo, obra de Gonzalo Bilbao. Una vitrina iluminada guarda una bandera patria y los recuerdos de su sobrino, héroe inmortal á la Patria en Marruecos, espina clavada en el corazón de la condesa, á la que no consuela ni el pergamino miniado en que el Ayuntamiento de Sevilla la proclamó Hija Ilustre de la bella ciudad, ni los retratos de la Familia Real, avalorados con cariñosas dedicatorias.

FORMENTOR



Incomparables azulejos policromados adornan la escalera, joyel del palacio maravilloso

Sevilla, 1928.





LOS BELLOS ROSTROS  
DEL  
TEATRO DEL SILENCIO

En el magnífico panorama de belleza que ofrece á los ojos del mundo la cinematografía actual, se destaca con vigoroso relieve propio esta admirable Fay Wray. Todas las gracias del nuevo tipo de belleza norteamericana—hermosura, energía, simpatía—se dan en este rostro gentilísimo que hoy embellece nuestra página





## LIENZOS CASTELLANOS UN CAMINO COMO TODOS

Fué hace pocos días, en pleno campo, por una carretera rojiza y llana, que serpeaba entre el tono parduzco de las tierras. En el llano tendido todo era desolación, todo era melancolía y aridez, monocromía y fosquedad. Ni una flor, ni una espiga, ni un regato.

El cielo, gris, encapotado, llovía una luz fría, triste, más débil cada vez, como si el sol fuera alejándose, alejándose para siempre, para no volver a lucir; como si el sol se fuera para no reaparecer jamás.

Era una sensación de pena, de vacío, la que envolvía todo. Entraban deseos de no seguir adelante. Aquel camino debía acabar en algún paraje siniestro, fúnebre, en algún rincón frío y negro...

¿Por qué no estaba el cielo azul y la llanura floreciente? ¿Por qué no cantaba el agua saltarina y diamantina de los riachuelos su rumorosa canción eglogal? ¿Por qué desde las ramas, en los nidos tibios, no entonaban los pájaros sus sonatas de amor?...

¡Oh, triste, gris, cruel invierno, asesino implacable de los alegres días de trinos y de perfumes y de luz!... ¿Qué tienes de siniestro, de hórrido, que así entristeces la tierra y enfrias el sol, y todo lo cubres con el manto de tu melancolía? ¿Dónde se fué la novia Primavera? ¿Dónde está la florecida y galana novia?

... Por el camino, á lomos de un borriquillo desmedrado, avanzaba un hombre.

Algo inquietante y trágico, como un mal sueño sombrío, me hirió en su presencia.

Inútilmente traté de no mirarle. De nuevo clavé mi absorta mirada en él, y violentamente me estremecí de nuevo. Aquel hombre llevaba, atravesado sobre el lento y parduzco rucio, un largo y macabro ataúd...

Iba el hombrecito triste, con la cabeza postrada, fija la vista en aquel ataúd negro, galoneado de plata, como si á él también le invitara la espantosa sonrisa de la muerte, como si anhelase encerrarse allí, en aquella caja terrible, y hundirse bajo la tierra madre, y descansar...

Confieso que sentí en el corazón, en lo más hondo, algo como un aldabonazo helado y siniestro, como si una trágica mano invisible y yerta hubiera palpado mis fibras más íntimas, como si el misterio hubiese entrado en mí...

¿Quién era aquel hombre?...

¿Dónde iba, tan triste y tan solo, con el ataúd macabro, cruzando aquel trozo tan árido de la llanura?...

¿Qué cuerpo, blanco y rígido, en la paz de la casuca aldeana, amortajado y mudo, esperaba, impasible, la llegada de este hombre agorero?...

¿Era, tal vez, la compañera amante, la compañera dulce, que se despedía para siempre, para la insondable y misteriosa eternidad?... ¿Acaso la madre viejecita? ¿Quizá el hijo mozo?...

Y el camino, liso y llano, un poco serpeante, se extendía alucinante ante mí, como una interrogación...

¿Dónde iba el camino?

¿Dónde iba aquel hombre?

El ataúd, inexorable y fatídico, fué quien me dió la respuesta, una respuesta tan vulgar como inquietante.

Aquel hombre iba donde vamos todos. Y aquel camino, donde van todos los caminos del mundo. Hacia la muerte...

ALBERTO VALERO MARTIN

(Dibujo de Regidor)



## LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



Un detalle de la tabla «La Presentación», de Juan de Borgoña, perteneciente á un interesante retablo del siglo XVI, que se guarda en la Catedral de Avila  
(Fot. Lladó)





«Flirt», dibujo original de Ontañón



CERVANTES no quiere decirnos cómo se llama esta dama que aparece por las páginas de *El Licenciado Vidriera*, pero nosotros sabemos que se llama Estrella.

Vive Estrella en la calle de Pan y Carbón; el mes pasado vivió en la de Boneteros; su primera instalación, llegada á Salamanca, fué en el Parador de los Toros. ¿De dónde vino Estrella á Salamanca?

Un denso misterio envuelve el pasado de esta linda y desenfada señora. Mientras ella afirma que viene directamente de Flandes y de Italia, maliciosos hay que aseguran en Salamanca que no ha pasado de Valladolid. Estrella conoce á los poetas, y dice con voz suave y regalada bellas canciones en toscano. Habla de Gante y de Amberes, de Florencia y de Bolonia; se perfuma con esencias penetrantes y viste con tanta elegancia como sencillez. Recibe en su casa á estudiantes y profesores, y en ella se platica de amor con ingenio y donaire. Estrella, muy sagaz, va entrecizándose á sus amigos con el fuego constante de sus ojos garzos, con su plática llena de incisos y malicias, con la elegancia de sus vestidos, con el esplendor y atuendo de su morada.

No conocemos mujer que encubra sus deseos y propósitos con mayor perfección que Estrella. Sus amigos parecen amantes, y sus amantes parecen amigos. En esta pequeña ciudad, donde todo se comenta y de todo se murmura, se forman las más extrañas cábalas y suposiciones en derredor de Estrella; pero la moza se las compone de tal suerte, que ninguna leyenda sobre su persona es aceptada con unanimidad y sin recelo.

No parece tener Estrella el corazón interesado por nada ni por nadie; sus miradas, rápidas y burlonas, resbalan sobre los hombres, dejando en ellos una estela liviana y pasajera. Y, sin embargo... Y, sin embargo, Estrella ama de amor á Tomás, al estudiante pobre que llena los estudios con el renombre de su ingenio; al muchacho inquieto que ha llegado de Italia para reanudar sus glosas y comentarios en los estudios salmantinos. Estrella ama de amor á Tomás Rodaja, y con los recursos de su experiencia, harto abundante en torno á las flaquezas y veleidades varoniles, pone cerco al corazón de nuestro licenciado.

En el asalto amoroso, dígame lo que se quiera, es la mujer la primera que bruñe sus armas, preparándose para el ataque.

No hay recurso, por deleznable y subalterno que parezca,

que no emplee la mujer con eficacia en estos menesteres. Jamás se entrega sino á medias. Solicitando una deferencia, parece responder á ella de mala gana. Demandando con apremio una caricia, obra de tal manera que no se atreve á otorgarla, sino cuando, vencedora, adopta la actitud de vencida.

—o—o—o—

No se enfaden con nosotros las mujeres que nos lean porque nos atrevamos aquí á señalar los signos más conocidos de su estrategia amorosa. Desde que Estrella se propuso enamorar á Tomás, trayéndole á su casa, procuró despertar su voluntad dormida con toda suerte de alusiones discretas y veladas á su talento; nadie más vanidosos y pagados de sus excelencias que los sabios. Mohines, gestecillos, pláticas gustosas, frases desabridas y frías sobre la calidad de los amigos. Incomprensiones de que era víctima su asendereado corazón de jamona, sed ardiente de ideales que anhelaba su corazón, de todos los recursos se valió Estrella para enamorar al estudiante.

Cuando ya le vió encandilado y lleno de interés, se mostró despegada y recelosa. Tomás

seguía con curiosidad las altas y depresiones del corazón de Estrella; en la calle de Pan y Carbón estaban todas las horas del día. La misteriosa juventud de la moza se entenebrece más y más á medida que ella quería iluminarla con la lumbrera de sus recuerdos.

Unos días apareció solícita y abandonada; otros se encerraba en el silencio más huraño y ofensivo. La timidez de Tomás Rodaja—timidez de sabio pobre—, lejos de alentar á Estrella, deshacía sus planes más atrevidos, que en amor son siempre los más razonables.

Pronto fué Tomás el despegado, el hurañote, el seco y el olvidadizo; sus deserciones de la casa de Estrella comenzaron á ser frecuentes, é intolerables sus faltas de memoria.

Como en potro de tormento, pasaba Estrella sus horas lejos del mancebo.

Tomás redoblaba, á cada instante, su frialdad y hurañez. Estrella acudía al expediente de los celos, y Tomás no se daba por enterado.

Dama de rumbo y de manejo, Estrella, como hemos dicho, ó lo que es igual, cortesana encubierta y cautelosa, no hubo en Salamanca mozo que no tratara de rendirla. Para encender el fuego en el corazón del estudiante, Estrella se

dedicaba á mostrar en público otras privanzas y amistades.

«Viéndose desdeñada y á su parecer aborrecida— escribe Cervantes—, acordó de buscar otros medios más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos.» No hubo vieja ni hechicera que no consultase la moza en esta ciudad de la geomancia y de la hidromancia, de la piromanía y de la aeromanía, de la necromancia y de la astrología judiciaria.

La marcha de los astros desbarataba, sin duda, el cumplimiento de los amorosos anhelos de la moza. Todos sabéis que Salamanca ha sido siempre fecunda en magias y hechicerías. La sombra de D. Enrique de Villena, del marqués de Santillana, sigue proyectándose en esta ciudad. Una morisca prometió á Estrella eficaz y saludable remedio para sus desventuras. Con un membrillo toledano, relleno de hierbas, había de seducir Estrella el corazón del licenciado. Logró Estrella que lo comiese Tomás; más de pronto comenzó éste á herir de pie y de mano y á decir, con voz temblona y atolondrada, que el tal membrillo le había muerto. Anduvo la justicia en el suceso, y Estrella, temerosa de afrenta y de castigo, se puso á buen recaudo y «no pareció jamás».

J. SÁNCHEZ ROJAS

## CONFESIÓN GENERAL

Acúsome, Señor, de haber amado poco,  
sin apagar el fuego de tanta boca ardiente;  
acúsome de santo, menos mártir que loco;  
acúsome de abúllico soñador displicente;

de no apurar los goces que Tú nos concediste;  
de no ver por mis ojos, sino por los extraños;  
de repartir mis bienes; de consolar al triste;  
de creer que sólo es bueno quien no produce daños.

Me acuso de dar crédito, Señor, á mis iguales;  
de buscar, más que el propio, el bienestar ajeno;  
me acuso de desprecio al rico y sus caudales;  
de olvidar los agravios, de no verter veneno.

Me pesa no rendir á la lisonja culto,  
ni padecer la angustia de un juramento en vano,  
ni maniatar la audacia del vanidoso estulto,  
¡y no haber sido bueno ni malo ni mediano!

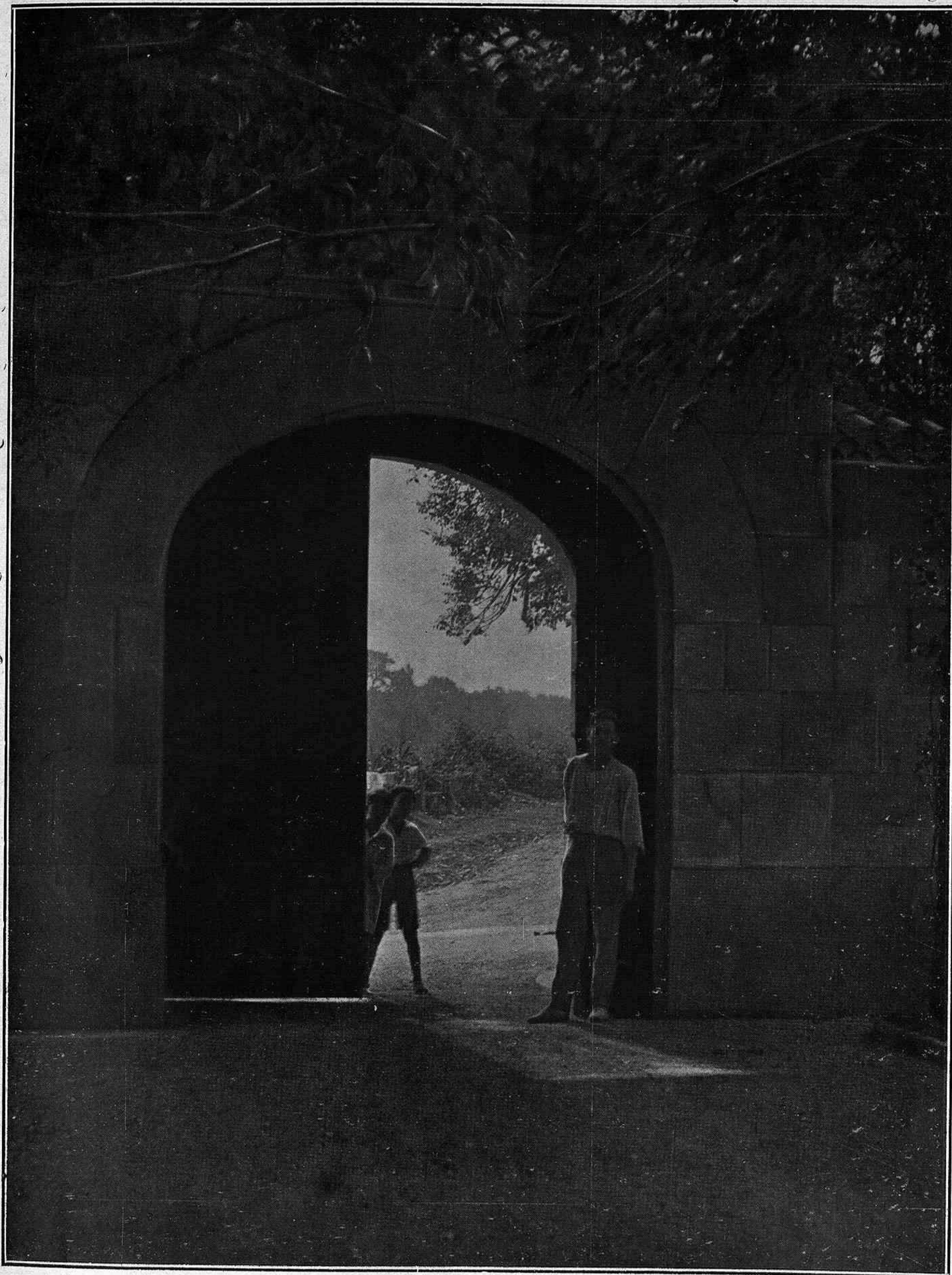
Di en la virtud, careta servil de hipocresía,  
en la modestia, insulto que al mundo entero ofende;  
en la prudencia, máscara de toda cobardía;  
y odié el éxito, prenda que se compra y se vende.

Acúsome, Señor, de mi conceptuosismo  
por manía de sabio, que, embrollando, deslumbra,  
hasta el punto de, á veces, no entenderme á mí mismo  
y quedar mis oyentes, como yo, en la penumbra.

Acúsome, Señor, de no haberos amado,  
que es, entre los deberes, el más alto deber.  
¡Y, á vuestros pies de hinojos, me acuso del pecado  
más vil entre los viles: el de dejar hacer!

Fernando PERIQUET





## EL ARTE Y LA FOTOGRAFIA

Aun de la menos espectacular realidad, la fotografía moderna sabe obtener bellos efectos de arte. Esta portalada de la casa de los señores García Sol, en Granda, realza en la fotografía con el carácter típico de esas casonas asturianas, mitad mansiones señoriales y quinterías labradoras, que siembran la ubérrima campiña norteña entre el verdor magnífico de las pomaradas...

(Fot. J. M.<sup>a</sup> Mendoza)



## NUEVO ITINERARIO DE ESPAÑA

# ISLA CRISTINA Y LAS PESQUERÍAS

ESTÁ ya tan desviado de cualquier ruta de turismo el rincón de Ayamonte é Isla Cristina que apenas vendrán á visitarlo otros viajeros que los obligados por sus negocios ó sus empleos. Merece, sin embargo, el viaje desde Huelva en auto de línea. Isla Cristina, pueblo nuevo, de pesquerías, tiene todo el aire de una villa de placer. Tiene casino y playa, que con el tiempo se convertirá en las mejores arenas estivales de estas aguas no sólo para Sevilla y Huelva, sino para toda la Extremadura baja. Huelva, como se sabe, es la salida natural de Extremadura. Es tan extremeña como andaluza. Su atractivo se funda en la claridad, orden, limpieza y alegría de su vida urbana y en el carácter pintoresco y fuertemente colorido de su vida marítima. La enorme importancia que para todos sus habitantes ha de tener el mar hace que desde que ponemos el pie en ella nos consideremos á bordo. Es como la cubierta de una nave—de un «galeón», como todavía dicen aquí—, que al amanecer se echa á la mar y que trabaja en todo tiempo. Estas cualidades de laboriosidad, energía y alegría de ánimo, propias de pueblo negociante y mariner, hacen de Isla Cristina algo excepcional, único, en la costa de la vieja Tartesia. Su constitución parece distinta de las otras ciudades y villas próximas, aun adentrándose en Portugal, y hay, en realidad, razones para ello.

Isla Cristina cuenta poco más de un siglo. Es de las villas prósperas más jóvenes de España. Voy á reproducir aquí unos párrafos de la Memoria que escribió el P. Mirabent—el primer párroco del lugar, que ayudó por sí mismo á levantar la iglesia—acerca de la fundación. Tiene esta página de historia local, con ser de fecha próxima, valor de otros tiempos heroicos, y hay que agradecerle á D. José que haya sabido colocarse á la altura del tema con la misma sencillez al escribir que los fundadores de Isla Cristina al instalarse en la faja marismeña del marcado:

«Puso la primera choza para el tráfico de la salazón y espicha en temporada siguiente al terremoto, que fué el año de 1756, un valenciano llamado Arnau, natural (según me dixeran) de Canet del Mar, Patrón de una de las Compañías que se constituyeron, y sucesivamente fueron formando otras en el mismo año, situándola cada uno en el lugar que más le acomodó. Estas Compañías, que traficaban en la salazón, luego que llegaba la Pascua de Navidad regresaban á sus países, quedaban las chozas desamparadas; y á su regreso, en el mes de Agosto siguiente, las hallaron casi destruídas con las incursiones de los ganaderos que pastaban en esta Isla, y tal vez de los pescadores y ganaderos que se servían de los juncos para el fuego. La necesidad obligó á repararlas y aun á fabricar otras de nuevo por

la concurrencia de nuevos interesados y de los trabajadores indispensables para las elaboraciones de la salazón y espicha. No era ya prudencia dexar enteramente abandonada esta nueva colonia en los meses de la ausencia de los interesados á las invasiones de los ganados y pastores, y mucho más cuando en las chozas se encerraban utensilios interesantes y de valor. Así resolvieron dexar un guarda de entre ellos mismos para que custodiase sus chozas y efectos hasta su regreso en el verano siguiente. Quedóse con este objeto, en el año de 1757, José Faneca, natural de Mataró, quien había venido por primera vez agregado á una Compañía. Viéndose éste en el desierto de esta playa, sólo, ocioso, sin agua siquiera y en la dura necesidad de caminar media legua para conseguirla, se resolvió á hacer

una excavación para experimentar si en efecto la encontraría potable. Con muy poco trabajo hizo encontrar casi al pie de una higuera pequeña, encontrando agua á menos de dos varas de profundidad, de la que no sólo se sirvió él, sino que también pudieron proveerse después todas las Compañías y trabajadores. ¿Quién creería que de este sencillo acontecimiento resultaría después dársele á esta población el nombre de Higuera? Pues así fué, y ved aquí por qué orden: *Vamos á ver el pozo de la Higuera*, se decían los unos á los otros, cuando iban por agua ó á paseo. Después, la frecuencia de viajes al pozo y la continua repetición de gozo de la higuera de tal modo generalizó el nombre, que con él comenzaron á apellidar la población y fué dándose á conocer en lo sucesivo.»

Es de 1824 esta primera crónica de Isla Cristina, que conserva toda la ingenuidad y el sabor primitivo de las leyendas de fundaciones coloniales. Colonia levantina es, en efecto, la gran villa pesquera. Luego vinieron portugueses, gente dócil y sufrida para el trabajo más penoso, y hoy, de los doce mil habitantes, habrá cerca de una mitad de gente forastera. Mejor dicho, el concepto de forastero apenas se entiende en Isla Cristina como en el resto de Andalucía. El forastero es del país. Por ejemplo, en El Alosno, de

la misma provincia en el interior, cerca de las minas de Tharsis, tan limitado tienen el sentido de ciudadanía, que si muere una vieja de noventa años después de ochenta de residencia en el lugar, las gentes dicen: «Ha muerto una forastera.» En Isla Cristina avendarse y connaturalizarse es todo uno. Nada más sencillo que entrar como una descendiente de los primeros pobladores en la trama más íntima de la existencia local. No hay tradición. No hay tampoco ley de conquista. Todo ha salido del mar en poco más de un siglo.



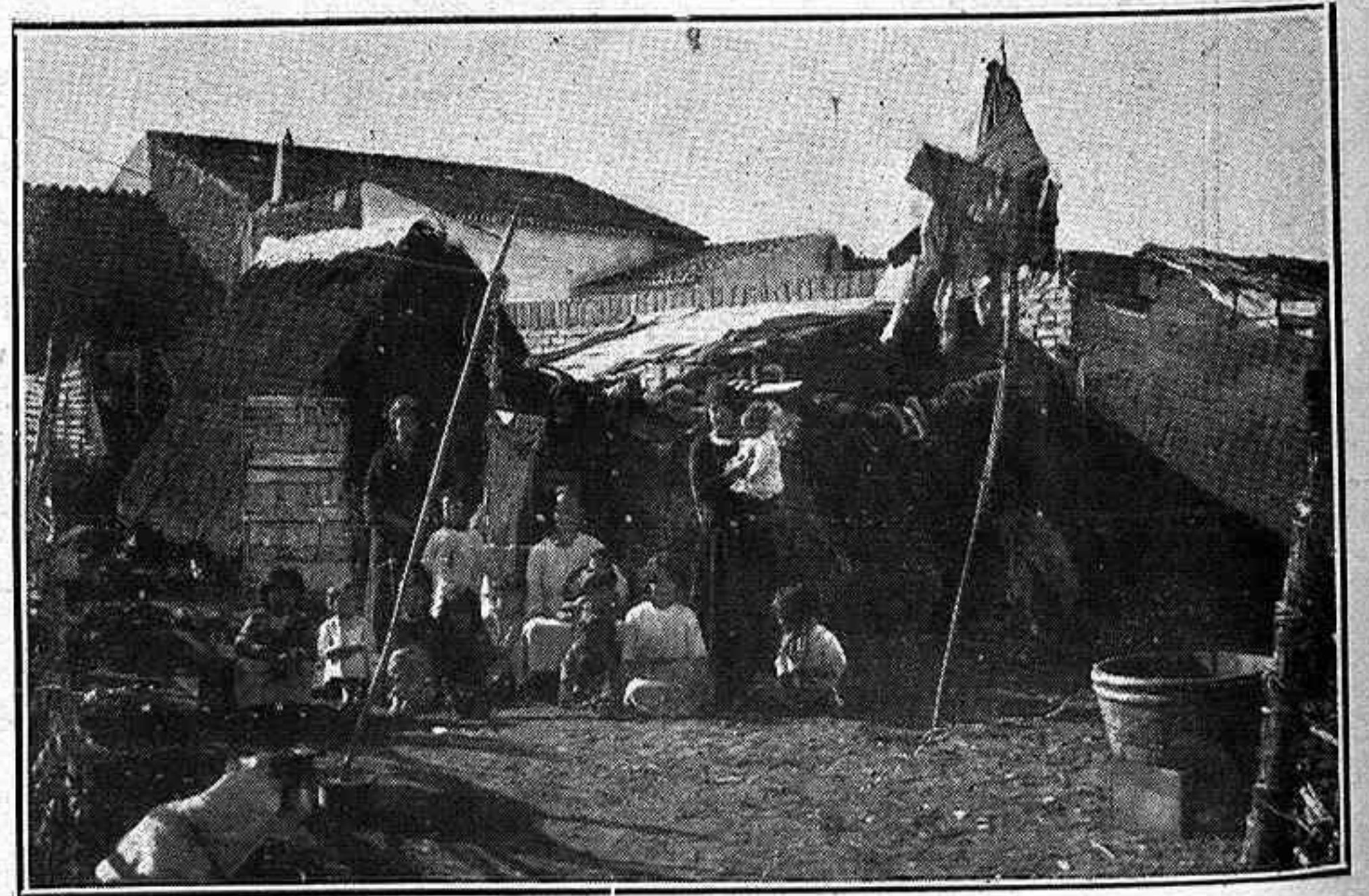
Las azoteas de Isla Cristina. Al fondo se divisa la faja de la marisma. Un horizonte amplio, que llega hasta el Guadiana y la costa portuguesa de Villa-Real

El panorama de las marismas desde cualquiera de sus azoteas—blancas, encaladas, como la nieve—es de tipo levantino, pero con una fuerza de luz y una gracia gaditana. Todavía no he podido yo definir bien en dónde está la diferencia. He visto en las casitas bajas, refinadas, cómodas, limpias por dentro, cierta influencia portuguesa. Las fachadas abundan en detalles ornamentales, un poco pueriles, rayas y colores de gusto portugués, recargado. El portugués y el catalán alguna vez se dan la mano, siempre con perjuicio de la sencillez andaluza y extremeña. Las chozas antiguas, de cubierta de bálago, juncos ó cañas, todavía se alinean en algunas calles con las casas nuevas. Otras tienen ya tejadas; pero por dentro conservan el mismo carácter provisional del refugio de José Faneca. En las afueras está la gente de mar, en las «casas de galeón». Millares de familias acampadas en los terrenos ganados á la marisma. Y el pulso de Santa Cristina puede tomarse en el muelle á la hora de volver los barcos y de celebrarse la subasta de la pesca. Si la villa tiene fiebre—fiebre de ganancia—ó lentitud de anemia, nos lo dice ese corro de compradores. El mar no se cansa de ir rindiéndola su tesoro inagotable.

Luis BELLO



En el muelle. Esperando la subasta del pescado. El pulso de Isla Cristina puede tomarse á la hora de los barcos



La población de las barracas se ha engalanado hoy con sus trajes de fiesta. No quieren dar al visitante la impresión de pobreza, aunque viva entre cañas y redes.



# Una fiesta de belleza y frivolidad

Las reinas extranjeras de la moda elegidas al mismo tiempo que la «estrella» alemana de la belleza y la elegancia. De izquierda a derecha, de pie: la francesa Peloux, la vienesa Trima Tellys y la checa Anie Kusbad. Sentadas: la húngara Tina Kuffer, la virreina Lober Kcarré y la austriaca Nelda Limmermaun



La gentil alemana Annie Fertig, proclamada, al alborear el nuevo año, «estrella» de la belleza y de la elegancia



Lee Sarrie, artista vienesa de opereta, saludando el nuevo año con una copa de champán

(Fots. Matín)

Es norma de siempre: mientras los hombres desatan sus locas ambiciones é hilvanan con brío ó con apremio la red de sus nobles propósitos; esto es, luchan en aras de un ideal pueril ó redentor, las mujeres, como poderosos resortes que hicieran despertar ese ideal de los hombres, se embellecen y pugnan por destacarse en ídolos gentílicos...

Trapos, joyas, luz de promesa en las miradas, destellos de tentación en las sonrisas; frivolidad, en suma, ó hechizo maravilloso que hace de las Evas de todos los tiempos único basamento y motivo de las mejores ilusiones escondidas en el corazón de los hombres...





AUSENTE de Madrid algunos años, regresé ansiosa de admirar su cielo azul purísimo, corretear por sus calles y contemplar sus magníficos escaparates. Recluida en una villa, donde recuperé la salud perdida, á consecuencia de la temida enfermedad de moda, la gripe, á mi vuelta lo encontré todo más hermoso, y al día siguiente me lancé de tiendas, sin ánimo de adquirir objeto determinado, pero deseosa de revolver los comercios. Quedé extasiada ante el escaparate de un rico bazar; decidida penetré en él, con el afán de admirar y tocar de cerca tanta preciosidad como guardaba.

Una dependienta se adelantó solícita á preguntarme lo que deseaba. Pedí algo para justificar mi presencia, cuando volví los ojos hacia una preciosa vitrina, que ostentaba repleta mil variados caprichos. Contemplándola también se encontraba una señora descolorida y triste, denotando en su mirada cansancio, y en su expresión una indolencia muy lejana de la avidez con que yo lo escudriñaba todo. «¡Qué lindo!» exclamé, mirando un lindísimo pebetero de Copenhague. La señora, al oír mi voz, desvió su vista de la vitrina para fijarla en mí; me pareció que su rostro se animaba, y al volverme para interrogar á la joven que me servía sobre el precio del objeto designado, la desconocida se acercó á mí, siguiendo mis gestos y mi conversación con tal fijeza, que terminó por llamar grandemente mi atención.

Terminada la compra, me dirigí á la caja para pagar el importe y que envolvieran lo adquirido, y una vez hecho esto, fuí á trasponer la puerta cuando, adelantándose la señora, me cortó el paso, diciendo:

—Perdone usted; pero, ¿no estoy hablando con Matilde Espinosa?

Abrió desmesuradamente los ojos, mientras hacía esfuerzos de imaginación pensando dónde había visto antes de ahora aquella cara.

—La misma—respondí—; pero...  
No pude terminar; mi interlocutora se había apoderado de mi rostro, besándome repetidas veces.

—No te acuerdas de mí, mejor dicho, no me has reconocido, y no es extraño, no soy la misma.

Y al observar la sonrisa estúpida que debí poner, pues no atinaba quién pudiera ser aquella mujer que afirmaba no ser la misma, añadió:

—¿Te has olvidado ya de Clarita Pombal?...

—¿Pero, tú...?—exclamé, abrazándola con efusión—. No te había reconocido; te encuentro...—y comprendiendo que iba á pronunciar una majadería, rectificiqué viendo su triste gesto, apresurándome á enmendarlo.

—Verás...  
—No me digas nada; acaso crees que no tengo espejo y, lo que es peor, que ignoro que llevo conmigo un mal que no tiene remedio... y que acabará conmigo muy pronto.

Me apresuré á disuadirla:  
—No digas tonterías; ¿qué mal es ese que no pueda tener remedio?... Recuerda cómo me marché yo, y mírame que parezco una aldeanota, ordinaria sí, pero vendiendo salud.

—Estás bien guapa de todos modos, y, sobre todo, tan simpática y decidora como siempre—. Y poniéndose repentinamente triste, añadió:  
—¡Claro, como tampoco te agobia un mal moral!

—Entonces, ¿tú qué es lo que padeces?... Cuéntamelo, es decir, si todavía tienes confianza conmigo, pues, la verdad, Clarita, desde que nos separamos, pocas pruebas has dado de ello: me escribiste una carta diciéndome que te casabas

con Alfonso Durán, y después nada; en vano esperé tus nuevas noticias uno y otro día; éstas no llegaron.

—No tuve valor. ¡Si supieras!—me dijo mientras se enjugaba las lágrimas—. Mas reponiéndose de pronto:—Ahora sí, te lo diré, te lo prometo; pero como es tarde y tú también tendrás prisa, mejor es que vaya á verte; dime cuándo, y sabrás todo mi infortunio.

—Mañana, á las cinco, te espero.  
—Iré; pero por favor te pido que no recibas á nadie; quiero que estemos solas.

—Descuida; daré orden de no estar más que para ti.

Y despidiéndonos con visibles muestras de afecto, esperé la confidencia de mi antigua amiga.

•••••

Impaciente aguardé su llegada, que no se hizo esperar; acudió puntual, y al destocarse del sombrero que, discreto, sombreaba su cara, observé los estragos que el sufrimiento había causado en ella sólo él, pues Clarita contaría, á lo sumo, veintisiete años, y no son éstos, ni con mucho, para avejentarse una mujer de aquella manera y en el corto espacio que duró nuestra separación.

Una vez solas, rogué á mi amiga se explicara, y ésta empezó así:

—Por mi última carta sabías mi petición de mano y lo feliz que me consideraba al efectuar mi boda con Alfonso Durán. Aunque de distinta posición social á la mía, pues sólo contaba con su sueldo en el Banco, con el que no hubiéramos podido vivir, su educación, sus buenas cualidades y el mutuo cariño que nos profesábamos, hizo transigir á mis padres, que deseaban, ante todo, mi felicidad, la cual iba bien garantizada



por lo mencionado y afianzada por el capital que yo habría de heredar.

Comenzaron los preparativos de esos días felices.

Entre los regalos recibidos, me obsequió papá con un riquísimo bolsillo de oro y pedrería; mamá, entre otros, me cedió un magnífico solitario de su uso, y que llevó siempre desde que se casó, uniendo con esta atención la riqueza con el cariño, pues nunca se lo había quitado, como te digo, sino para cedérmelo a mí en fecha memorable. Pasaban los días, aproximándose la fecha deseada; una tarde, anochecido ya, salimos juntos, acompañados de mamá, a recoger la sortija de casa de un joyero, donde la habíamos llevado para montar la piedra en platino a estilo moderno; una vez admirada y contemplada por todos, la coloqué en su estuche, guardándola después en el bolsillo, el que mostré a mi novio, preguntándole si era de su gusto.

—Mucho—me dijo, tomándole en sus manos—; es precioso, y además que en cualquier ocasión vale lo suyo, pues en venta, por lo menos lo pagarán al peso.

Estas palabras, pronunciadas sin intención, fueron más tarde un arma que utilicé contra él; me devolvió el bolsillo y llegamos a casa.

Mientras mamá fué a su habitación a cambiarse de ropa y dar órdenes a los criados, nos quedamos solos en calidad de prometidos, y, aprovechando los momentos de ausencia de mamá, Alfonso se acercó a mí, y tomándome la cabeza entre sus manos, me besó repetidas veces en los ojos y en las mejillas. Yo me había despojado del sombrero y sentado en un sillón de grandes dimensiones, y como él se colocó por el respaldo, al verme sorprendida, eché la cabeza hacia atrás, y tomándole la suya entre mis brazos, le devolví los besos, con todo el amor que entonces sentía por él. En aquel instante, los pasos de mamá nos desenlazaron, y, poniéndonos en pie, tratamos de recomponer nuestros semblantes, fijando la atención en un nuevo regalo que había sido recibido durante nuestra corta ausencia, y que ostentaba mi madre en sus manos. Alabamos el buen gusto del donante, lo dejamos sobre una mesita, y despidiéndose Alfonso a los pocos minutos hasta el día siguiente.

Apenas salió, quise recrearme de nuevo en la contemplación de la alhaja; pero con estupor inenarrable vi que había desaparecido con el bolsillo; se revolvió la salita donde estuvimos cuando regresamos; se levantaron las alfombras; abrimos cajones; nada; todo fué inútil; el bolso había desaparecido. Nos hicimos mil conjeturas; en los criados no había que pensar; sólo mamá y yo habíamos estado en la habitación, y yo tenía la seguridad de no haberlo sacado de allí; no cabía más que una posibilidad: la de que Alfonso se lo hubiese llevado. La sospecha fué adquiriendo proporciones, y la que sólo lo fué en un principio, llegó a fijarse en mi mente como una seguridad. Recordé sus palabras: «En un momento, siempre lo pagarán bien al peso», y él debió encontrarse en un «momento» de apuro, originado por los gastos de la boda, y no vaciló; estaba bien claro; ya no me cabía la menor duda.

Podrás suponer lo que sufrí; en un momento bajé del cielo en que su amor me había subido al infierno de la más grande desesperación. ¡Qué horror! ¡Mi Alfonso un ladrón!... Y además, un ladrón con la agravante de abuso de confian-

za. Lloré mucho; pero te confieso que en aquellos momentos más fué de rabia al verme burlada de un modo grosero y vulgar, y no vacilé, ciega de cólera, en arrancar de mi alma su recuerdo y borrar de mi mente sus engañosas palabras. Esperé el nuevo día impaciente por ver qué efecto causaba en su cara la noticia de lo sucedido, espiar la astucia que emplearía para defenderse alejando de mí toda sospecha; quería saber hasta qué punto era ruin aquel hombre, en quien puse mi fe y adoré como a un ídolo.

Mas no pude comprobarlo; muy de mañana recibí una esquela escrita de puño y letra de él, con pulso febril, en la que me anunciaba la imposibilidad de ir a verme y despedirse de mí por haber recibido un telegrama urgente de su familia anunciándole la gravedad de su madre, residente en Valladolid, para donde salía precipitadamente. ¡Infame!... ¡Además de ladrón, cobarde; pero no te escaparás de mis garras; he de ser para ti como te mereces, y no te perdonaré ni un ápice!...

Ciega de desesperación, entregué a mis padres la esquila, asegurándoles que sólo era él el ladrón. Se dió aviso a la Policía, tramitándose las órdenes necesarias; los periódicos publicaron la noticia, unos en serio, y hubo alguno que lo hizo en guasa, con el epígrafe de «un novio aprovechado y una dama burlada». Comprenderás cuánto sufriría mi amor propio, con las ansias que tendría de vengarme de mi burlador. Fácilmente dieron con él; se había refugiado en Valladolid en casa de su familia, sin comprender, incauto, que allí era donde menos seguro estaba; vino conducido por la guardia civil, a pesar de sus protestas de inocencia. Fuimos sometidos a un careo, en el que a los ojos de todos quedó comprobada su culpabilidad, pues apenas se disculpó, y al hacerlo, fué con tan visibles muestras de debilidad, que a nadie cupo la menor duda; y ahora pienso que su turbación obedeció a lo aterrado que se hallaba ante tamaña acusación y verse tan duramente recriminado por mí, de quien si fué culpable, únicamente podía esperar el perdón. ¿A qué cansarte? Se vió la causa, y fué condenado, estuvo en la cárcel, perdió su destino y yo estuve a punto de morir, pues a pesar de mi venganza y de todo el daño que le había causado, le que-

ría más, cuanto él y su amor se habían hecho un imposible para mí.

—¿Y no has vuelto a saber de él?—pregunté, impresionada por lo que Clarita me contaba.

—Sí; hace poco lo vi en un tranvía; la casualidad nos reunió; no lo conocí de pronto; tan desfigurado estaba. Iba vestido de luto ríguroso, demacrado y triste. Apenas me vió, apartó la vista; pero no sin que hubiera sorprendido en él un gesto de visible repugnancia...

Transcurridos unos meses después de nuestro encuentro, una tarde fué a visitarnos doña Gumerinda; ya recordarás: aquella señora tan gorda que parecía una boya, y ahora, con los años, se ha convertido en una fragata; pues bien: la escalera la cansó, y al llegar a casa se dejó caer jadeante en el sillón donde yo leo y me gusta hacer labor por lo cómodo que es; pero éste, ante la humanidad que se le vino encima, saltaron sus muelles con grandes muestras de disgusto por parte de ella y risas mal contenidas por la nuestra. Turbada la pobre señora por el suceso, se apresuró a despedirse prontamente, y no necesito decirte cómo la pusimos, como si la infeliz no tuviese bastante con soportar a diario el peso de sus abundantes kilos. Avisamos un tapicero que lo arreglase lo antes posible, pues ya te he dicho es el sitio preferido por mí, y por esta razón no consentí que lo sacasen de casa para verlo arreglado prontamente.

Ahora suponte la sorpresa que recibí cuando al dar vuelta al mueble para componerlo por el interior, sentí caer una cosa que sonó en el suelo con un golpe seco. ¡Era el bolsillo!... Quedé muda; palidecí intensamente, teniendo necesidad de ser auxiliada. Cuando pude recapacitar lo comprendí todo. La noche que me besó Alfonso, la que precedió a la desaparición de la alhaja, debí dejar, sin duda, ésta sobre el asiento del sillón, y al sentirme atraída por él, forzadamente me vi en la precisión de echar el cuerpo hacia atrás para devolverle las caricias, y haciendo peso mi cuerpo, se internó el bolso por entre el respaldo y el asiento, cayendo hacia adentro.

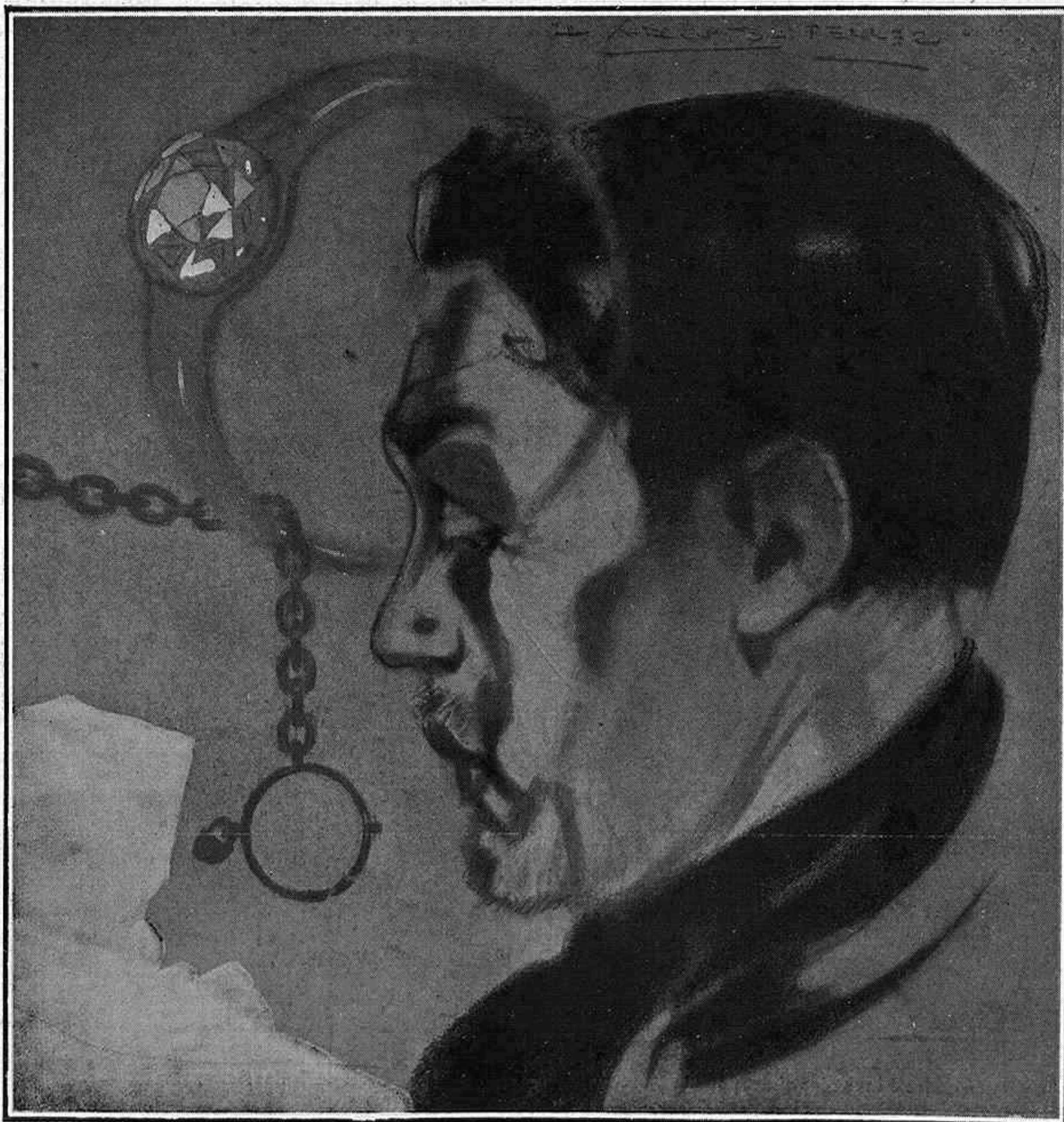
Este es mi desengaño, mejor dicho, la horrible tragedia de mi vida, de la que yo sola soy culpable, juzgando de manera tan indigna al hombre que yo no merecía.

Y palideciendo aún más de lo que estaba, me mostró la sortija, un precioso solitario, tan limpio como una gota de agua.

—No he querido desprenderme de ella—añadió—, por ser de mamá; el bolsillo, lo vendí; no quise conservarlo, y por ironía me lo pagaron «al peso»; cobré por él mil pesetas en un billete, que metí en un sobre y envié a mi desventurada víctima con estas palabras puestas a máquina: «Una persona que le compadece y admira le envía ese pequeño donativo.»

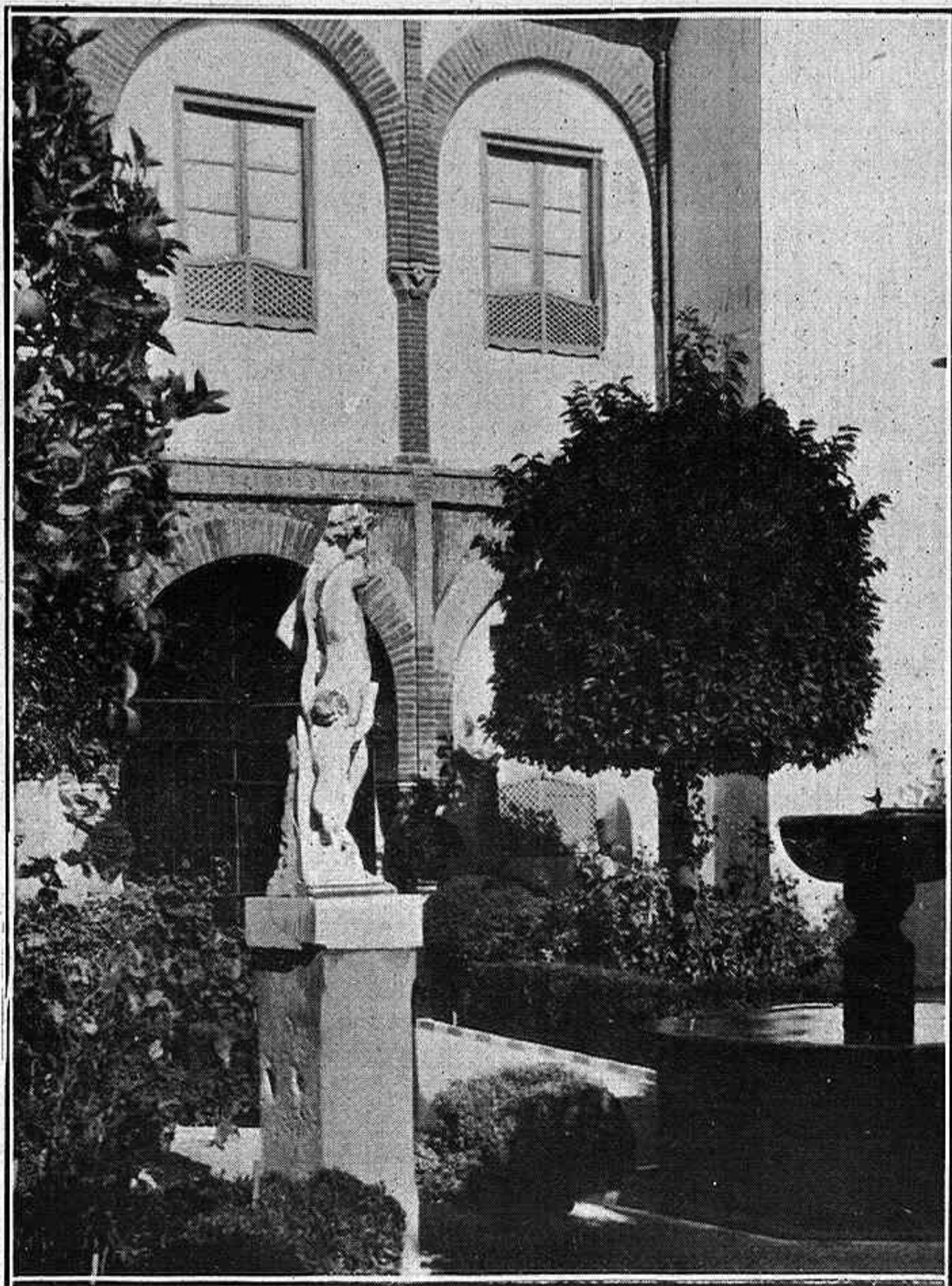
—Ya ves—prosiguió llorando Clarita amargamente—; se cumplieron sus palabras: el bolsillo fué pagado «al peso» para él; pero nunca podré remediar el mal que le hice, ni aminorar sus infortunios, ni a mí tampoco se me quitará de la conciencia todo lo injustamente que le juzgué, ni el dolor de haber destrozado dos vidas, la de él y la mía, pues, a más de mis remordimientos, llevo en mi alma su amor, que morirá conmigo, como un castigo, y que pido a Dios que sea pronto.

MARÍA M. DE GUITIAN  
(Dibujos de Aristo Téllez)

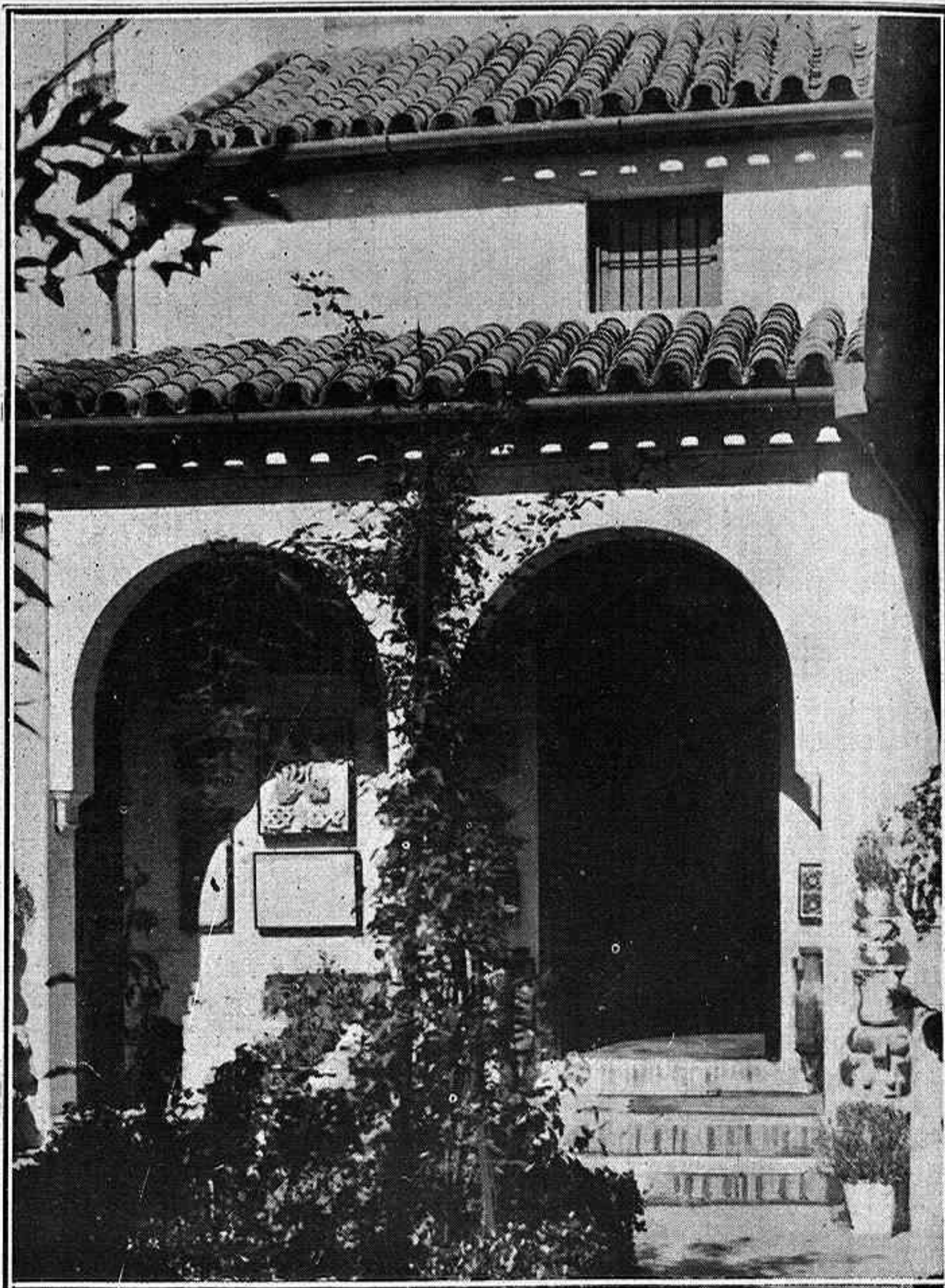




## EL MUSEO DE CÓRDOBA / LAS NUEVAS SALAS



Pintoresco rincón del patio de entrada al Museo



Patio de entrada al nuevo taller de restauración

**B**AJO la experta dirección de Enrique Romero de Torres, va adquiriendo el Museo Provincial de Córdoba una importancia artística cada día más ejemplar, por el carácter de claridad dispositiva, por el esmero con que se hacen resaltar sus obras, dignas de ser contempladas.

Es acaso el Museo de Córdoba uno de los más interesantes de Andalucía, por como atesora testimonios de diversas artes, y en el sentido de reflejar con cierto orden cronológico las épocas sucesivas de la cultura estética cordobesa.

Con su exterior simpático; con el acceso pintoresco y muy de edificación del sur, donde un patio alegre anticipa, afable, la visita á las salas, este Museo ofreció siempre singular encanto para el aficionado como para el erudito.

Pero, poco á poco, su actual director ha sabido irle mejorando de disposición y de instalación, dándole una plural armonía muy estimable.

Así, de cuando en cuando hay ecos en la prensa para las sucesivas etapas del mejoramiento progresivo.

Hará tres ó cuatro años se inauguraron

las nuevas salas del legado hecho por D. Angel Avilés.

Don Angel Avilés, ilustré crítico de Arte y académico de la de San Fernando, era cordobés, y al morir destinó al Museo de su ciudad natal no pequeña parte de las obras pictóricas de su

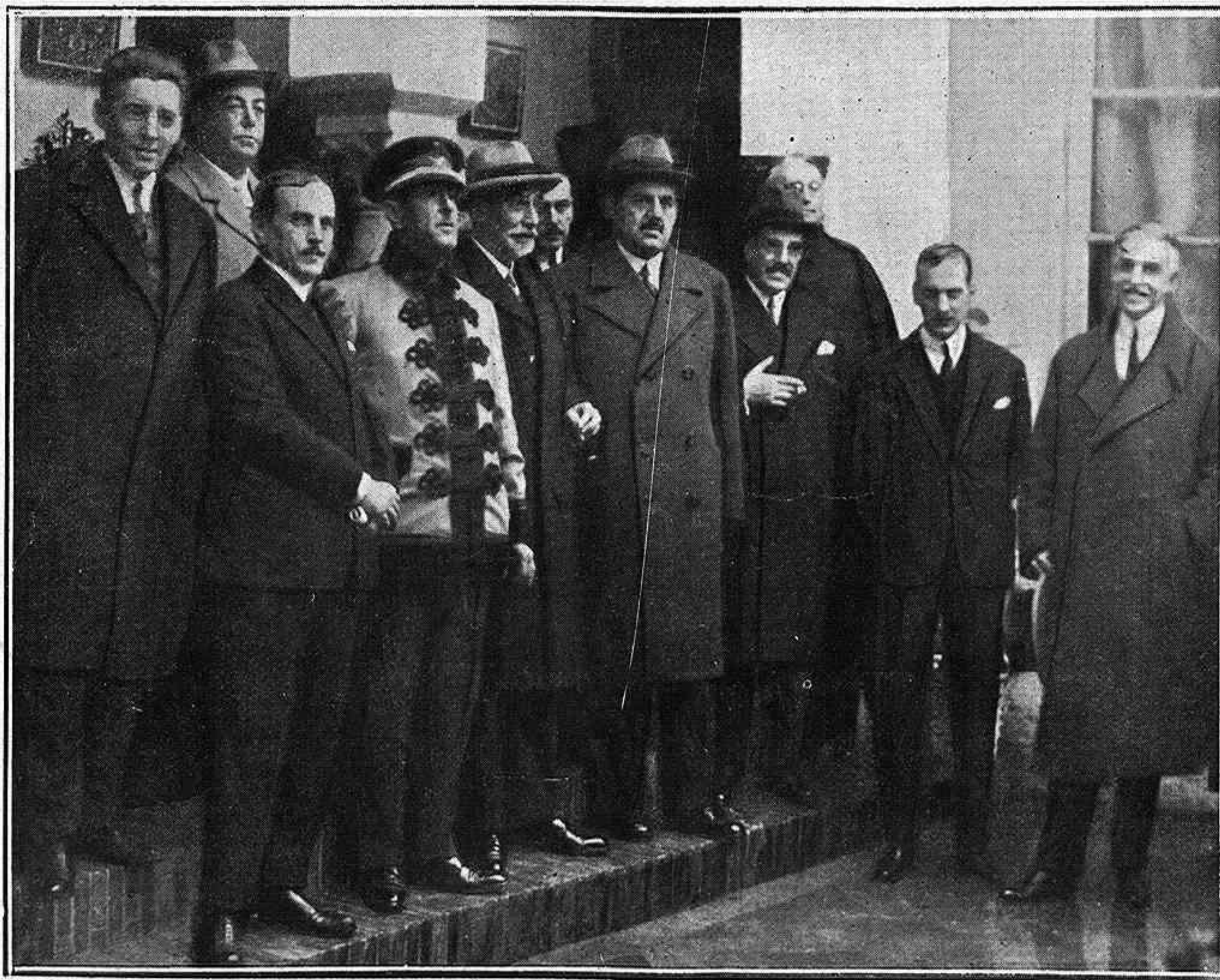
colección particular, hecha con tino y buen gusto á lo largo de una vida dilatada.

No fueron, ciertamente, estas obras de las que hoy menos resplandecen en el notable conjunto. Tanto en pintura moderna como antigua, el legado de D. Angel Avilés añadió indudable valor al Museo.

Ahora (en estos mismos días en que también Pedro Abad, importante pueblo de la provincia, atrae hacia Córdoba las miradas españolas, con motivo del legítimo homenaje á D. Francisco Alcántara, patriarca de nuestra crítica de arte) se ha festejado otra nueva reforma en el Museo cordobés.

Verdaderamente considerable, ya que ha atendido, sobre todo, á completar esa labor de esfuerzo tenso é inteligente hacia la claridad y la armonía de que antes hablábamos. Se han abierto salas nuevas; se han cambiado de empleo otras, con más adecuado y ordenado acceso; se han ampliado considerablemente algunas, como las de Arte antiguo, que significan el tesoro preciado de la Pinacoteca.

También las salas generales de Arte mo-



Las autoridades é invitados al acto de inauguración de las reformas del Museo de Bellas Artes, acompañados del director, Enrique Romero de Torres





Aspecto parcial de la nueva sala de ampliación de Arte antiguo

(Fots. Torres)

dero y de dibujos adquieren con la reciente instalación aquel didactismo eficaz que nace de la homogeneidad coincidente, no siempre atendida en nuestros Museos del Estado.

Por último, el amor filial no ha sido obstáculo, ni tampoco es disculpa, para que se rindiera el tributo admirativo á una gran figura de las

artes cordobesas. Nos referimos á D. Rafael Romero Barros, padre del actual director, Enrique Romero de Torres, y de sus hermanos el famoso pintor Julio y Rafael, menos conocido, pero también muy notable artista.

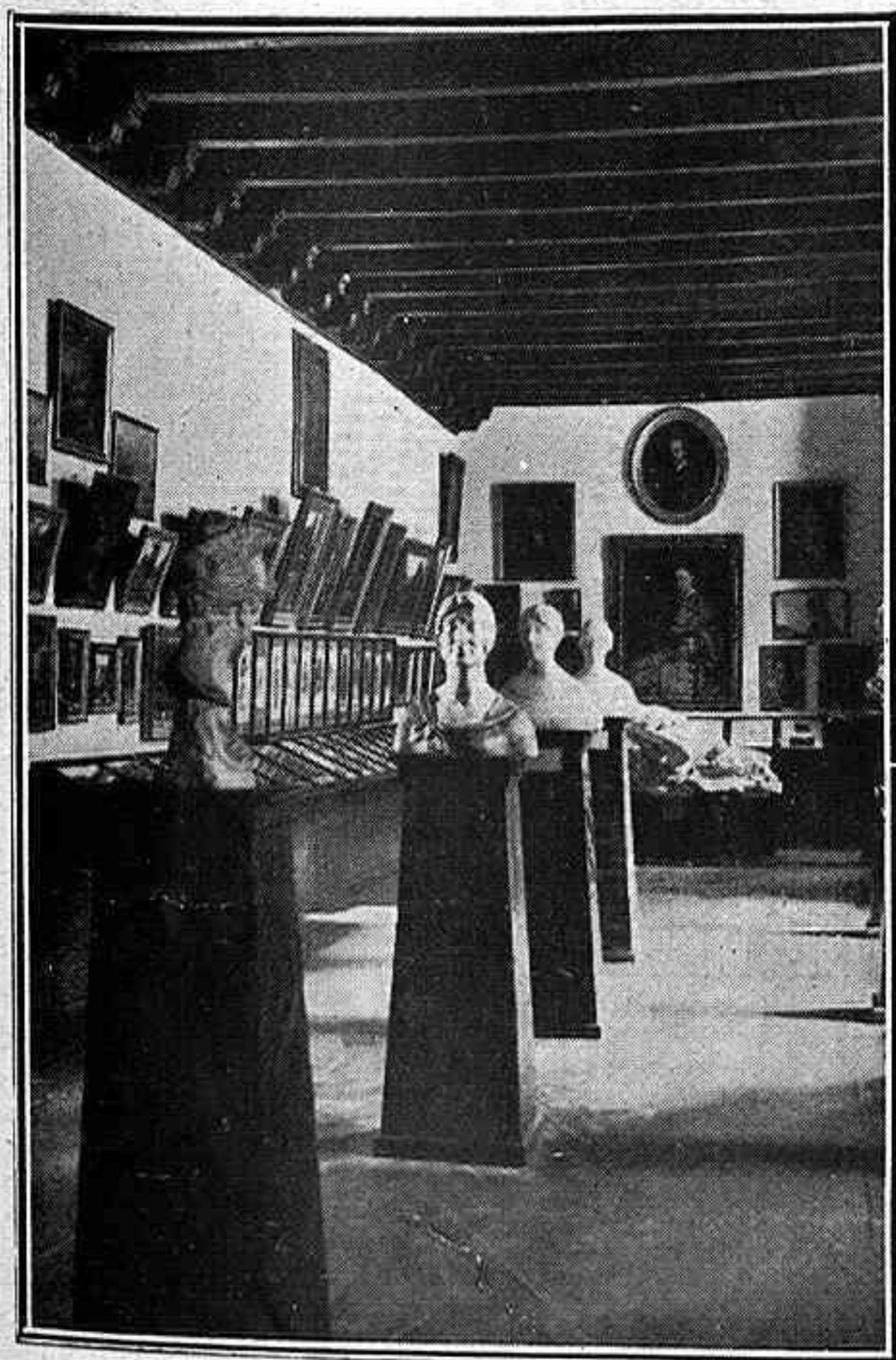
Fué Romero Barros un verdadero temperamento estético, entregado plenamente al saboreo y cultivo de las bellas artes. No nació en Córdoba, sino en la provincia de Huelva; pero Córdoba le tuvo siempre maternal amor, y fué en la histórica y gloriosa ciudad donde lució durante más de cincuenta años aquella existencia tan fértil para el arte cordobés de ayer y de hoy.

Desde muy joven dirigió hasta su muerte (acaecida en 1895) este mismo Museo, que su hijo Enrique había de ampliar y modificar con arreglo á las modernas adquisiciones y orientaciones coetáneas. Fundó la Escuela Provincial de Bellas Artes; dirigió el Museo Arqueológico; simultaneó la enseñanza y la práctica personal de la pintura con la crítica de arte esencialmente arqueológica, con excelente fruto, para divulgación y salvación de importantes monumentos, hartos descuidados en la última mitad del siglo XIX.

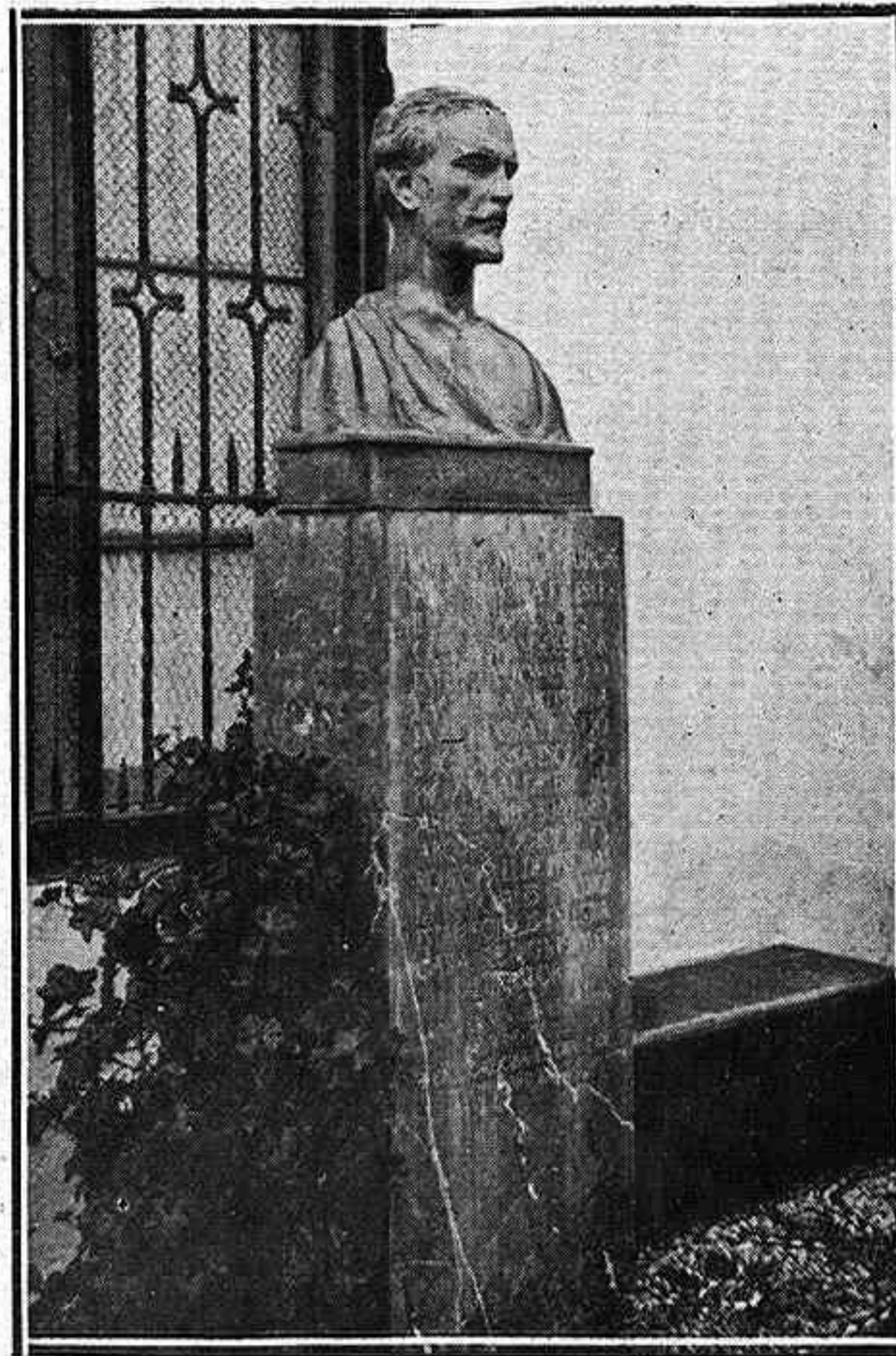
Por todo ello, bien hace desde ahora ese modesto busto—admirable obra original del granadino Juan Cristóbal—, que recuerda á los visitantes del Museo el rostro viril del artista, y bien se ha hecho en otorgar al acto inaugural del recordatorio escultórico la importancia que merecía.

Diríase, pues, que perdura su espíritu vigilante, custodio entusiasta de los testimonios de remotas civilizaciones, cuyo paso dejó tan indelebles huellas en la fisonomía arquitectónica y en los caracteres étnicos del pueblo cordobés á lo largo de los siglos; mas no por ello ajeno á la

tendencia de épocas sucesivas expresivamente representadas en esta pinacoteca, donde á los nombres de Valdés Leal, Alonso Cano, Ribera, Morales, han venido á unirse los de pintores hoy seleccionados con singular tacto por este artista, fino crítico, que es también el actual director, Enrique Romero de Torres.



La nueva sala de Arte moderno



Busto erigido al ilustre pintor Rafael Romero Barros

MUSEO DE  
BIBLIOTECA  
MADRID



## ESTAMPAS DEL RETIRO



## EL POEMA DE LOS PÁJAROS

Un sol dominical llena de oro la alberca.  
 Trazan enormes garabatos  
 las sombras de los árboles sobre el tazón del agua.  
 Hay asombros ingenuos en los abigarrados  
 grupos de gentes, ánimas sencillas.  
 Los niños van todos de azul y blanco.  
 Mientras el son de una bocina corta  
 la canción en la cima del álamo,  
 y cruza el mirlo, trovador del alba,  
 como un pañuelo negro, por el aire, el anciano,  
 —primavera de luna los cabellos,  
 la cabeza un almendro nevado—,  
 atrae con el son de las flautas del pecho  
 á los alegres pájaros,  
 que, como en medio de un trigal maduro,  
 van picando el pan en sus manos.  
 Escuela de los niños. Fiesta de las alondras  
 en aquel apartado  
 rincón, ajeno al criminal bullicio;  
 —hombres y canes destripados;  
 los *chauffeurs*, patentes de corso,  
 yanta, en vez de puñal, en las manos—.  
 Hombre con tanta luna en los cabellos,  
 anciano:  
 cuando miro el tropel de gorriones

que devoran el pan en tu brazo,  
 entre un gran júbilo de alas;  
 todo tú me pareces un árbol.  
 Ser árbol es más digno que ser hombre.  
 Las copas de los árboles en alto,  
 són como frentes pensativas,  
 más cerca del azul y más lejos del barro.  
 Tu brazo es una rama retoñada de vuelos,  
 y copiosa de savia de cantos.  
 Mañana, las celestes mandolinas  
 se harán con la madera de tus brazos.  
 Que el corazón ó el viento no sacudan tu fronda...  
 ¡Ay, si vieran, anciano,  
 que tú no eras un árbol! Volarían  
 de súbito los pájaros,  
 y no verías más, en tu amargo silencio,  
 retoñada de vuelos y de trinos las manos.  
 Niña de ojos igual que la tarde dormida,  
 que sentada en el banco  
 te vas ciñendo lentamente  
 con otra guirnalda de pájaros.  
 Ellos creen también que eres un arbolillo,  
 llenos de pan en flor los juveniles ramos.  
 Nunca les quites la visión de almendros  
 que ahora simulan tus manos.

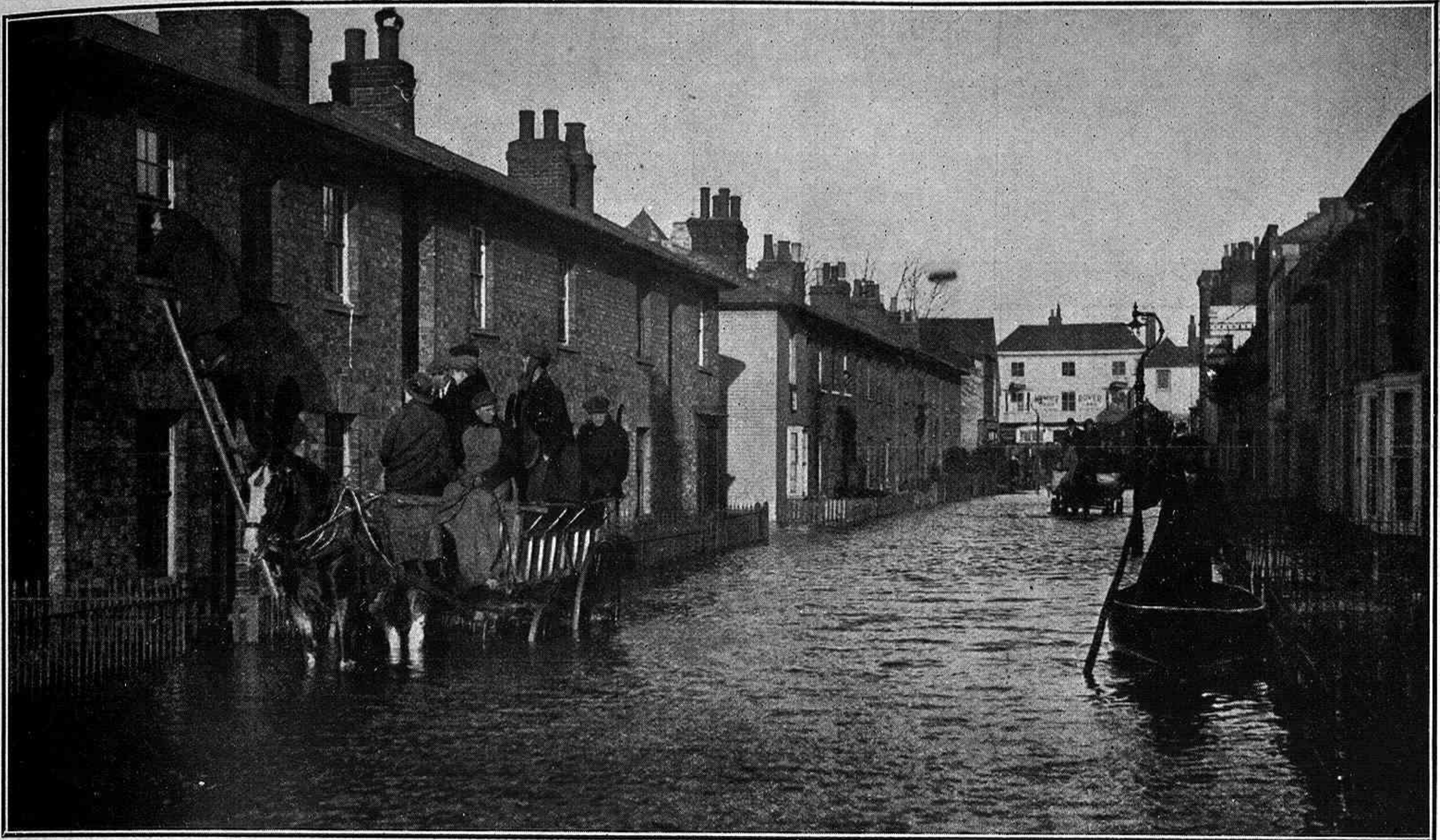
Menos les digas que mañana  
 serás mujer, y acaso  
 dejes atrás las aves y los hijos,  
 para saltar como corza al tablado.  
 Que tu brazo no deje de ser nunca  
 el florido retoño de un árbol.  
 Y lo mismo tú, amigo,  
 profesor de ternuras, anciano;  
 que siempre seas, bajo el cielo limpio,  
 la copa del durazno  
 en flor que arome los caminos de almas;  
 en el aire, un fecundo bálsamo,  
 fresca bondad para los ojos nuevos;  
 verde laurel en Domingo de Ramos,  
 todo lleno de aromas y canciones  
 y de madrugadas de pájaros.  
 Arbol de Navidad para los niños,  
 en el que el sol alegre va enredando  
 sus rayitos igual que oro de espigas.  
 ¡Lección de bien para el género humano,  
 que siempre los gorriones devoren las migajas  
 en la jovial artesa de tus brazos!

ALFONSO CAMIN

(Fot. Díaz Casariego)



# LAS TERRIBLES INUNDACIONES EN INGLATERRA



Una calle de Canterbury convertida en impetuoso río durante las recientes inundaciones. Los carros y la lancha van distribuyendo á las familias sitiadas por las aguas las subsistencias que reparte la Junta municipal

(Fot. Ortiz)



Los alrededores del castillo de Windsor bajo las aguas. En la fotografía, tomada desde el aire, la extensa zona inundada del primer término pertenece al Colegio de Eton, cuyos amplios terrenos deportivos han sufrido extraordinariamente durante la enorme avenida

(Fot. Agencia Gráfica)





«Patio de la Casa Agustina Cadaqués», por Eliseo Meifren

TIENE esta simpática Exposición de paisajes que actualmente se celebra en el Círculo de Bellas Artes, plural aporte de atractivos para quien gusta de algo más que asistir á la sucesión monótona y reiterada de exhibiciones mediocres.

Ante todo, señala el momento incipiente de agruparse unos cuantos artistas capacitados para la fértil contemplación de la Naturaleza; después, el laudable propósito de reparar en lo posible las adversas condiciones que hasta ahora ofrecía el Salón del Círculo para el fin á que

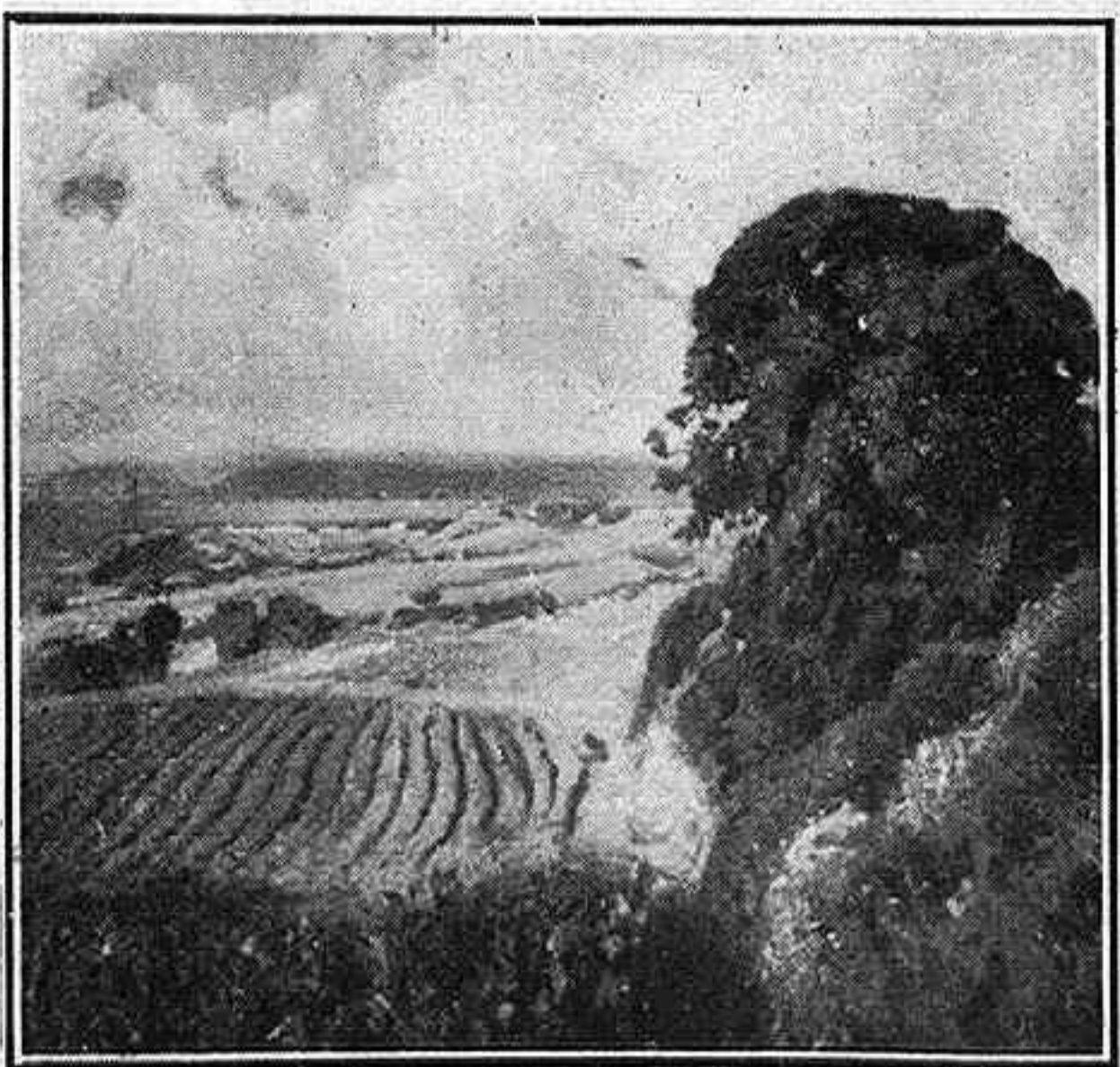


«La masía», por Joaquín Mir

se le destinaba. Y, como la más positiva de sus excelencias, la bien procurada suerte de reunir obras en calidad suficiente para justificar su Exposición. (Acto este último más difícil de lograr de lo que á primera vista parece, si se juzga por tanta y tanta exhibición inútil prematura, tardía ó francamente recusable, como venimos padeciendo).

Esta Agrupación de Paisajistas, no muy numerosa hoy—pero destinada á populoso porvenir, ya que el género paisista es el más cultivado por la pintura contemporánea—surge sin estridencia ni reclamo, con un aire de buena fe sencilla, donde las capacidades de cada cual no se desvirtúan.

Y así como la mejor luz y el más propicio fondo de los tabiques supletorios ofrecen á los cua-



«Tierra y mar (Galicia)», por Francisco Lloréns

## VIDA ARTÍSTICA

### AGRUPACIÓN DE PAISAJISTAS

dros acogida amable, hay, hasta en los cuadros menos logrados, una afable y contagiosa simpatía de existir para la belleza.

No es, por lo tanto, esta Exposición una de esas que pretenden merecer el pago de la entrada en el Círculo. Ella lo merece..., pero tampoco debía exigirlo.

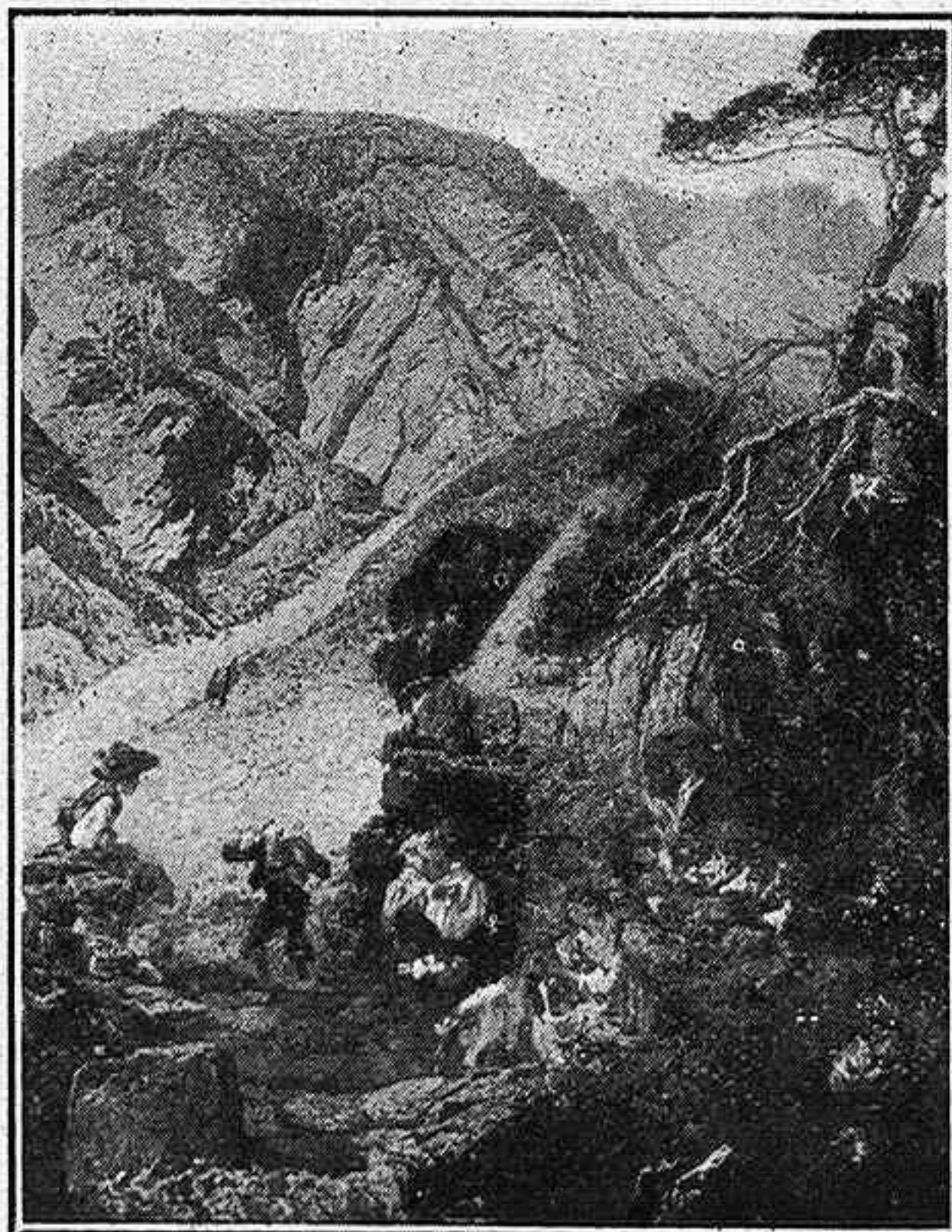
Y ya que saltó la alusión, no dejo de insistir, porque conviene censurar cuanto de erróneo significa. El Círculo de Bellas Artes está obligado á no cobrar de ningún modo la entrada á sus Exposiciones. Tiene el deber inexcusable de celebrarlas públicamente, como son todas las que se celebran en Madrid hasta en comercios y locales particulares. Esa exigua cantidad que suelen dejar las entradas no compensan del descrédito, ineficacia y soledad en que se vienen celebrando las Exposiciones del Círculo. Pero, además, esta Sociedad heteróclita, por la situación especial en que se encuentra, no da otra fe de vida estética, sino la parca de las Exposiciones, á cargo de particulares asociados ó no. Se ha olvidado—aunque se pretende recordar cuando llega el caso de ostentar la cimera minérvica—que el Círculo de Bellas Artes no es un Casino de desocupados, sino que debe ser, *ante todo y sobre todo*, la casa de los artistas. Y en tal sentido, sus clases debían ser gratuitas, gratuitas sus Exposiciones, frecuentes sus concursos, permanentes sus pensiones, periódicas sus conferencias y repetidos sus premios. Literarios ó artísticos. Porque, al fin y al cabo, en las Bellas Artes, aunque no lo parezca—y en el Círculo menos todavía lo parece—, la Literatura es una de ellas.

•••••

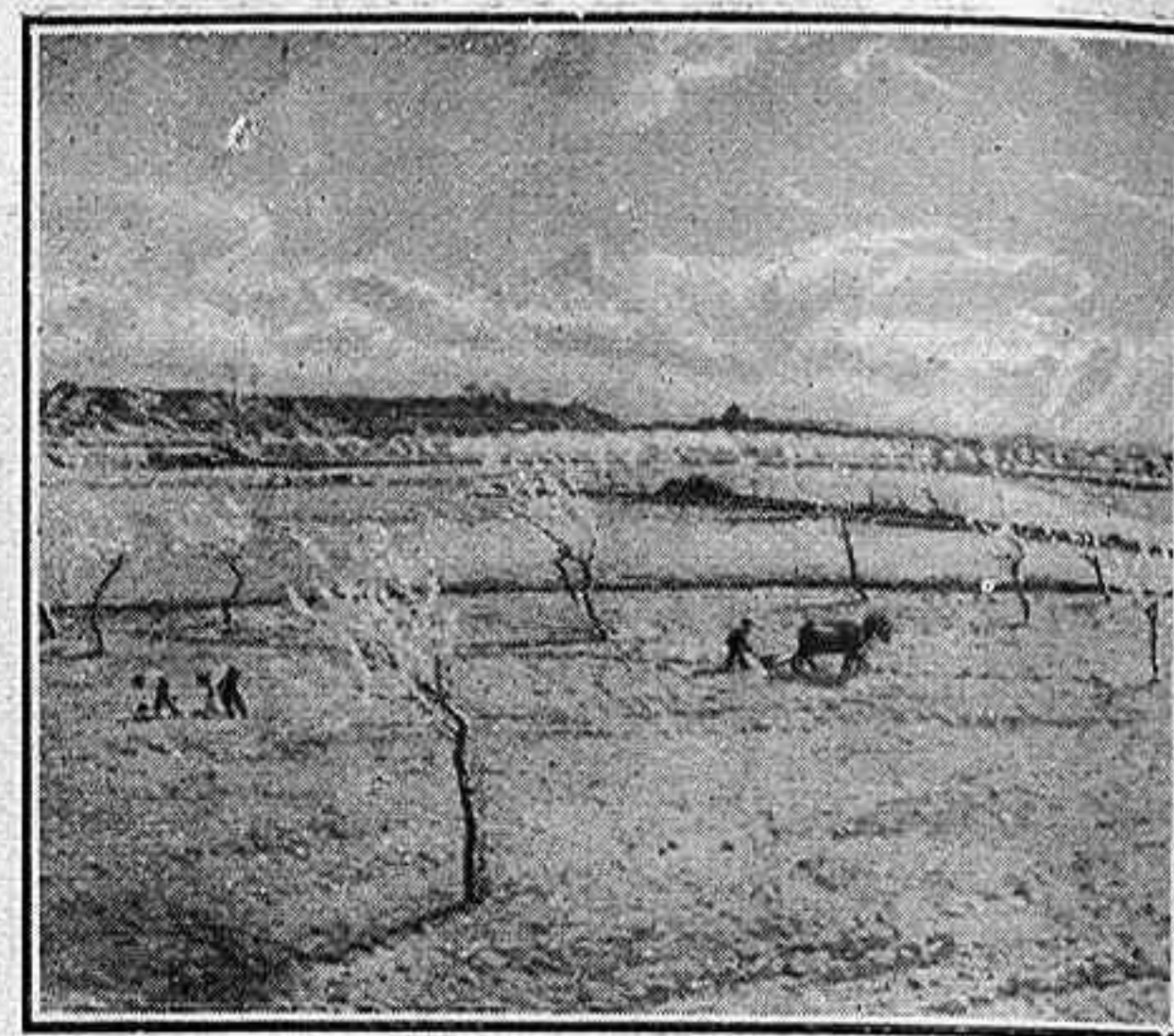
La interesante Exposición se compone de cerca de setenta obras. Incluidos ó no en el catálogo, los autores de ellas son los pintores siguientes: Aguado Arnal, Bianqui, Ferrer, García Lesmes, García Martínez, Gutiérrez, Lloréns, Martínez Vázquez, Meifren, Mir, Morera, Núñez Losada, Nogué, Prieto, Puig Perucho, Ribera, Torres Estefanía, Tenreiro, Verdugo Landi é Yzquierdo.

La diversidad de tendencias—desde Morera á Prieto, por ejemplo—, la diferente visualidad de lugares distintos, obtenida con fiel certeza á través de los opuestos temperamentos, hacen de este conjunto, muy bien distribuido é instalado, un grato espectáculo, rico en sugerencias múltiples.

Reencontramos algunos de nuestros paisajistas en su íntegra pureza de expresión; otros, levemente amortiguados, incidentalmente confusos; pero todos ellos sin nada que pueda recha-



«Pastoral», por Eduardo Martínez Vázquez

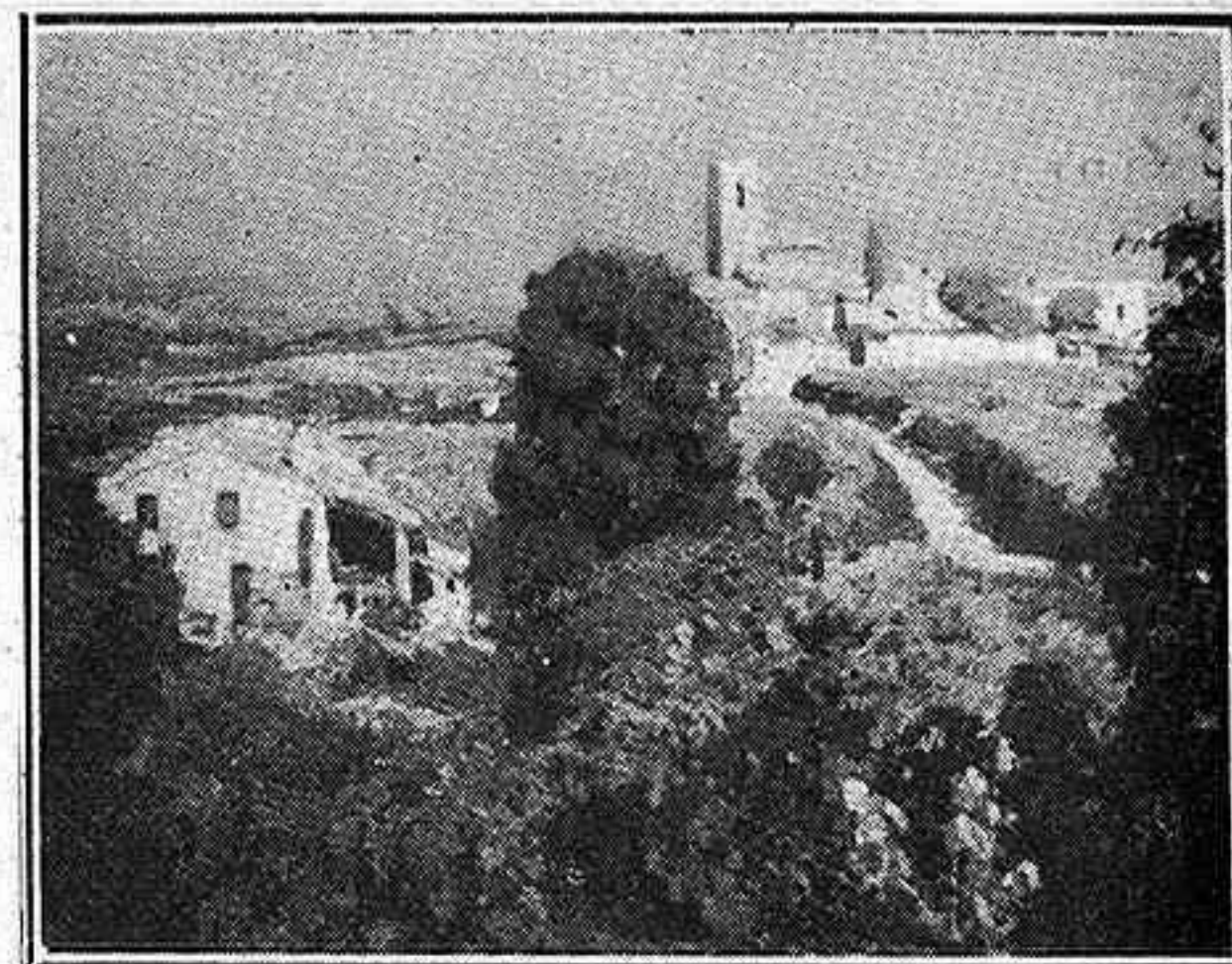


«Sembrando remolacha (Zaragoza)», por A. García Lesmes

zarse en absoluto, aunque no sea preciso extrañar demasiado la benevolencia.

De Jaime Morera se ha traído un gran lienzo, *El Canal de Madrid*. Encontramos en él aquella franqueza noble y didáctica del no bien estudiado maestro; su aristocratismo tonal, la firmeza constructiva y la delicadeza sutil de los grises.

He aquí un pintor del que convendría hacer una Exposición póstuma para situarlo debidamente. Morera es el primer pintor de montaña que tuvimos en el siglo XIX. Cuando la sierra todavía no era divulgada y poseída como hoy lo



«Pueblos», por B. Puig Perucho

está, Morera fué su más fiel contemplador directo y su intérprete consecuente.

Según dicen, se ha publicado ahora un libro suyo que la muerte no consintió ver editado al autor. Y en él, á juzgar por algún comentario periodístico, hay una paralela trayectoria espiritual de la pictórica seguida por el gran artista durante su vida.

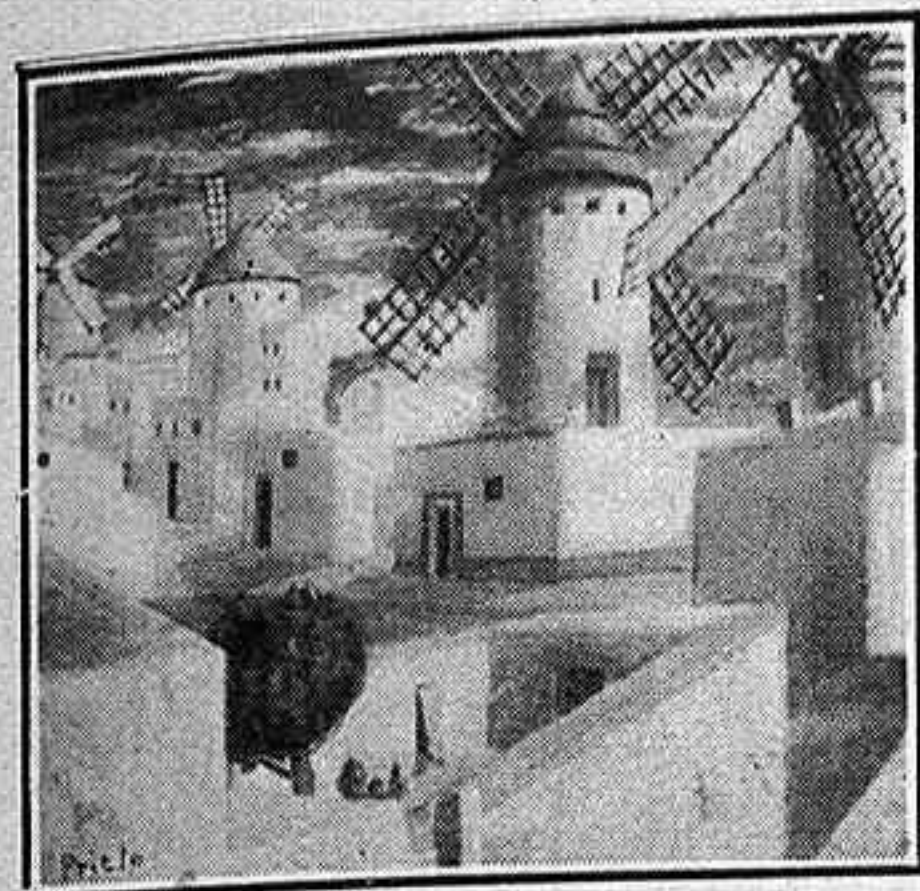
Oportuno sería, pues, hacer esa Exposición, y en ella alguien dar lectura á fragmentos del libro, para cabal conocimiento del artista por sus propios y personales medios de expresión.

Gustosamente nos sale al paso el ímpetu romántico, la pompa cromática, la majestad compositiva de Martínez Vázquez. Muerto Muñoz Degraín, me parece Martínez Vázquez su legítimo sucesor.

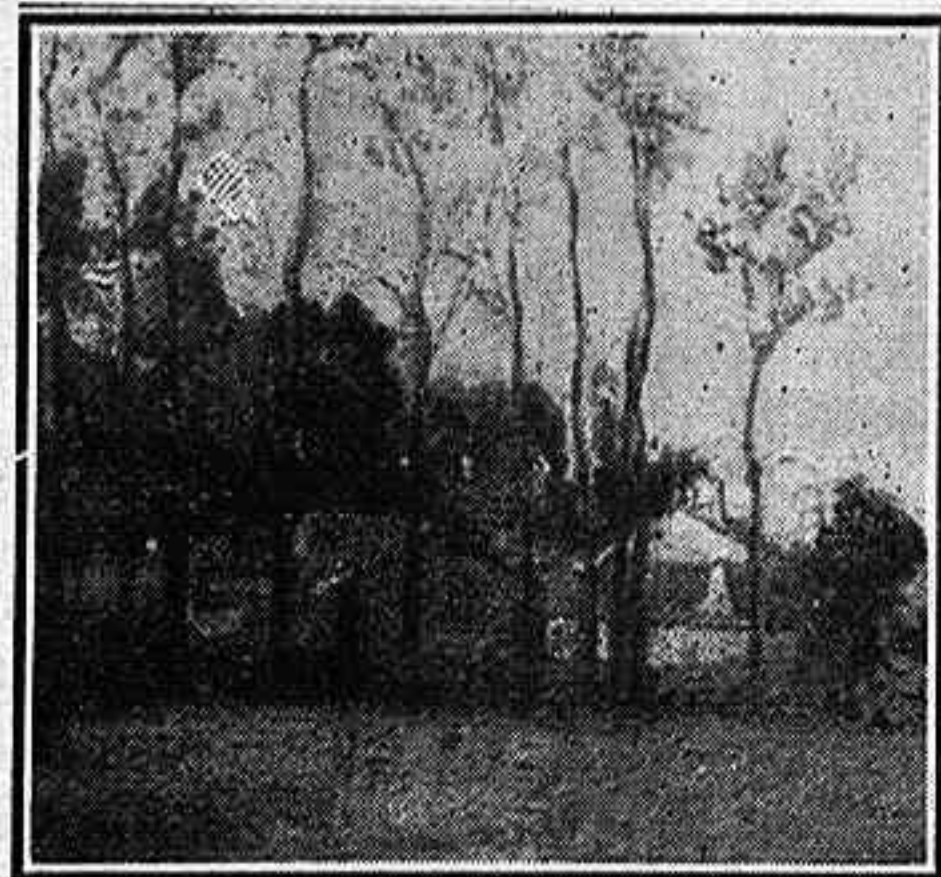


«Temporal cantábrico», por R. Verdugo Landi





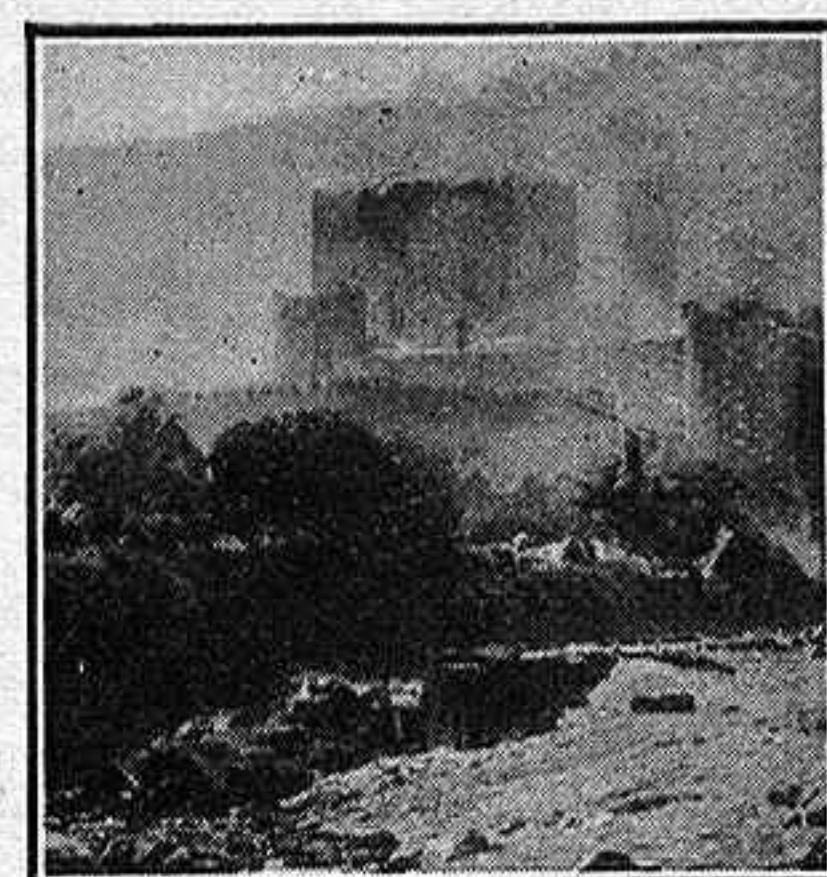
«Los molinos», por Gregorio Prieto



«La Cabilda», por José Ribera



«Las Vistillas», por R. Aguado Arnal



«Arenas de San Pedro», por I. Núñez Losada

Nada en este artista admirable, ni la pequeña nota, carece de interés estético ó técnico. ¡Oh, ese cuadrito de las casas blanquísimas, de la figura de mujer con vibrantes atavíos junto al burrito amigo del campesino! Es una de las joyas de la Exposición.

Joaquín Mir ha enviado un solo lienzo: *La masía*. Tiene su zarpazo de pintor; pero un zarpazo débil, á ras de uñas...

Aurelio García Lesmes caldea su castellanía sobria, escueta y serena con esplendores hortelanos de Aragón. Acaso es de las veces en que más audaz de color le encontramos, sin que esta audacia le falsee ó dañe. Por el contrario. El acento cromático se robustece; la calidad esencialmente pictural se magnifica y surge una vez más la potencia artística que le define. Hay, sobre todo, un lienzo, un contraluz de pequeñas dimensiones que sabe á lo mejor de Regoyos sin perder el sabor del más excelente García Lesmes.

También Verdugo Landi ratifica esa honda capacidad de marinista que nadie le disputa ya sin peligro de equivocarse, y dentro de los distingos que el temperamento de cada cual pueda añadir. Presenta cuatro cuadros y cuatro apuntes. Estos últimos, con una sorprendente vivacidad de aprehensión lumínica, de sensación momentánea recogida certeramente. En los cuadros, las cualidades intrínsecas se amplían y dilatan. Uno de ellos, *Galerna*, tiene dramático ímpetu dentro de la sencillez temática. De los restantes, *Playa de Hendaya*, *Playa de Badalona*, muestran cómo Verdugo Landi no es el pintor de obstinada visión circunscrita á una sugereencia única. Importa cotejar la duplicidad dúctil y libre de prejuicios ópticos que señalan esas dos diferentes interpretaciones del Cantábrico y del Mediterráneo.

A Francisco Lloréns se le encuentra, cuando lo vemos de nuevo, una profunda acentuación de sus excelencias primigenias. Es siempre el

sinfonista galaico, el dulce glosador plástico de los agros natales. Como los títulos serenos y sobrios de sus obras, son ellas de sobrias y serenas: praderíos verdes, plateadas marismas ó tersuras fluviales, ondulantes colinas, umbrías moliciosas, neblinas transparentes...

¡Qué delicado, qué tiernísimo compositor musical hubiera sido este pintor del norte sonriente! Todo su arte está colmado de sonrisas, como su hombría afable. Alma y ojos se remansan en esta pintura plena de sentimiento y de calidad.

Gregorio Prieto galanea con los blancos y los grises. Acaso diría mejor que flirtea por cómo le va mejor la derivación verbal de un vocablo exótico. Incluso también me parece que expresa

Como resaltan igualmente de entre su breve conjunto los cuadros de Ernesto Gutiérrez, donde canta aspectos de Madrid con su afectuoso y fino acento.

Elíseo Meifren no cede—y legítimo derecho le ampara—su puesto en las avanzadas de la pintura de paisaje. Podrán discutirse como tendencia alguna de estas cuatro obras que ahora presenta; pero las dos referentes á Cadaqués, la pintoresca playa marinera de Cataluña, son de lo más bello que ha pintado el autor de tantos bellos paisajes. Una varia diversidad de ambientes ofrece Emilio García Martínez en sus cinco lienzos: Andalucía, Asturias, Castilla. Pero en todos el concepto pomposo y la densidad recia de calidades que le caracterizan.

De Octavio Bianqui, su *Caserío ansotano* y *En el sosiego de los pueblos* merecen destacarse. Como de Aguado Arnal el gran lienzo *Orillas del Ebro*, amplio y majestuoso de asunto, me interesa más que *Las vistillas*, cuya influencia no pasainadvertida en este Salón del Círculo precisamente.

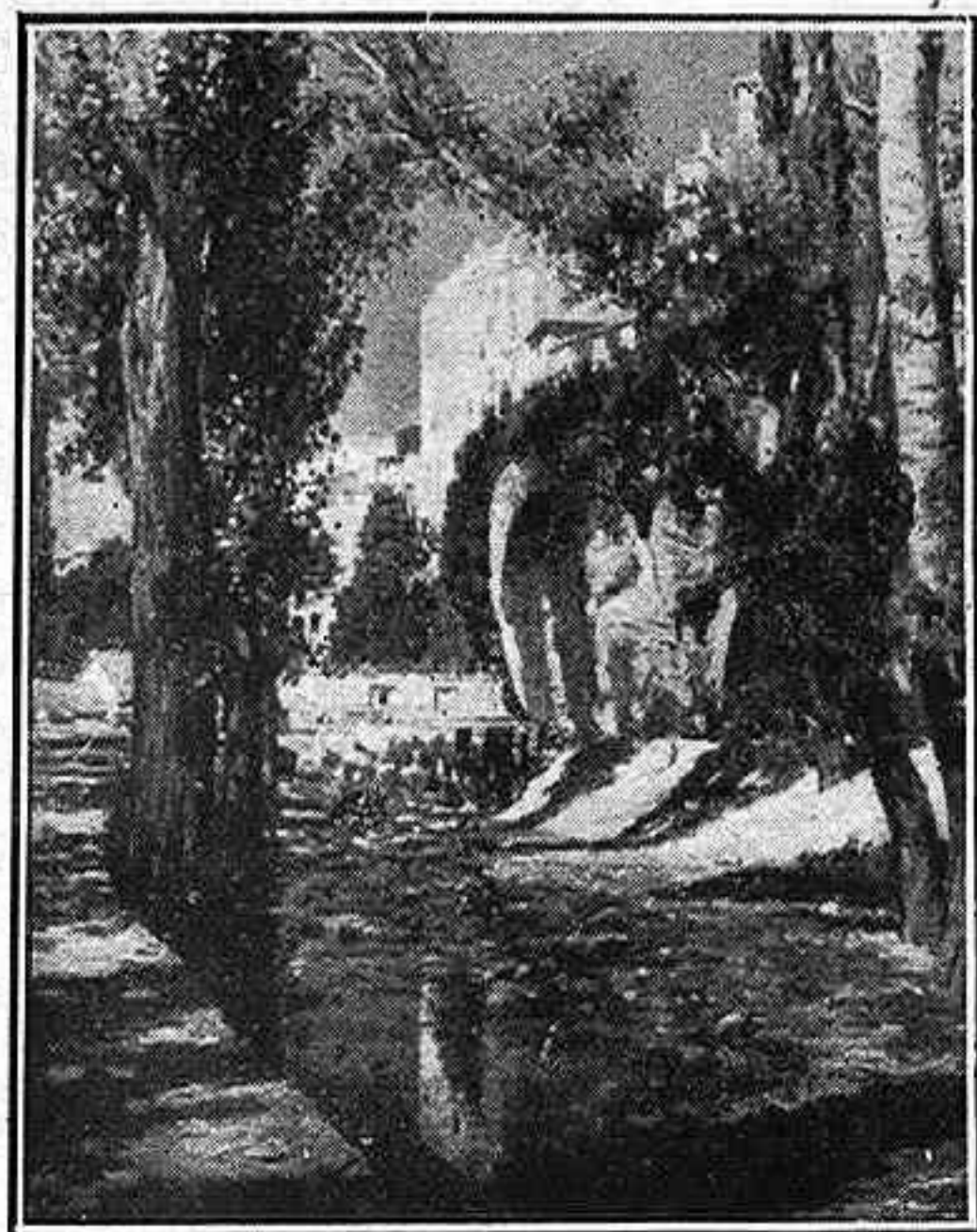
Núñez Losada exhibe una serie de lienzos

de Aragón, Galicia y Avila que son como grandes estampas románticas ó ejemplos de escenografía. Demasiado subjetivistas, además, con un tiránico predominio intelectual sobre la frescura y espontaneidad de la sensación del natural tan distinto de una á otra comarca.

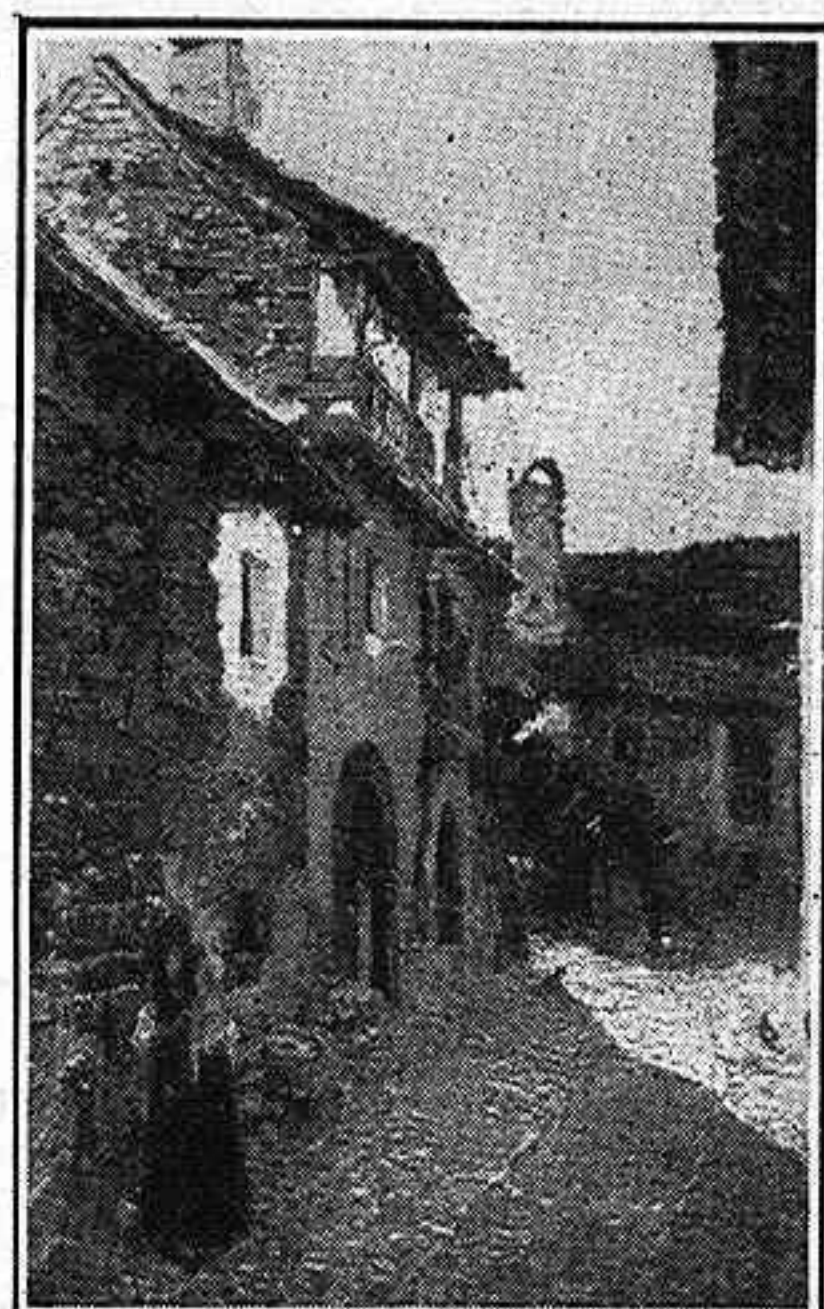
Pero, ¡cuidado!, no se olvide que Núñez Losada es siempre un excelente, un sutilísimo intérprete de la Naturaleza. Lo mismo cuando la evoca que cuando la copia; cuando la ve ó cuando la sueña.

A citar, igualmente, los apuntes certeros, briosos, de Ribera; *Almeiras*, de Tenreiro, más admirable en el fondo que en el primer término; *Tarde*, de Juan Ferrer, un poco obsesionado por la materia; *Sierra de Jaén*, de Nogué, y las notas de Torres Estefanía y de Yzquierdo.

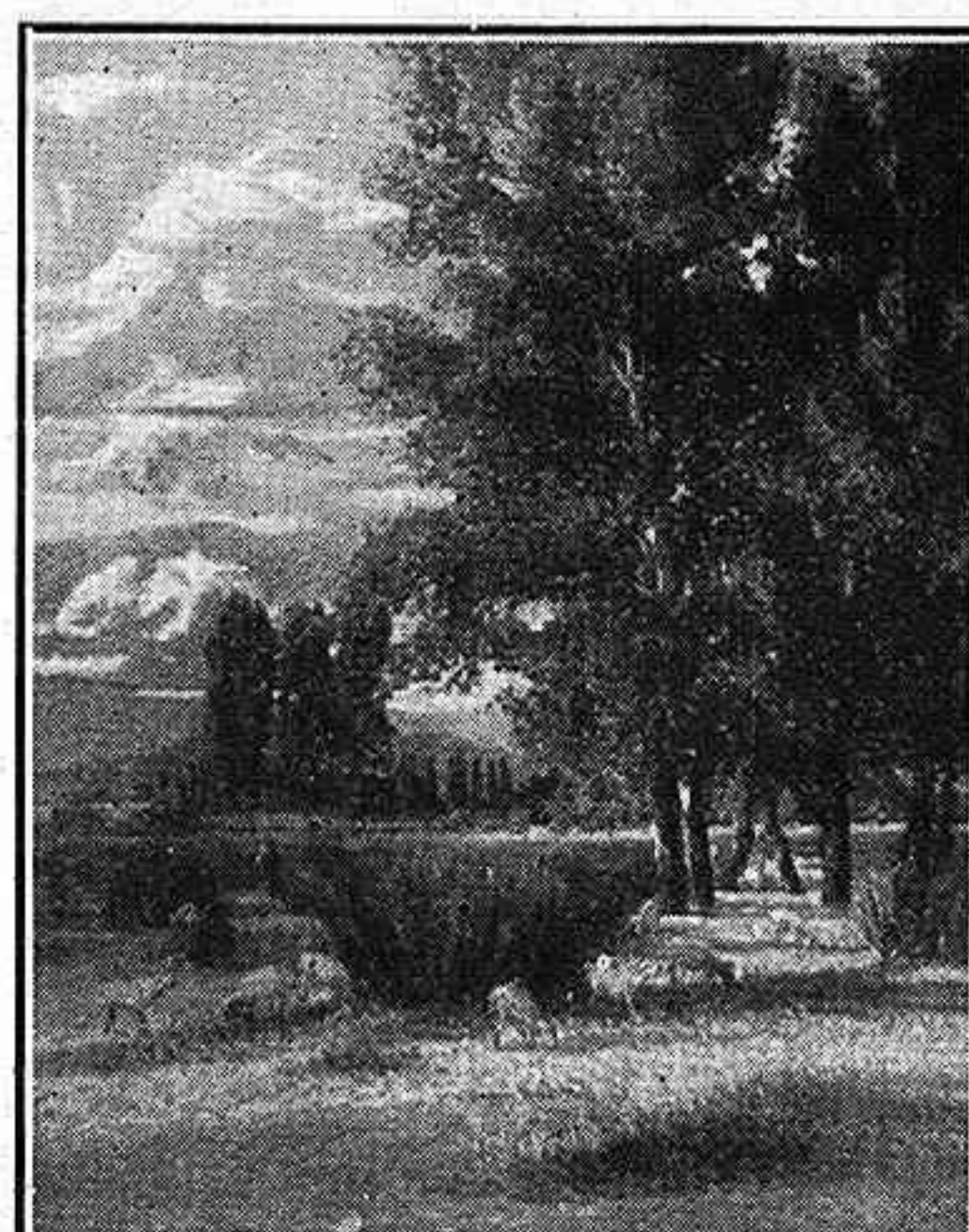
José FRANCES



«El Huéscar (Cuenca)», por Ernesto Gutiérrez



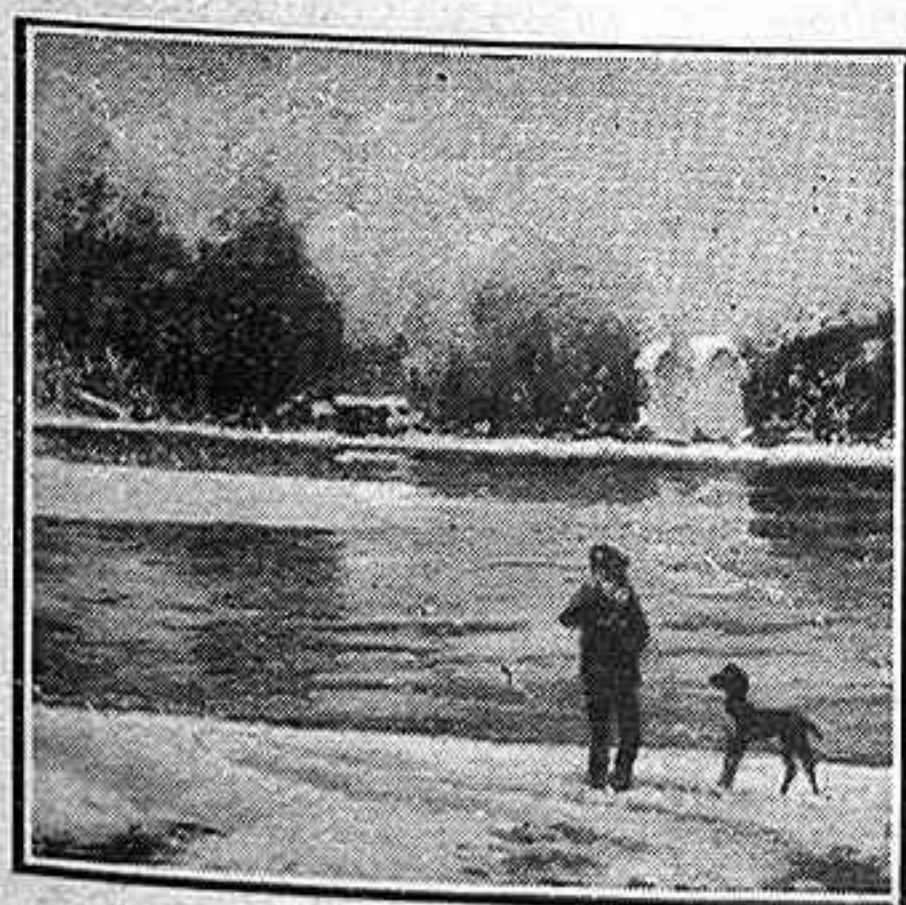
«En el sosiego de los pueblos (Ansó)», por Octavio Bianqui



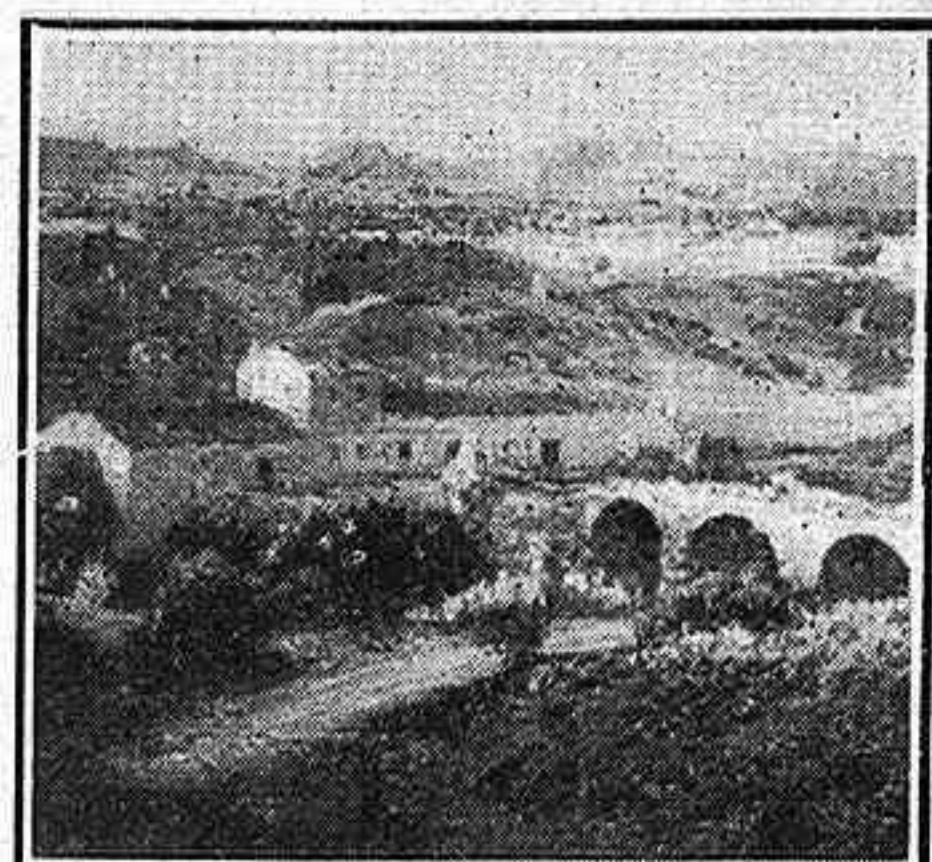
«Cañada del Guadarrama», por Juan Ferrer

más decirle flirteador que galán de la pintura moderna. Seguimos esperando lo que su juventud se obstina en prometer no más. Y, sin embargo, esta vez, sin contactos que le dañen, juntas las obras, entonan con más limpidez la coral armonía de un canto diáfano. Sus *Molinos*, su *Higuera*, sus caseríos apiñados, tienen simpática y afable gracia en la que gusta adentrarse para sentir verdadera emoción estética.

Puig Perucho da, en el lienzo *Pueblo*, la plenaria medida de su talento. Este cuadro significa una de las obras maestras de la Exposición por cómo la lealtad al natural y el fervor artístico han colaborado con la sabiduría técnica para crearle. Junto á él, los otros dos lienzos, *Parque* y *Patio*, se amustian y borran. Sobre todo, *Patio*, donde la influencia externa de Joaquín Mir no se ha querido evitar.



«Paisaje de París», por J. Ramón Yzquierdo



«Molino serrano», por E. García Martínez



«Paisajes», por Torres Estefanía



«Otoño (Jaén)», por José Nogué

(Fots. Cortés)



# «LA BUSCADORA DE EMOCIONES»

## Una nueva novela de «El Caballero Audaz»

«La buscadora de emociones» es el título de esta última novela de José María Carretero, «El Caballero Audaz». Reúne el nuevo libro las características habituales de este escritor, tan preferidamente leído por el público: el interés apasionante, el trazo vivo, humano, en los personajes y las escenas, la gracia viva, fluida, del estilo... Esta novela última es, como sus hermanas anteriores, amenísima. A continuación reproducimos uno de los más interesantes capítulos de «La buscadora de emociones»:

### VI

—Te advierto que son las cuatro y media. —le dijo Julio Luque, al mismo tiempo que le mostraba su magnífico reloj de oro.

—¿Y qué?

—¡Que vamos á llegar tarde!

—¡Quita, hombre!... Nos sobra un cuarto de hora.

—¿Será muy larga tu conferencia?...

—Veinte minutos... He hecho una cosa por salir del paso... ¡Nada! Una divagación alrededor de las mujeres de mis novelas: cuatro frases ingeniosas y unas cuantas galanterías para las señoras.

—Según los periódicos, al anuncio de tu nombre como conferenciante ha respondido la gente agotando en unas horas las localidades.

—Phs—labió Daniel—. La novedad y el deseo, tal vez, de verme hacer el ridículo. Tú sabes muy bien que no siempre asiste el público

á los espectáculos guiado por un sentimiento noble; muchas veces lo atrae la morbosa sugestión de presenciar un peligro ó un fracaso.

—Sí; pero en este caso...—deslizó ambiguamente Julio.

—En este caso, como casi siempre, yo estoy bien seguro de mí. Sin esta evidencia no me hubiese comprometido.

—Eso he dicho yo esta mañana en el Casino á un grupo de idiotas que dudaban de tu serenidad como conferenciante.

—¡Bah!... Déjalos... Esas son pobres gentes que todavía ignoran lo que es *Voluntad*.

Se vió en el espejo al ponerse el *chaquet* cintoado, y sonrió satisfecho.

Sus dientes jaspeaban; sus ojos negros brillaban dominadores. Impecable, elegantísimo en su severa indumentaria, podía muy bien aquella tarde competir con Julio Luque.

Buscó en el armario un ligero abrigo de verano y púsoselo; después un sombrero flexible,

y, por último, fué guardando en sus bolsillos todas esas pequeñas cosas que un hombre necesita llevar consigo... Reloj, bolsillo, pitillera, encendedor, cartera, guantes, pañuelos y las cuartillas de su conferencia, pulcramente escritas á máquina de una manera clara, para que pudiera leerlas con facilidad.

Pocos momentos después acomodábanse en el automóvil de Julio, que, guiado magistralmente por su dueño, atravesaba el centro de Madrid como un obús lanzado al ras del suelo.

Al llegar á la plaza de Canalejas pudieron darse cuenta de la muralla de coches que invadía la calle del Príncipe.

—Fíjate..., ¡fíjate!..., cómo acude la gente á oírte...

Daniel Herrera limitóse á sonreír satisfecho...

Era él, su nombre, que jamás había defraudado, el que arrastraba á aquella multitud selecta.

Y experimentó el orgullo del luchador que se siente con fuerzas para conseguir cuanto se propone.

Sin embargo... Toda su ilusión del futuro estaba puesta en Rosa; en volverla á ver algún día... En saber de ella... En maltratar su cuerpo blanquísimo, besar sus labios rojos y llorar sobre su cabellera dorada...

¿Dónde estaría aquella mujer?...

Toda su alma rebelábase ante el supuesto de que fuese de otro hombre...

Decididamente estaba enamorado de una sombra.

Penetraron en el escenario de la Comedia por la puerta de la calle Núñez de Arce.

La presencia de Daniel Herrera fué acogida entre bastidores con curiosidad.

Un grupo de artistas y de literatos le rodeó en seguida...

—Maestro..., ¿qué tal?—le saludaba Escamilla, un celebrado autor cómico...

Después Polito, el galán apolíneo del teatro...

Por último, Mary Luna, la deliciosa ingenua de cabellos como la endrina y ojos verdes, sentíase un poco subyugada bajo las gentiles galanterías del autor de *Corazón de diablo*, y atrevióse á decirle:

—¡Qué impaciencia tengo por oír su conferencia!...

—¡Oh!—excusó Daniel, hablando modestamente para todos—. No vale la pena de llamar conferencia á lo que pienso decir. Una ligera charla sobre las mujeres que yo más amo, que, como es natural, son las de mis novelas. Siquiera las infidelidades de éstas las llevan á cabo de acuerdo conmigo.

Una carcajada unánime acogió las frases de Daniel. Después un murmullo.

—¡Qué talento tiene!...

—¡Qué ingenioso!...

—¡El público está impaciente por oírle!...

En efecto; la sala del teatro presentaba ya un aspecto deslumbrador é imponente.

El «todo Madrid» selecto y aristocrático de los grandes acontecimientos teatrales congregábase aquella tarde en la Comedia, más que





Para ver una vez más á los notables artistas tan aplaudidos que tomaban parte en la función, para escuchar la anunciada conferencia de Daniel Herrera, que, como predijeron los organizadores, constituía el número sensacional de la fiesta.

Las plateas eran como iluminadas guirnaldas de cabezas rubias y morenas que lucían su belleza moderna y audaz en medio de una competencia de ricas galas y de magníficas joyas.

Conforme Daniel se iba aproximando al centro del escenario, sentía bajo sus pisadas retumbar débilmente el entarimado y escuchaba el sordo rumor del público, que abarrotábase en la sala del teatro, experimentaba una emoción de aturdimiento hasta aquel día desconocido para él...

Por un momento miró á Polito con admiración... Este artista, todos las noches y en días solemnes, afrontaba aquel monstruo dominador del público con la más absoluta indiferencia... Todos decían: «Lo más admirable de Polito es la naturalidad con que está en escena...» Hasta entonces él no le concedió importancia á la frase; pero ahora...

—He aquí lo difícil—pensó—. ¡Naturalidad!... Naturalidad ante millones de ojos que siguen todos nuestros movimientos y nos transmiten el fluido de sus impresiones...

La naturalidad de Polito nacía de su falta de responsabilidad... Polito podía hacer el ridículo en un escenario y no arriesgaba nada... El suyo era otro caso... Si él no sabía captarse la admiración y el respeto del público, estaba perdido. Toda su obra de muchos años, forjada al amparo de la soledad de su despacho, se vendría abajo. Aquellas entusiastas que le seguían con apasionamiento, al sentirse defraudadas ante un pelele, ante el hombre tímido, torpe y vulgar, apartarían sus ojos del ídolo con desdén—como había hecho Rosa—y no volverían más á leerle...

Esta reflexión, en medio de aquel corro de aduladores que le llamaban «maestro», «insigne», «admirable», le turbó un poco. Pero, sin embargo, ya no podía retroceder.

El director del teatro tendióle la mano rendidamente y, después de saludarle, le preguntaba:

—¿Qué?... Son las cinco y cuarto... La sala está completa. ¿Empezamos, don Daniel?...

Aquel «empezamos», dicho con la mayor indiferencia, fué para sus nervios como una descarga eléctrica... No obstante, respondió con la más serena de sus sonrisas...

—¡Ah!, por mi parte..., cuando ustedes quieran...

—Vea usted que le hemos preparado un decorado original para que dé el prestigio y realce necesario á su figura...

Cogido por el brazo del director, Daniel avanzó hasta la primera caja de la derecha; después hasta casi la concha, para darse cuenta del ambiente que durante su conferencia le iba á rodear.

Unas cortinas de terciopelo morado encuadraban el foro. En los ángulos, unos pebeteros egipcios; el suelo, cubierto por una obscura alfombra persa... A la derecha, una magnífica mesa despacho, un sillón y una anchísima librería, todo estilizado y modernísimo, hasta un poco cubista... Un gran diván, unos cojines... La lámpara de largos perfiles esmerilados, á cuya luz grata leería el novelista sus cuartillas...

—No hemos querido sacarle á usted hasta las candilejas con el escenario vacío y destartaldado, como se hace generalmente, porque es muy azorante. ¿No le parece?... Aquí usted se sienta ante la mesa del despacho, y á los pocos segundos cree encontrarse en su propia casa... Durante su conferencia el teatro permanecerá á oscuras, y en el escenario sólo alumbrará esta lámpara.

—Eso está bien...—murmuró Daniel, por decir algo...

El director, alentado por su aprobación, continuó:

—Para atraer más la atención del público sobre su figura, un reflector que está colocado en un ángulo del último anfiteatro, lanzará una veta de luz sobre el sitio que usted ocupe en el escenario... Ya verá usted... Ya verá cómo todo resulta bien.

Herrera miraba á aquel hombre un poco sorprendido de la importancia que daba á su idea de «decorar la conferencia»—como él decía—. Poco ducho en las cosas de teatro aceptaba de antemano que las cortinas, la mesa, la lámpara y los efectos de luz contribuyeran á hacer más interesante su figura y á dar más amenidad á su monólogo... En todo caso, había una cosa importante: que él se aislara en aquel rincón, procurando alejar la idea de que le estaban escuchando más de dos mil personas. Leería como si estuviese solo en su despacho, para él, para sus emociones, como cuando leía en alta voz para controlar el ritmo y la sonoridad de su prosa, para cazar las consonancias y las repeticiones de lo escrito...

Hombre de voluntad, sabría imponerse á sus nervios, que comenzaban á inquietarse.

Estaba pálido y sentía una emoción parecida á la que nos invade cuando comenzamos á sentirnos mareados en un viaje marítimo. Tenía las manos frías. Mientras que le hablaba el director, tuvo que increparse: «¡No seas estúpido!... Esto no es nada... Toda la gente que va á escucharte es inferior á ti... Tú llevas por delante tu nombre, tu obra, tu corazón y tu voluntad... ¡Nada de emocionarse!...»

Al fin, el director le tendió la mano nuevamente, estrechando la suya al mismo tiempo que le decía:

—Tome asiento ya en su sitio y... ¡mucho suerte!... Voy á dar la orden de empezar.

Como un sonámbulo, como un pelele sin voluntad, Daniel se dirigió al ángulo del escenario que simulaba su estudio de trabajo y acomodóse en el sillón.

Sentíase gratamente allí, ante la magnífica cartera de piel verde y la extraña escribanía de brillante cristal azul y rojo...

Cogió la pluma y, por escribir algo, sobre una de las inmaculadas cuartillas que se le ofrecían, escribió «Rosa»... El nombre de la desconocida adorada acompañábalo en aquellos momentos, y hasta puede ser que le diera bríos y fortaleza.

Escuchaba el murmullo de afuera como el rugido de una tempestad que se acercase... Después oyó cómo de la orquesta partía el clamor marcial y solemne de la Marcha Real.

—Deben haber venido los Reyes—pensó.

Julio Luque se lo ratificó desde una de las cajas cercanas, en donde se hallaba conversando, muy amartelado, con la damita ingenua.

—Daniel..., Daniel... Están los Reyes y los Infantes...

Sonó un timbre... Acalláronse los ruidos, y en medio de un silencio sepulcral, el telón comenzó á subir despacio, como las enormes fauces de un monstruo que bostezara lentamente.

Una salva de aplausos, cerrada y fuerte cual el tableteo de un trueno, acogió su presencia en el escenario.

El, llevándose la diestra mano al pecho, curvó su figura de atleta en una reverencia lenta y solemne ante aquella tempestad de palmas, que producía el efecto de un hundimiento.

Después un murmullo... Eran los rápidos comentarios que producía su elegante figura, y, por último, un autoritario siseo, hasta que se produjo en aquel abismo tenebroso de los miles de cabezas un enorme silencio que gravitaba sobre el literato con pesantez de agonía...

Daniel, lentamente, había sacado sus cuartillas, y con voz firme y sonora, adoptando aquel gesto sereno y confidencial que él tanto había admirado en los conferenciantes franceses, comenzó:

«Señoras y señores:

«Empezaré por decirles que esta conferencia que voy á tener el gusto de leer ante vosotros lleva el título de *Las mujeres de mis novelas*. A primera vista, este título parece dictado por la vanidad del autor de las novelas y por el egotismo del conferenciante. Nada de eso. Para rectificar este juicio temerario, cuyo florecimiento adivino ya en la malicia de ustedes, me basta aclarar que al decir «mujeres de mis novelas», quise decir «mujeres modernas», mujeres sin prejuicios, mujeres con un cerebro cultivado, un corazón dulce y un alma curiosa, indómita é independiente y una conciencia de su responsabilidad.»

Estas sencillas frases del novelista fueron acogidas con una salva de aplausos.

Daniel sintióse ya dueño de sí al captarse la atención de aquel monstruo negro que ululaba nervioso, y en cuyo fondo brillaban, como pupilas rojas, las luces de la gradería.

La corta pausa que le brindaba la primera ovación la utilizó para buscar con su mirada en los palcos, buscando un rostro expresivo é inteligente que le sirviera de guía en su conferencia.

El primer proscenio estaba ocupado por un grupo de *clubmans* que disponíase á asistir á su peroración con el deseo de que fuese corta, pues ellos lo que esperaban impacientes era el desfile de las *estrellas de variedades*. Después, en el siguiente palco, unos ojos negros hondos, una cabellera rubia. Y... sintió como un latigazo en el corazón: allí, aplaudiendo, con la boca contraída por una mueca de emoción, estaba Rosa, su magnífica desconocida... Era todo lo que él deseaba para obtener un triunfo aquella tarde... ¡Tener cerca á la mujer de sus ilusiones para ofrecerla la mágica lozanía de su talento!...

Y casi sin seguir el hilo de las cuartillas, acometido por una inspiración y exaltado por una elocuencia que á él mismo sorprendióle, comenzó á desarrollar su tema, rico en imágenes, nuevo en el fondo, correctísimo en la forma...

Sin mirar siquiera lo escrito, avanzaba hacia el público, y su voz varonil y clara, aquella voz de galán que todas las mujeres que lo amaron la recordaban como un arrullo, cantó el alma libre de la mujer moderna, sedienta de amor digno y recíproco, que no sirve para esclavizada.

Cada párrafo de su discurso era ahogado por los palmoteos de manos femeninas que, agitando sin cesar, parecían querer acariciar sus cálidas frases...

En una de sus pausas, Daniel advirtió bien claramente que los ojos de Rosa estaban húmedos, y entonces pensó con orgullo:

—Ahora no dirá que yo soy un «pobre hombre vulgar». Esta mujer está siendo mi Musa...

Entre bastidores veía apiñadas las cabezas, y la de Julio Luque entre ellas, que, sin poder contenerse, le lanzaba «bravos» entusiastas y cortantes...

Con una deliciosa leyenda india de la mujer y la serpiente puso fin á la magistral conferencia. Después, saludar. Saludar una y diez veces, en elegantes inclinaciones teatralmente tímidas, mientras la sala, convertida de abismo negro en hoguera centelleante, vitoreaba frenética, produciendo un ululante clamor de gloria...

También Rosa, de pie en su palco, aplaudía, y él tuvo para ella sola un saludo... Y ella para él... una promesa...

Cuando, al final, cayó el telón definitivamente, encontróse rodeado de manos que buscaban la suya y de brazos que pugnaban por estrecharle.

Eran los compañeros de profesión.

El se dejó abrazar indiferente, pensando sólo que alguna de aquellas manos tal vez llevase escondida entre los guantes la hoja yerta de un puñal para hundírsela traídoramente en la primera ocasión...

Fué entonces cuando un acomodador acercóse á él y, entregándole un papel doblado, le dijo en tono confidencial:

—Don Daniel: esto me ha dado una señorita que hay en el público, recomendándome que se lo dejase á usted en propia mano.

—Perdón—pidió á todos Daniel, y acercándose á una luz de entre bastidores, desdobló el papel con avidez.

Era una de las últimas hojas en blanco del programa, y sobre ella, escrito en lápiz, decía: «... Y bien. ¿Querrá usted ir mañana, á las cinco y media, al palco segundo, número trece, del Imperial Cinema?»

«Lo espera...»

ROSA.»

Apretujó el papel en su mano; después, contra su pecho...

¡Aguardábalo la estúpida caterva de aduladores que hasta allí había llegado empujada por el éxito!



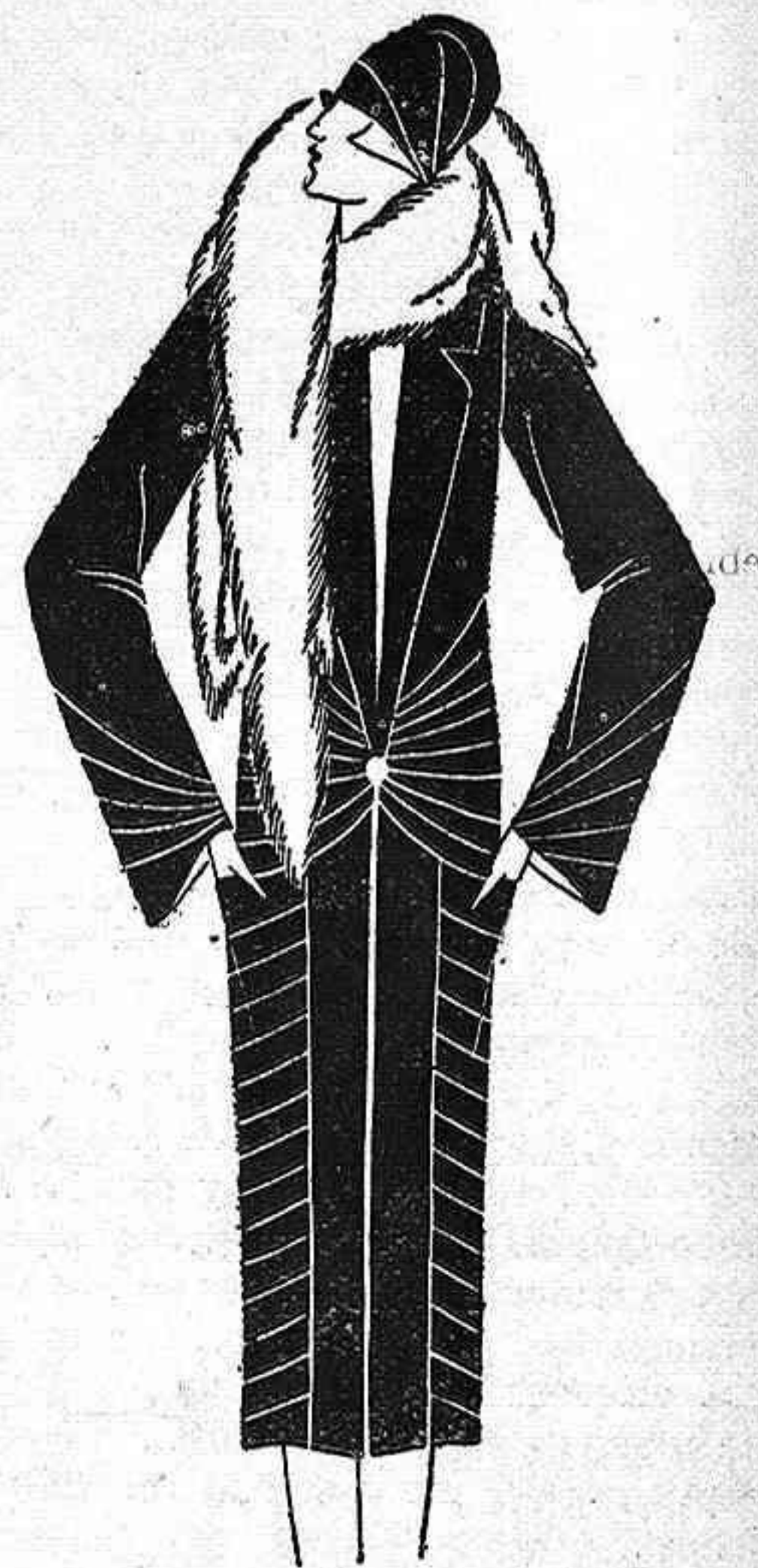
# Elegancias



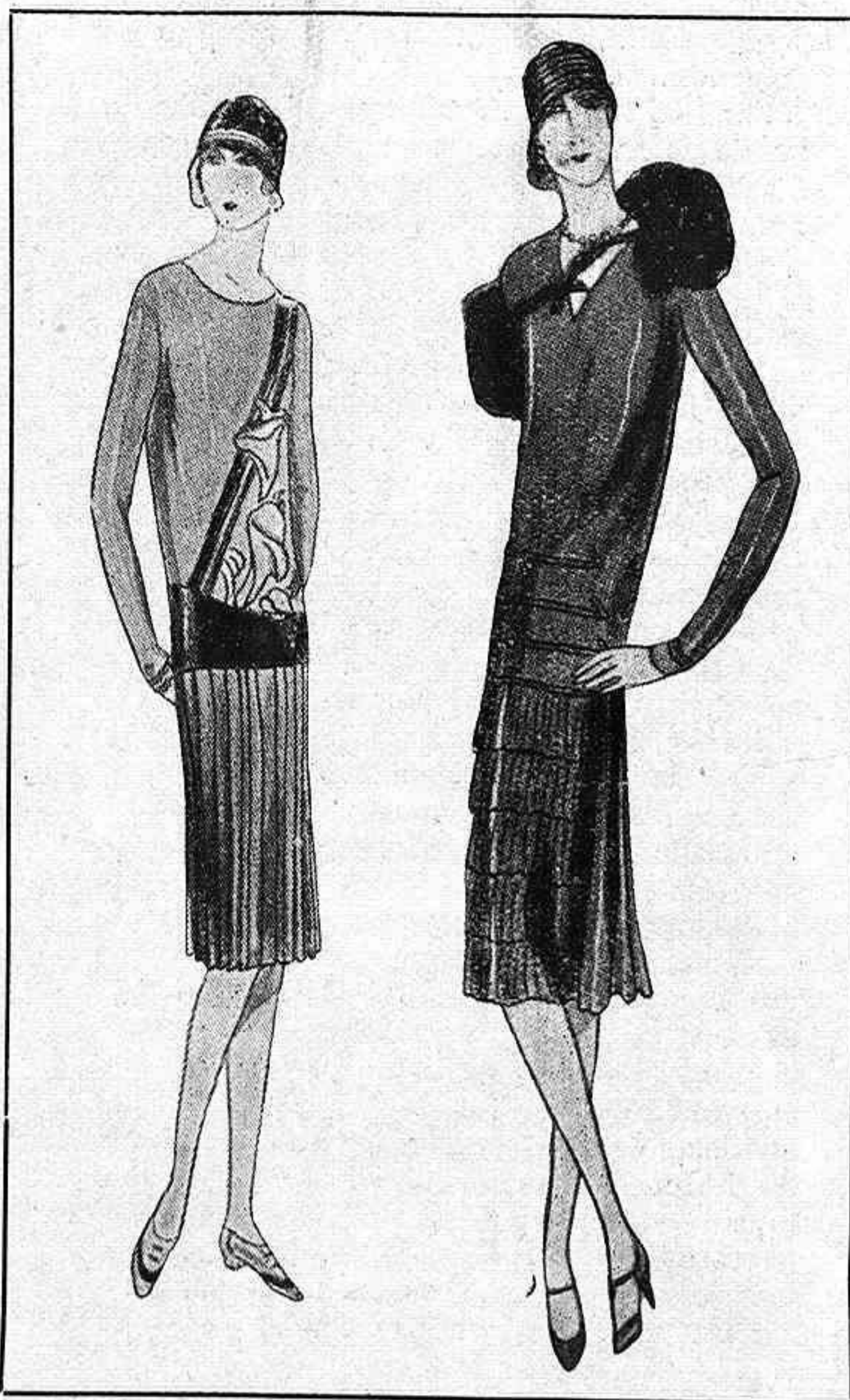
Sombrerito de fieltro en tono gris  
(Modelo Lewis)



Vestido en «crêpe marocain»  
azul marino y blanco  
(Modelo Philippe et Gaston)



Abrigo de terciopelo gris adorna-  
do con renard  
(Modelo Philippe et Gastón)



Vestido de «crêpe marocain»,  
bordado en seda

Vestido de «crêpe georgette»  
verde botella

(Modelos Worth)

EL «tul ilusión», después de un eclipse de varias temporadas, tiene en la presente estación un éxito indescriptible, sobre todo en los tonos negros, *beiges* y algunos otros colores sumamente finos. ¿Qué materia más apropiada que ésta, por sus cualidades, para los trajes de noche? Con el tul se consigue amplitud, sin voluminosa apariencia; sobriedad en la línea, sin rigidez, y vaporosidad para dejar entrever las líneas del cuerpo en una transparencia ideal de la forma.

El tul, decadente un momento, como dicen ahora los modistos para encumbrarlo, pero un momento que ha durado casi una década, obtiene en la actual temporada una revancha gloriosa; es el tejido, repetimos, que se presta de una manera maravillosa y única para la confección de esos lindos modelos de cuerpecillo ceñido al busto, escota-

dos á estilo Imperio y con la falda guarnecida por diminutos y rizados volantes.

El tul en los tonos rosa ó azul resulta muy apropiado para jovencitas de quince á veinte años; todas las gracias de la juventud y de las formas aún en promesa realzarse bajo la caricia de esta tela ideal.

Una linda muchacha, de delicada y núbil silueta, con los cabellos de oro, los ojos azules y la tez blanca, con un traje de tul rosa muy pálido, el corpiño de terciopelo, también rosa, dejando al aire los niveos brazos desde el hombro y con la falda cuajada de pequeños volantes, compone una figura digna de un abanico de Watteau.

Sin embargo, y á pesar de las vagas reminiscencias que estos modelos tienen de los trajes de estilo, ofrecen también ideas y detalles de un gran modernismo y originalidad. Tales son la irregularidad de las fal-





Fieltro negro adornado con gamuza blanca, bordado en negro

(Modelo Agnés)

das, más largas de un costado que de otro, y los amplios picos ó vuelos de campana, que ofrecen un aspecto deliciosamente femenino, bellísimo y muy *habillé*.

En algunos trajes de tul, la falda va confeccionada en picos irregulares, unos sobre otros; una estrecha cintura de terciopelo rodea el talle en su sitio, casi normal, y se cierra por medio de una hebilla de joyería.

Hay un modelo en negro con la cinta de ter-



Vestido de «georgette» negro, con cinturón de seda drapeada

(Modelo Cyber)



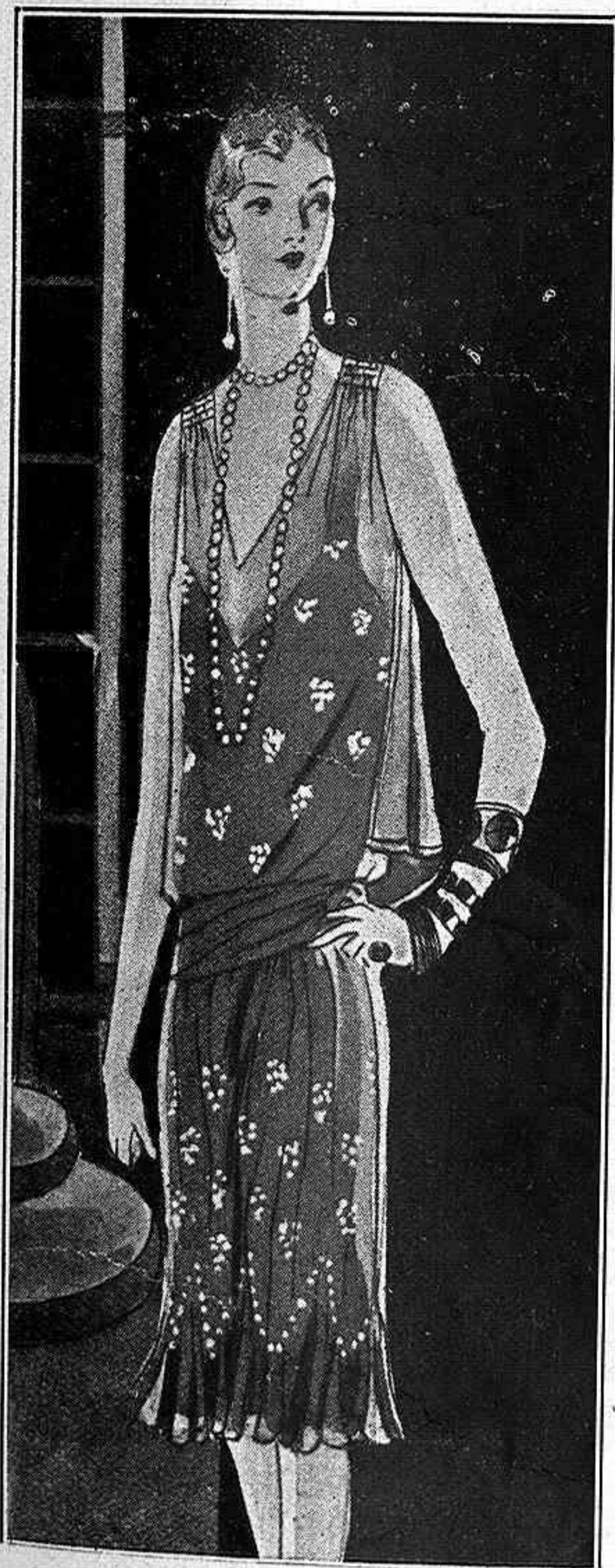
Taupé negro, guarnecido de crosse multicolor

(Modelo Agnés)

de pedrería sobre estos trajes de noche pueden adoptar un manojo de flores delicadas, tales como mimosas, gardenias, lilas ó miosotis, con lo que se completa un conjunto muy elegante.

El calzado que armoniza con estas creaciones es el de raso del color del vestido. Su forma debe ser sumamente sencilla, á ser posible, escotado y con alto tacón Luis XV.

ANGELITA NARDI



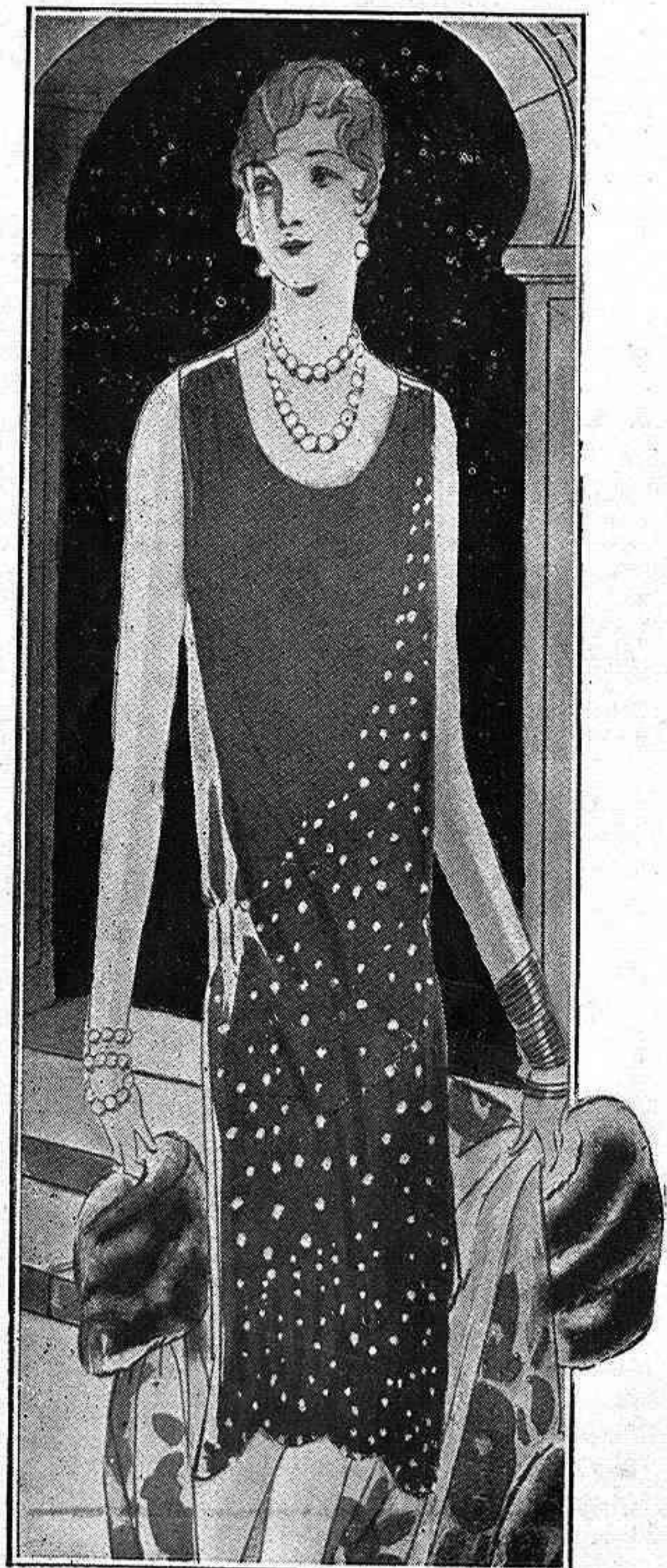
Vestido de tul verde bordado en cristal

ciopelo rojo escarlata, que es verdaderamente encantador.

Las hebillas de piedras talladas se llevan muchísimo sobre los trajes de tul; destacan sobre ellos sus facetas esplendorosas, y sus gamas, pléóricas de luz, semejan una fuente de piedras preciosas.

La fantasía se desborda, y la mujer acoge entusiasmada estas joyas de bisutería, en las que los artifices joyeros hacen verdaderas preciosidades.

Las mujeres que no gustan de poner una nota



Vestido de tul azul bordado con lentejuelas



## NUESTRO EXTRAORDINARIO DE PRIMERO DE AÑO

## «LA ESFERA», EL PÚBLICO Y LA PRENSA

QUEREMOS rendir un público testimonio de gratitud á la opinión y á la Prensa de España por la acogida, verdaderamente cariñosa y alentadora, que han tenido para nuestro reciente número extraordinario. El público ha agotado rápidamente la copiosa tirada que hemos hecho de este número, y su juicio acerca de él ha llegado á nosotros reflejado en innumerables cartas de felicitación.

Al contenido extraordinario del número—su colaboración, sus páginas, sus dibujos y fotografías en huecograbado y en color...—se ha unido esta vez—y á ello creemos deber buena parte del éxito—la idea, eminentemente española, que ha presidido su preparación. España—su magnífica gama regional—es un caudal riquísimo, inagotable de temas de arte y de comentario. A recoger algo de ese gran panorama español, complejo y armónico, diverso y unificado, se dedicó nuestro número extraordinario, por cuyas páginas han desfilado, en respuesta á un mismo acento de fervor hispánico, las mujeres, los paisajes, los escritores y los artistas de las distintas regiones.

He aquí lo que *A B C*, el gran rotativo de la mañana, ha dicho de nuestro número:

«La hermosa ilustración mundial LA ESFERA ha superado, si cabe, sus brillantes éxitos anteriores con su número de primero de año, realmente notabilísimo. Entre sus páginas artísticas descuellan la magnífica colección de huecograbados, con selectos ejemplares de la mujer española de cada región; la doble plana en colores, de irreprochable estampación, reproduciendo un cuadro de Alvarez Sala; otras varias planas, también en color, con reproducciones de Romero de Torres, Fernández Balbuena, Duprat, y un apunte de Sorolla y escogidos dibujos á pluma. En la parte literaria, colaboran reputados prosistas é ilustres poetas, como Marquina, y se dedica una sección á la memoria de literatos sobresalientes del siglo pasado: *Clarín*, Jacinto Octavio Picón, Trueba... Numerosos y finos huecograbados completan el atractivo y la composición de las páginas, cuyo conjunto supone un gran esfuerzo editorial, presidido por el mejor gusto artístico.»

En parecidos términos se han expresado nuestros colegas de Madrid *El Liberal*—un amplio artículo—, *La Voz*, *El Sol*, *La Libertad*, *Informaciones*, *Heraldo de Madrid*, *La Nación*, *El Imparcial*, *El Debate*... De entre estos juicios queremos recoger, por lo que significa de cordial estimación hacia nuestra labor anterior y actual, lo que *Informaciones*, el gran diario ma-

drileño de la noche, dijo á propósito de este extraordinario:

«Hemos recibido el espléndido número con que la gran revista LA ESFERA solemniza el primero de año. Como periodistas de España, nos hemos sentido orgullosos de esa obra perfecta y magnífica. Los compañeros de Prensa Gráfica, y muy especialmente D. Francisco Verdugo, alma de la Empresa, han respondido á sus prestigios y á su renombre. Ese extraordinario de LA ESFERA es algo que todos los profesionales podremos evocar siempre que se hable de grandes esfuerzos y grandes éxitos periodísticos.»

Muchos años de labor abnegada en la confección de periódicos tan bellos y populares como LA ESFERA, *Nuevo Mundo* y *Mundo Gráfico* han dado á esa Casa editorial una maestría y una experiencia que no se logran sino á costa de sacrificios. Viendo el número de LA ESFERA, por lo que cordialísimamente felicitamos á Francisco Verdugo y á todos los que con él trabajan, pensamos en qué homenaje se le ocurriría hoy rendir á los creadores de las revistas, á aquel generoso y genial Pérez Galdós, que ya en 1914 organizó una fiesta en honor de Verdugo y de Zavalá, precisamente para celebrar el éxito de la gran revista, que estaba entonces en sus comien-

zos, y que ya ha cuajado y se ha convertido en una admirable obra de arte.»

La Prensa de provincias ha comentado elogiosamente también nuestro número. Entre estos elogios se destaca el artículo publicado por nuestro colega de Oviedo *El Carbayón*, á cuyo director agradecemos muy sinceramente las frases de cariño que tiene para esta revista y para sus creadores.

A todos los diarios de Madrid y de provincias enviamos un cordialísimo tributo de gratitud. Y como á ellos, también al público, que tan entusiásticamente ha recibido este número de LA ESFERA... Las frases y los elogios de unos y otros constituyen para nosotros el mejor aliento y el más alto estímulo para continuar nuestra labor de enaltecer los valores espirituales y artístico de España.

*La Epoca* nos dedica un largo artículo, del que reproducimos las siguientes líneas:

«Los progresos de la Prensa española adviértense de día en día y con mayor intensidad en el esfuerzo y acierto indiscutible de los resultados. Las revistas gráficas, sobre todo, están dando desde hace algún tiempo pruebas excelentes de lo cuidadoso de su presentación y de los modernísimos medios tipográficos de que disponen. Ejemplo el número extraordinario de primero de año

publicado por LA ESFERA, y que tenemos á la vista. Se trata de un verdadero alarde periodístico que merece unánimes elogios. A su presentación gráfica—verdaderamente admirable—une la variedad y calidad literaria de los originales que forman el texto, siempre culto y entretenido.

Preside el número—que lleva una portada de Bartolozzi—un retrato de la Reina Victoria vestida con el típico traje de charra, al que suceden preciosas fotografías de tipos de mujer española de las diversas regiones, ataviadas con los trajes tradicionales. Fotografías de interés notorio, ya que han sido escogidas, y con verdadero acierto, las bellezas regionales que pudieran ser más representativas.

Las reproducciones en color de cuadros que llevan la firma de artistas ilustres abundan en este interesante número. Así, se admira un admirable apunte de Sorolla y cuadros de Romero de Torres, José Benlliure, Eduardo Chicharro, Alvarez Sala y otros.

Firman algunos originales nombres del prestigio de Ramón Pérez de Ayala, José Francés, Eduardo Marquina, Alberto Insúa, Fernández Ardavin y otros. Excelente idea ha sido la de publicar artículos y cuentos de ilustres escritores ya fallecidos, como Juan Valera, Pereda, Picón, Mariano de Cavia, etc.»

## “LA ESFERA”

inicia, á partir de este número, como nuestros lectores podrán advertir, una gran renovación en su contenido y en su presentación. Poco á poco, nuestra Revista se propone implantar una serie de mejoras, que aumentarán considerablemente la belleza y el interés de

## “LA ESFERA”

NUEVAS PÁGINAS EN COLOR  
LOS MEJORES ESCRITORES  
LAS GRANDES FIGURAS DE LA CIENCIA  
Y DEL ARTE  
EL ARTE Y EL PAISAJE DE ESPAÑA  
LA VIDA INTERNACIONAL  
LA ALTA ACTUALIDAD  
LA VIDA CULTURAL  
PÁGINAS EN HUECOGRABADO

## “LA ESFERA”

es la Revista española más completa y más suntuosa

SUBSCRIPCIONES Y PEDIDOS  
A NUESTRA ADMINISTRACION

Hermosilla, 57. Apartado 571. - Madrid

“LA ESFERA”

se vende en toda España al  
precio de UNA PESETA el ejemplar